

Tales condiciones no estarían naturalmente dadas en una sociedad agrícola, sino que tendrían que crearse. El hecho de que se crearan gradualmente no afecta en modo alguno la naturaleza sorprendente de los cambios involucrados. La transformación implica un cambio en la motivación de la acción de parte de los miembros de la sociedad: la motivación de la subsistencia debe ser sustituida por la motivación de la ganancia. Todas las transacciones se convierten en transacciones monetarias, y éstas requieren a su vez la introducción de un medio de cambio en cada articulación de la vida industrial. Todos los ingresos deben derivar de la venta de algo a otros, y cualquiera que sea la fuente efectiva del ingreso de una persona deberá considerarse como el resultado de una venta. Nada menos está implicado en el simple término de "sistema de mercado", con el que designamos el patrón institucional descrito. Pero la peculiaridad más sorprendente del sistema reside en el hecho de que, una vez establecido, debe permitirse que funcione sin interferencia externa. Los beneficios ya no están garantizados, y el comerciante debe obtener sus beneficios en el mercado. Debe permitirse que los precios se regulen solos. Tal sistema de mercados autorregulados es lo que entendemos por una economía de mercado.

La transformación de la economía anterior en este sistema nuevo es tan completa que se asemeja más a la metamorfosis de la oruga que a cualquier alteración que pueda expresarse en términos de un crecimiento y un desarrollo continuos. Contrástense, por ejemplo, las actividades de venta del comerciante-productor con sus actividades de compra; sus ventas se refieren sólo a artefactos; la urdimbre de la sociedad no se verá afectada necesariamente si tales actividades tienen éxito o no. Pero lo que *compra* son materias primas y mano de obra: naturaleza y hombre. En efecto, la producción de máquinas en una sociedad comercial involucra nada menos que una transformación de la sustancia natural y humana de la sociedad en mercancías. La conclusión, horrible, es inevitable; nada menos que eso servirá al propósito: obviamente, la dislocación causada por tales instrumentos deberá destruir las relaciones humanas y amenazar con la aniquilación de su hábitat natural.

En efecto, tal peligro era inminente. Percibiremos su carácter verdadero si examinamos las leyes que gobiernan el mecanismo de un mercado autorregulado.

#### IV. LAS SOCIEDADES Y LOS SISTEMAS ECONÓMICOS

ANTES DE INICIAR LA DISCUSIÓN de las leyes que gobiernan una economía de mercado, como la que estaba tratando de establecer el siglo XIX, debemos tener un entendimiento claro de los extraordinarios supuestos que se encuentran detrás de tal sistema.

La economía de mercado implica un sistema de mercados autorregulado; en términos ligeramente más técnicos, es una economía dirigida por los precios del mercado y nada más. Tal sistema, capaz de organizar toda la vida económica sin ayuda o interferencia externa, merecería sin duda el calificativo de autorregulado. Estas indicaciones generales bastarán para mostrar la naturaleza enteramente insólita de tal aventura en la historia de la humanidad.

Precisemos un poco. Ninguna sociedad podría vivir naturalmente durante un periodo cualquiera sin poseer una economía de cierta clase; pero antes de nuestra época, no ha existido jamás ninguna economía que estuviese controlada por los mercados, ni siquiera en principio. A pesar del coro de encantamientos académicos tan persistente en el siglo XIX, la ganancia y el beneficio obtenidos en el intercambio no desempeñaron jamás una parte tan importante en la economía humana. Aunque la institución del mercado era bastante común desde finales de la Edad de piedra, su papel era sólo incidental en la vida económica.

Tenemos buenas razones para insistir en este punto con todo el vigor a nuestro alcance. Un pensador de la talla de Adam Smith sugirió que la división del trabajo en la sociedad dependía de la existencia de mercados, o de "la propensión del hombre a intercambiar una cosa por otra". Esta frase generaría más tarde el concepto del Hombre económico. *A posteriori* podemos decir que ninguna mala apreciación del pasado resultó jamás tan profética del futuro. Porque hasta la época de Smith, esa propensión no había aparecido en una escala considerable en la vida de ninguna comunidad conocida, y en el mejor de los casos había sido un aspecto subordinado de la vida económica; pero 100 años más tarde estaba en su apogeo un sistema industrial en la mayor parte del planeta, lo que en la práctica y en la teoría implicaba que la humanidad se veía arrastrada por esa propensión particular en todas sus actividades económicas, si no es que también en sus aspira-



ciones políticas, intelectuales y espirituales. En la segunda mitad del siglo XIX, Herbert Spencer pudo equiparar el principio de la división del trabajo al trueque y el intercambio, sin tener más que un conocimiento superficial de la ciencia económica; y 50 años más tarde, Ludwig von Mises y Walter Lippmann pudieron repetir la misma falacia. Para ese momento, ya no había necesidad de discutir. Una multitud de autores en los campos de la economía política, la historia social, la filosofía política y la sociología general había seguido los pasos de Smith y establecido su paradigma del salvaje trocador como un axioma de sus ciencias respectivas. En realidad, las sugerencias de Adam Smith acerca de la psicología económica del hombre primitivo eran tan falsas como la psicología política del salvaje de Rousseau. La división del trabajo, un fenómeno tan antiguo como la sociedad, surge de diferencias inherentes en los hechos del sexo, la geografía y la dotación individual; y la supuesta propensión del hombre a trocar, comerciar e intercambiar es casi enteramente apócrifa. La historia y la etnografía señalan varias clases de economías, la mayoría de las cuales incluyen la institución de los mercados, pero no señalan ninguna economía anterior a la nuestra que se aproxime siquiera a la sociedad controlada y regulada por mercados. Esto será evidente luego de una reseña general de la historia de los sistemas económicos y de los mercados que se presentará por separado. Se verá que el papel desempeñado por los mercados en la economía interna de los diversos países fue insignificante hasta épocas recientes, y el cambio a una economía dominada por el patrón del mercado destacará con mayor claridad.

Para principiar, debemos descartar algunos prejuicios decimonónicos que se encontraban detrás de la hipótesis de Adam Smith acerca de la supuesta predilección del hombre primitivo por las ocupaciones lucrativas. Dado que su axioma era mucho más relevante para el futuro inmediato que para el pasado remoto, indujo en sus seguidores una actitud extraña hacia la historia inicial del hombre. La información disponible parecía indicar que el hombre primitivo, lejos de tener una psicología capitalista, tenía en efecto una psicología comunista (esto también resultó errado). En consecuencia, los historiadores económicos tendían a confinar su interés en el período comparativamente reciente de la historia en el que el pago en especie y el intercambio aparecían a escala considerable, y la economía primitiva se relegó a la prehistoria. Inconscientemente, esto condujo a una inclinación de la balanza a favor de una psicología de comercialización, porque dentro del período relativamente corto de los últimos siglos todo podría tender hacia el establecimiento de lo que eventualmente se estableció, es decir, un sistema

de mercado, con independencia de otras tendencias temporalmente sumergidas. Como es evidente, la corrección de tal perspectiva de "corto plazo" habría consistido en la conexión de la historia económica con la antropología social, un camino que consistentemente se evitó.

No podemos continuar ahora por ese camino. El hábito de mirar los últimos 10 000 años y al conjunto de las sociedades primitivas como un mero preludio a la verdadera historia de nuestra civilización, iniciada aproximadamente con la publicación de *La riqueza de las naciones* en 1776, es por lo menos anticuado. Es este episodio el que ha terminado en nuestros días, y al tratar de evaluar las opciones del futuro debemos reprimir nuestra inclinación natural a seguir las preferencias de nuestros ancestros. Pero el mismo sesgo que llevó a la generación de Adam Smith a creer que el hombre primitivo se concentraba en el trueque y el pago en especie, indujo a sus sucesores a desechar todo interés en ese hombre primitivo, ya que ahora se sabía que *no* había albergado tan laudables pasiones. La tradición de los economistas clásicos, que trataron de basar la ley del mercado en las supuestas propensiones del hombre en estado natural, fue sustituida por un abandono de todo interés por las culturas del hombre "incivilizado", consideradas irrelevantes para el entendimiento de los problemas de nuestra época.

Tal actitud de subjetivismo en lo referente a las civilizaciones anteriores no debiera atraer a la mente científica. Las diferencias existentes entre los pueblos civilizados y los pueblos "incivilizados" ha sido muy exagerada, sobre todo en la esfera económica. De acuerdo con los historiadores, las formas de la vida industrial en la Europa agrícola eran, hasta hace poco tiempo, no muy diferentes de lo que habían sido varios milenios antes. Desde la introducción del arado —en esencia una azada larga tirada por animales— los métodos de la agricultura permanecieron sustancialmente inalterados en la mayor parte de Europa occidental y central hasta los inicios de la época moderna. En efecto, el progreso de la civilización fue en estas regiones principalmente político, intelectual y espiritual; por lo que se refiere a las condiciones materiales, la Europa occidental del año 1100 apenas se equiparaba al mundo romano de 1 000 años atrás. Incluso más tarde, el cambio fluía con mayor facilidad por los canales de la forma de gobernar, la literatura y las artes, pero sobre todo en los de la religión y el aprendizaje, que en los de la industria. En su economía, la Europa medieval se encontraba básicamente al mismo nivel de Persia, India o China antiguas, y ciertamente no podía rivalizar en riqueza y cultura con el Nuevo reino de Egipto, de 2 000 años atrás. Max Weber fue el primero de los historiadores económicos mo-



ernos que protestó contra la eliminación de la economía primitiva como algo irrelevante para la cuestión de las motivaciones y los mecanismos de las sociedades civilizadas. El trabajo subsecuente de la antropología social demostró que Weber estaba completamente en lo justo. Porque si hay una conclusión que destaque más que cualquiera otra en el estudio reciente de las sociedades primitivas, tal es la inmutabilidad del hombre como un ser social. Sus dotaciones naturales reaparecen con una constancia notable en las sociedades de todos los tiempos y lugares; y las condiciones necesarias para la supervivencia de la sociedad humana parecen ser siempre las mismas.

El gran descubrimiento de la reciente investigación histórica y antropológica es que la economía humana está sumergida por regla general en las relaciones sociales de los hombres. El hombre no actúa para salvaguardar sus intereses individuales en la posesión de bienes materiales, sino para salvaguardar su posición social, sus derechos sociales, sus activos sociales. El hombre valúa los bienes materiales sólo en la medida en que sirvan a este fin. Ni el proceso de producción ni el de distribución se conectan a los intereses económicos específicos ligados a la posesión de bienes; pero cada paso de ese proceso se conecta con varios intereses sociales que eventualmente aseguran que se dé el paso apropiado. Estos intereses serán muy diferentes en una pequeña comunidad de cazadores o pescadores en relación con los existentes en una vasta sociedad despótica, pero en ambos casos se administrará el sistema económico por motivaciones no económicas.

La explicación es simple en términos de la supervivencia. Veamos el caso de una sociedad tribal. El interés económico del individuo es raras veces predominante, porque la comunidad protege a todos sus miembros contra la inanición, a menos que ella misma afronte una catástrofe, en cuyo caso los intereses se verán de nuevo amenazados en forma colectiva, no individual. Por otra parte, el mantenimiento de los lazos sociales es fundamental. Primero, porque al violar el código de honor o de generosidad aceptado se separará el individuo de la comunidad y se convertirá en un desterrado; segundo, porque a la larga son recíprocas todas las obligaciones sociales, y su cumplimiento sirve mejor también a los intereses egoístas del individuo. Tal situación debe ejercer sobre el individuo una presión continua para eliminar de su conciencia el interés económico propio, hasta el punto de incapacitarlo, en muchos casos (pero no en todos), incluso para comprender las implicaciones de sus propias acciones en términos de tal interés. Esta actitud se refuerza por la frecuencia de actividades comunales tales como la obtención de alimentos de la pesca común o la participación en el botín de

alguna expedición tribal remota y peligrosa. El premio otorgado a la generosidad es tan grande, medido en términos del prestigio social, que simplemente no es conveniente ningún comportamiento distinto de la abnegación total. El carácter personal tiene poco que ver con el asunto. El hombre puede ser bueno o malo, sociable o insociable, celoso o generoso, respecto de un conjunto de valores u otro. En efecto, el hecho de no dar a nadie alguna razón para la envidia es un principio aceptado de la distribución ceremonial, así como el elogio público es el premio del hortelano industrioso, hábil o exitoso (a menos que sea *demasiado* exitoso, en cuyo caso podría hacerse desaparecer bajo la ilusión de ser la víctima de la magia negra). Las pasiones humanas, buenas o malas, se dirigen hacia fines no económicos. El rito ceremonial sirve para alentar la imitación al máximo, y la costumbre del trabajo comunal tiende a elevar los niveles cuantitativos y cualitativos a su mayor intensidad. La realización de todos los actos de intercambio tales como los regalos que se espera recibir en reciprocidad, aunque no necesariamente de los mismos individuos —un procedimiento minuciosamente articulado y perfectamente salvaguardado por métodos refinados de publicidad, por ritos mágicos y por el establecimiento de “dualidades” en las que se ligan los grupos en obligaciones mutuas— debiera explicar por sí misma la ausencia de la noción de la ganancia, o aun de la riqueza, fuera de los objetos que tradicionalmente elevan el prestigio social.

En este bosquejo de las características generales de una comunidad melanesia occidental no tomamos en cuenta su organización sexual y territorial, por referencia a la cual ejercen su influencia la costumbre, la ley, la magia y la religión, ya que sólo tratamos de mostrar la manera como las llamadas motivaciones económicas surgen del contexto de la vida social. Es sobre este punto negativo que convienen los etnógrafos modernos: la ausencia de la motivación de ganancia; la ausencia del principio de trabajar por una remuneración; la ausencia del principio del menor esfuerzo, y sobre todo la ausencia de cualquier institución separada y distinta basada en motivaciones económicas. ¿Pero cómo se asegura entonces el orden en la producción y la distribución?

La respuesta deriva principalmente de dos principios del comportamiento que no se asocian primordialmente con la economía: la *reciprocidad* y la *redistribución*.<sup>1</sup> Entre los isleños Trobriand de Melanesia occidental, que sirven como una ilustración de este tipo de economía, la reciprocidad opera

<sup>1</sup> Véanse las notas sobre las fuentes, p. 334. En este capítulo hemos usado extensamente las obras de Malinowski y de Thurnwald.



principalmente en lo referente a la organización sexual de la sociedad, es decir, la familia y el parentesco; la redistribución es efectiva principalmente en lo que se refiere a todos aquellos que se encuentren bajo un jefe común, de modo que tiene un carácter territorial. Veamos estos principios por separado.

El sostenimiento de la familia —las mujeres y los niños— es obligación de sus parientes matrilineales. El hombre, que provee a su hermana y a la familia de su hermana, entregando lo mejor de su cosecha, ganará principalmente el crédito otorgado a su buen comportamiento, pero obtendrá escaso beneficio material inmediato a cambio; si es negligente, será ante todo su reputación la que sufrirá. El principio de reciprocidad operará en beneficio de su esposa y sus hijos, y así lo compensará económicamente por sus actos de virtud cívica. La exhibición ceremonial de alimentos en su propio huerto y ante el almacén del receptor asegurará que todos conozcan la alta calidad de su trabajo. Es evidente que la economía del huerto y el hogar forma parte aquí de las relaciones sociales conectadas con el buen trabajo y la buena ciudadanía. El principio general de la reciprocidad ayuda a salvar la producción y el sostenimiento familiar.

El principio de la redistribución no es menos eficaz. Una parte sustancial del producto total de la isla es entregada por los cabecillas de la aldea al jefe que la almacena. Pero en virtud de que la actividad se centra en su totalidad en las fiestas, las danzas y otras ocasiones en que los isleños se divierten a sí mismos y divierten a sus vecinos de otras islas (cuando se entregan los bienes comerciados a larga distancia, se dan regalos y se reciben de acuerdo con las reglas de la etiqueta, y el jefe distribuye los obsequios habituales entre todos), se hace evidente la importancia decisiva del sistema de almacenamiento. En términos económicos, ésta es una parte esencial del sistema existente de división del trabajo, de comercio exterior, de tributación para propósitos públicos, de provisiones para la defensa. Pero estas funciones de un sistema económico propiamente dicho son absorbidas completamente por las experiencias intensamente vividas que ofrecen una motivación no económica en abundancia para cada acto realizado en el marco del sistema social en conjunto.

Sin embargo, los principios del comportamiento de esta clase sólo pueden volverse eficaces si los patrones institucionales existentes propician su aplicación. La reciprocidad y la redistribución pueden asegurar el funcionamiento de un sistema económico sin el auxilio de registros escritos y una administración refinada sólo porque la organización de las sociedades en

cuestión satisface los requerimientos de tal solución con el auxilio de patrones tales como el de la *simetría* y la *centralidad*.

La reciprocidad se facilita enormemente por el patrón institucional de la simetría, una característica frecuente de la organización social entre los pueblos analfabetos. La notable "dualidad" que observamos en las subdivisiones tribales propicia el pareo de las relaciones individuales y ayuda así al intercambio de bienes y servicios en ausencia de registros permanentes. Las reparticiones de la sociedad salvaje que tienden a crear "pendientes" para cada subdivisión, derivan de los actos de reciprocidad en los que descansa el sistema, a cuya realización cooperan también. Poco se sabe del origen de la "dualidad"; pero cada aldea costera de las islas Trobriand parece tener su contrapartida en una aldea interior, de modo que el importante intercambio de frutas y pescado puede organizarse regularmente, aunque se disfrace de una distribución recíproca de regalos y en efecto se separe en el tiempo. En el comercio Kula, igualmente, cada individuo tiene su socio en otra isla, lo que personaliza en gran medida la relación de reciprocidad. Sin la frecuencia del patrón simétrico en las subdivisiones de la tribu, de la ubicación de los asentamientos, y de las relaciones intertribales, resultaría impracticable una amplia reciprocidad basada en la realización a largo plazo de actos de intercambio separados.

De nuevo, el patrón institucional de la centralidad, que está presente en alguna medida en todos los grupos humanos, provee un procedimiento para la recolección, el almacenamiento y la redistribución de bienes y servicios. Los miembros de una tribu de cazadores suelen entregar la caza al jefe para su redistribución. La naturaleza de la cacería hace que la producción de caza sea irregular, además de ser el resultado del esfuerzo colectivo. En tales condiciones, ningún otro método de repartición resulta practicable si se quiere evitar que el grupo se desintegre después de cada cacería. Pero en todas las economías de esta clase existe una necesidad similar a medida que crece el grupo. Y entre mayor sea el territorio y más variada la producción, más conducirá la redistribución a una efectiva división del trabajo, ya que ésta debe ayudar a conectar grupos de productores geográficamente diferenciados.

La simetría y la centralidad satisfarán a medias las necesidades de la reciprocidad y la redistribución; los patrones institucionales y los principios del comportamiento se ajustan mutuamente. Mientras que la organización social corra por sus vías, no surgirán motivaciones económicas individuales; no tendrá que temerse ninguna reducción del esfuerzo personal; la división



del trabajo se asegurará automáticamente; las obligaciones económicas se cumplirán puntualmente; y sobre todo se proveerán los medios materiales para una exhibición exuberante de abundancia en todos los festivales públicos. En tal comunidad queda descartada la idea del beneficio; se desprecia el regateo; se aclama como una virtud la donación; no aparece la supuesta propensión a trocar e intercambiar. En efecto, el sistema económico es una mera función de la organización social.

No debe inferirse en modo alguno que los principios socioeconómicos de este tipo se restrinjan a procedimientos primitivos o a comunidades pequeñas; que una economía sin ganancia y sin mercado debe ser necesariamente simple. El anillo de Kula, en la Melanesia occidental, basado en el principio de la reciprocidad, es una de las transacciones comerciales más refinadas que conoce el hombre; y la redistribución estaba presente a escala gigantesca en la civilización de las pirámides.

Las islas Trobriand pertenecen a un archipiélago que forma aproximadamente un círculo, y un segmento importante de la población de este archipiélago dedica una parte considerable de su tiempo a las actividades del comercio Kula. Lo describimos como un comercio, aunque no hay ningún beneficio involucrado, ya sea en dinero o en especie; los bienes no se atesoran ni se poseen permanentemente; los bienes recibidos se disfrutan regalándolos; no hay regateo, ni pago en especie, ni trueque ni intercambio; y todos los procedimientos están enteramente regulados por la etiqueta y la magia. Sin embargo, hay comercio, y los nativos de este archipiélago emprenden periódicamente grandes expediciones para llevar algún objeto valioso a quienes viven en islas situadas en la dirección de las manecillas del reloj, mientras que otras expediciones llevan otra clase de objetos valiosos a las islas del archipiélago situadas en la dirección contraria. A la larga, ambos conjuntos de objetos —pulseras de conchas blancas y collares de conchas rojas de fabricación tradicional— circularán por el archipiélago, en un trayecto que puede durar diez años. Además, existen en Kula, por regla general, socios individuales que se reciprocán los regalos Kula con pulseras y collares igualmente valiosos, preferiblemente los que hayan pertenecido antes a personas distinguidas. Un intercambio sistemático y organizado de objetos valiosos, transportados a largas distancias, se describe justamente como un comercio. Pero este conjunto complejo se administra exclusivamente sobre la base de la reciprocidad. Un intrincado sistema de tiempo-espacio-persona que cubre centenares de kilómetros y varios decenios, conectando a muchos centenares de personas respecto de miles de objetos estrictamente individuales, se

maneja aquí sin ningún registro o administración, pero igualmente sin ninguna motivación de ganancia o pago. En el comportamiento social domina la reciprocidad, no la propensión al trueque. Sin embargo, el resultado es una organización estupenda en el campo económico. En efecto, sería interesante considerar si incluso la organización más avanzada del mercado moderno, basada en una contabilidad exacta, podría realizar tal tarea si decidiera emprenderla. Es de temerse que los negociantes desafortunados, afrontados a innumerables monopolistas que compren y venden objetos individuales con restricciones extravagantes impuestas a cada transacción, no pudieran obtener un beneficio normal y prefirieran dejar la actividad.

La redistribución tiene también su historia larga y variada que llega casi hasta la época moderna. El Bergdama que retorna de su excursión de caza, la mujer que regresa de su búsqueda de raíces, frutas u hojas, deberán ofrecer la mayor parte de su botín a la comunidad. Esto significa, en la práctica, que el producto de su actividad se repartirá con las otras personas que viven con ellos. Hasta aquí prevalece la idea de la reciprocidad: la entrega de hoy será recompensada por la recepción de mañana. Entre algunas tribus, sin embargo, hay un intermediario en la persona del jefe u otro miembro prominente del grupo; es él quien recibe y distribuye los abastos, sobre todo si deben ser almacenados. Ésta es la redistribución propiamente dicha. Obviamente, las consecuencias sociales de tal método de distribución podrían ser profundas, ya que no todas las sociedades son tan democráticas como las de los cazadores primitivos. Si la redistribución está a cargo de una familia influyente o un individuo prominente, una aristocracia gobernante o un grupo de burócratas, tratarán a menudo de incrementar su poder político por la manera como redistribuyen los bienes. En el *potlatch* de los Kwakiutl, es un punto de honor que el jefe exhiba la riqueza de pieles y las redistribuya; pero también lo hace para imponer a los receptores una obligación, para convertirlos en sus deudores y, en última instancia, en sus dependientes.

Todas las economías grandes de transacciones en especie eran administradas con el auxilio del principio de redistribución. El reino de Hamurabi en Babilonia, y en particular el Nuevo reino de Egipto, eran despotismos centralizados de tipo burocrático fundados en tal economía. La economía de la familia patriarcal se reproducía aquí a escala enormemente agrandada, mientras que su distribución "comunista" era graduada, con raciones marcadamente diferenciadas. Un vasto número de almacenes estaba preparado para recibir el producto de la actividad campesina, ya se tratara de los ganaderos, los cazadores, panaderos, cerveceros, alfareros, tejedores o cualquiera



otra clase. El producto se registraba minuciosamente y, en la medida en que no se consumiera localmente, se transfería de los almacenes más pequeños a los más grandes, hasta llegar a la administración central ubicada en la corte del faraón. Había casas del tesoro separadas para las telas, las obras de arte, los objetos ornamentales, los cosméticos, la platería, el guardarropa real; había enormes almacenes de granos, arsenales y cavas de vino.

Pero la redistribución a la escala practicada por los constructores de pirámides no se restringía a las economías que no conocían el dinero. En efecto, todos los reinos arcaicos usaban monedas metálicas para el pago de impuestos y salarios, pero por lo demás realizaban pagos en especie tomados de los graneros y almacenes de todas clases, de donde distribuían los bienes más variados para uso y consumo principalmente de la parte no productiva de la población, es decir, de los funcionarios, los militares y la clase ociosa. Éste era el sistema practicado en la antigua China, en el imperio de los Incas, en los reinos de la India, y también en Babilonia. Éstas y muchas otras civilizaciones de vastos logros económicos elaboraron una refinada división del trabajo por el mecanismo de la redistribución. ✓

Este principio privaba también bajo las condiciones feudales. En las sociedades étnicamente estratificadas de África ocurre a veces que los estratos superiores están integrados por ganaderos establecidos entre agricultores que están usando todavía el palo o la azada para perforar la tierra. Los regalos recibidos por los ganaderos son principalmente agrícolas —tales como los cereales y la cerveza— mientras que los regalos otorgados por ellos podrían ser animales, especialmente cabras u ovejas. En estos casos hay división del trabajo, aunque de ordinario desigual, entre los diversos estratos de la sociedad: la distribución puede encubrir a menudo cierta explotación, al mismo tiempo que la simbiosis beneficia los niveles de vida de ambos estratos, debido a las ventajas de una división del trabajo mejorada. En términos políticos, tales sociedades viven bajo un régimen de feudalismo, ya se prefiera al ganado o a la tierra. En África oriental hay “feudos ganaderos regulares”. Thurnwald, a quien seguimos de cerca sobre el tema de la redistribución, pudo decir así que el feudalismo implicaba en todas partes un sistema de redistribución. Este sistema se vuelve predominantemente político sólo bajo condiciones muy avanzadas y circunstancias excepcionales, como ocurrió en Europa occidental, donde el cambio surgió de la necesidad de protección del vasallo, y los regalos se convirtieron en tributos feudales.

Estos ejemplos demuestran que la redistribución tiende también a involucrar al sistema económico propiamente dicho en relaciones sociales. Des-

cubrimos, por regla general, que el proceso de redistribución forma parte del régimen político prevaleciente, ya sea el de la tribu, la ciudad-Estado, el despotismo, o el feudalismo del ganado o de la tierra. La producción y distribución de bienes se organiza principalmente mediante la recolección, el almacenamiento y la redistribución, centrándose el patrón en el jefe, el templo, el déspota o el señor. Dado que las relaciones del grupo conductor con los grupos conducidos difieren de acuerdo con el fundamento del poder político, el principio de la redistribución involucrará motivaciones individuales tan diferentes como la repartición voluntaria de la caza por los cazadores y el temor al castigo que mueve al fedayín a entregar sus impuestos en especie. ✓

En esta presentación omitimos deliberadamente la vital distinción existente entre las sociedades homogéneas y las estratificadas, es decir, las sociedades que están socialmente unificadas en conjunto, y las sociedades divididas entre gobernantes y gobernados. La posición relativa de los esclavos y los amos puede ser muy diferente de la que existe entre los miembros libres e iguales de algunas tribus cazadoras, de modo que diferirán ampliamente las motivaciones de las dos sociedades, pero la organización del sistema económico podría basarse todavía en los mismos principios, si bien acompañada de rasgos culturales muy diferentes, de acuerdo con las diferentes relaciones humanas que interconectan al sistema económico. ✓

El tercer principio, destinado a desempeñar un gran papel en la historia y que llamaremos el principio del hogar, consiste en la producción para el uso propio. Los griegos lo llamaron *oekonomia*, el origen de la palabra “economía”. De acuerdo con los registros etnográficos, no debíamos suponer que la producción para la propia persona o el propio grupo sea más antigua que la reciprocidad o la redistribución. Por el contrario, la tradición ortodoxa y algunas teorías más recientes sobre el tema han sido enfáticamente refutadas. Jamás ha existido el salvaje individualista, recolector de frutos y de caza para sí mismo o para su familia. En efecto, la práctica de atender a las necesidades del propio hogar se convierte en un aspecto de la vida económica sólo en un nivel agrícola más avanzado, pero aun entonces no tiene nada en común con la motivación de la ganancia o con la institución de los mercados. Su patrón es el grupo cerrado. El principio era invariablemente el mismo, independientemente de que las entidades muy diferentes de la familia o el asentamiento o el feudo formaran la unidad autosuficiente, a saber: la producción y el almacenamiento para la satisfacción de las necesidades de los miembros del grupo. El principio tiene una aplicación tan amplia como la



de la reciprocidad o de la redistribución. La naturaleza del núcleo institucional es indiferente: podría ser el sexo como ocurre con la familia patriarcal, la localidad como ocurre con el asentamiento aldeano, o el poder político como ocurre con el feudo señorial. Tampoco importa la organización interna del grupo. Podría ser tan despótica como la *familia* romana o tan democrática como la *zadruga* de los eslavos sureños; tan grande como los vastos dominios de los magnates carolingios o tan pequeña como el predio campesino característico de Europa occidental. La necesidad del comercio o de los mercados no es mayor que en el caso de la reciprocidad o la redistribución.

Era este estado de cosas el que Aristóteles trataba de establecer como una norma hace más de 2 000 años. Mirando hacia atrás desde las alturas rápidamente declinantes de una economía de mercado mundial, debemos aceptar que su famosa distinción entre la actividad hogareña propiamente dicha y la ganancia de dinero, en el capítulo introductorio de su *Política*, fue probablemente el señalamiento más profético que se hiciera jamás en el campo de las ciencias sociales; sigue siendo sin duda el mejor análisis que poseemos sobre el tema. Insiste Aristóteles sobre la producción para el uso frente a la producción para la ganancia como la esencia de la actividad hogareña propiamente dicha; pero la producción accesoria para el mercado no destruye necesariamente la autosuficiencia, ya que el cultivo comercial se utilizaría también en el predio para el sostenimiento, en forma de ganado o de granos; la venta de los excedentes no destruye necesariamente la base de la actividad hogareña. Sólo un genio del sentido común podría sostener, como lo hizo Aristóteles, que la ganancia era un motivo peculiar para producir para el mercado, y que el factor monetario introducía un elemento nuevo en la situación; pero mientras que los mercados y el dinero fuesen meros accesorios para una familia por lo demás autosuficiente, podría operar el principio de la producción para el uso. En esto tenía razón, sin duda, aunque no veía cuán impracticable resultaba la omisión de los mercados en una época en que la economía griega se había vuelto dependiente del comercio de mayoreo y del capital prestado. Porque éste era el siglo en que Delfos y Rodas se estaban convirtiendo en emporios del aseguramiento de las cargas, de préstamos marítimos y de giros bancarios, comparados con los cuales Europa occidental, un milenio más tarde, era la imagen misma del primitivismo. Pero Jowett, director de Balliol, se equivocó rotundamente cuando dio por sentado que su Inglaterra victoriana entendía mejor que Aristóteles la naturaleza de la diferencia existente entre la actividad hogareña y la ganancia de dinero. Excusó a Aristóteles concediendo que "los temas del co-

mutamiento que se ocupan del hombre se entrelazan; y en la época de Aristóteles no se distinguían fácilmente". Es cierto que Aristóteles no reconoció claramente las implicaciones de la división del trabajo y su conexión con los mercados y el dinero; tampoco advirtió los usos del dinero como crédito y como capital. Hasta aquí se justificaban las reticencias de Jowett, pero fue el director de Balliol, no Aristóteles, quien no pudo advertir las implicaciones humanas de la ganancia de dinero. No pudo ver que la distinción existente entre el principio del uso y el de la ganancia era la clave para la civilización completamente diferente cuyos grandes lineamientos pronosticó correctamente Aristóteles 2 000 años antes de su advenimiento, contando apenas con los rudimentos de una economía de mercado a su disposición, mientras que Jowett, teniendo frente a sí el animal de cuerpo completo, pasó por alto su existencia. Al denunciar el principio de la producción para la ganancia como algo "no natural para el hombre", como algo ilimitado, Aristóteles estaba apuntando al hecho fundamental: el divorcio de una motivación económica separada frente a las relaciones sociales en las que se daban estas limitaciones.

En términos generales, la proposición sostiene que todos los sistemas económicos conocidos hasta el final del feudalismo en Europa occidental se organizaron de acuerdo con los principios de la reciprocidad o la redistribución, o de la actividad hogareña, o alguna combinación de los tres. Estos principios se institucionalizaron con el auxilio de una organización social que, entre otras cosas, utilizaba los patrones de la simetría, la centralidad y la autarquía. En este marco se obtenía la producción y la distribución ordenada de los bienes mediante gran diversidad de motivaciones individuales disciplinadas por los principios generales del comportamiento. La ganancia no era prominente entre estas motivaciones. La costumbre y el derecho, la magia y la religión cooperaban para inducir al individuo a obedecer las reglas del comportamiento que eventualmente aseguraban el funcionamiento del sistema económico.

A pesar de su comercio altamente desarrollado, el periodo grecorromano no representaba ninguna excepción en este sentido; se caracterizaba por la gran escala en que se practicaba la redistribución de los granos por la administración romana, en una economía que por lo demás era hogareña, de modo que no violaba la regla de que los mercados no desempeñaron ningún papel importante en el sistema económico hasta el final de la Edad media; prevalecían otros patrones institucionales.

A partir del siglo XVI, los mercados eran numerosos e importantes. Bajo



el sistema mercantilista, se volvieron en efecto la preocupación principal del gobierno; pero todavía no había señales del futuro control de los mercados sobre la sociedad humana. Por el contrario, la regulación y la reglamentación eran más estrictas que nunca; la idea misma de un mercado autorregulado estaba ausente. Para comprender el cambio repentino a un tipo de economía totalmente nuevo, en el siglo XIX debemos ocuparnos ahora de la historia del mercado, una institución que prácticamente olvidamos en nuestra reseña de los sistemas económicos del pasado.

## V. LA EVOLUCIÓN DEL PATRÓN DE MERCADO

El PAPEL DOMINANTE desempeñado por los mercados en la economía capitalista, aunado a la importancia básica del principio del trueque o el intercambio en la economía, requiere una investigación cuidadosa de la naturaleza y el origen de los mercados, si quieren descartarse las supersticiones económicas del siglo XIX.<sup>1</sup>

El trueque, el pago en especie y el intercambio constituyen un principio del comportamiento económico cuya eficacia depende del patrón del mercado. Un mercado es un lugar de reunión para la realización del trueque o la compra-venta. Si tal patrón no está presente, por lo menos en parches, la propensión al trueque encontrará un campo insuficiente: no podrá generar precios.<sup>2</sup> Así como la reciprocidad se ve auxiliada por un patrón de organización simétrico, como la redistribución se facilita por cierto grado de centralización, y como la actividad hogareña debe basarse en la autarquía, el principio del trueque depende del patrón de mercado para ser eficaz. Pero del mismo modo que la reciprocidad, la redistribución o la actividad hogareña deben ocurrir en una sociedad sin predominar en ella, el principio del trueque puede ocupar también un lugar subordinado en una sociedad donde otros principios van en ascenso.

Sin embargo, el principio del trueque no se encuentra estrictamente a la par con los otros tres principios en algunos otros sentidos. El patrón de mercado, con el que se asocia, es más específico que la simetría, la centralidad o la autarquía, que en contraste con el patrón de mercados son meros "rasgos" y no crean instituciones diseñadas sólo para una función. La simetría no es más que un arreglo sociológico, que no origina instituciones separadas sino que sólo difunde las existentes (el hecho de que una tribu o una aldea tengan un patrón simétrico o no, no involucra una institución distintiva). La centralidad crea con frecuencia instituciones distintivas, pero no

<sup>1</sup> Véanse las notas sobre las fuentes, p. 340.

<sup>2</sup> Hawtrey, G. R., *The Economic Problem*, 1925, p. 13. "La aplicación práctica del principio del individualismo depende por entero del intercambio." Sin embargo, Hawtrey estaba errado al suponer que la existencia de los mercados seguía simplemente a la práctica del intercambio.



implica ninguna motivación que separe a la institución resultante para una sola función específica (por ejemplo, el jefe de una aldea o el funcionario central podrían asumir diversas funciones políticas, militares, religiosas o económicas, indiscriminadamente). Por último, la autarquía económica es sólo un rasgo accesorio de un grupo cerrado existente.

Por otra parte, el patrón de mercado, relacionado con una peculiar motivación propia, la motivación del pago en especie o el trueque, es capaz de crear una institución específica: el mercado. En última instancia, es por ello que el control del sistema económico por parte del mercado es fundamentalmente importante para la organización total de la sociedad: ello significa nada menos que la administración de la sociedad como un adjunto del mercado. En lugar de que la economía se incorpore a las relaciones sociales, éstas se incorporan al sistema económico. La importancia vital del factor económico para la existencia de la sociedad impide cualquier otro resultado. Una vez organizado el sistema económico en instituciones separadas, basadas en motivaciones específicas y creadoras de una posición especial, la sociedad deberá configurarse de tal modo que ese sistema pueda funcionar de acuerdo con sus propias leyes. Éste es el significado de la aseveración familiar de que una economía de mercado sólo puede funcionar en una sociedad de mercado.

Es en efecto crucial el paso que convierte a los mercados aislados en una economía de mercado, los mercados regulados en un mercado autorregulado. El siglo XIX —ya fuese aclamado el hecho como la cúspide de la civilización o deplorándolo como un crecimiento canceroso— imaginaba ingenuamente que tal desarrollo era el resultado natural de la difusión de los mercados. No se advertía que la conexión de los mercados en un sistema autorregulado de enorme poder no se debía a ninguna tendencia inherente de los mercados hacia la excrecencia, sino al efecto de estimulantes muy artificiales, administrados al cuerpo social para afrontar una situación creada por el fenómeno no menos artificial de la máquina. No se reconoció la naturaleza limitada y nada expansiva del patrón de mercado como tal; y sin embargo, es un hecho que surge con claridad convincente de la investigación moderna.

“Los mercados no se encuentran en todas partes; su ausencia indica cierto aislamiento y una tendencia hacia la seclusión, pero no se asocia a ningún desarrollo particular, como ocurre también con su presencia.” Esta frase seca de la *Economics in Primitive Communities*, de Thurnwald, resume los resultados importantes de la investigación moderna sobre el tema. Otro autor

repite acerca del dinero lo que Thurnwald dijera de los mercados: “El mero hecho de que una tribu usara dinero la diferenciaba muy poco, en términos económicos, de otras tribus del mismo nivel cultural que no lo usaran.” Convendrá señalar algunas de las implicaciones más sorprendentes de estas aseveraciones.

La presencia o ausencia de mercados o de dinero no afecta necesariamente al sistema económico de una sociedad primitiva: esto refuta el mito declamatorio de que el dinero fue una invención cuya aparición transformó inevitablemente a una sociedad creando mercados, acelerando el paso de la división del trabajo, y liberando la propensión natural del hombre a trocar, pagar en especie e intercambiar. En efecto, la historia económica ortodoxa se basaba en una concepción inmensamente exagerada de la importancia de los mercados como tales. “Cierta aislamiento”, o quizá una “tendencia hacia la seclusión”, es el único aspecto económico que puede inferirse correctamente de su ausencia; por lo que se refiere a la organización interna de una economía, su presencia o ausencia no importará necesariamente.

Las razones son simples. Los mercados no son instituciones que funcionan principalmente dentro de una economía, sino fuera de ella. Son lugares de reunión para el comercio a larga distancia. Los mercados locales propiamente dichos tienen escasa importancia. Además, ni los mercados a larga distancia ni los mercados locales son esencialmente competitivos, y en consecuencia hay en ambos casos escasa presión para crear un comercio territorial, un mercado interno o nacional. Cada una de estas aseveraciones ataca algún supuesto axiomático de los economistas clásicos, pero se deriva estrictamente de los hechos revelados por la investigación moderna.

En efecto, la lógica es casi la opuesta a la que se encuentra detrás de la doctrina clásica. La enseñanza ortodoxa partía de la propensión individual al trueque; deducía de allí la necesidad de mercados locales y de la división del trabajo; e infería por último la necesidad del comercio, eventualmente del comercio exterior, incluido el de larga distancia. De acuerdo con lo que ahora sabemos, casi debiéramos invertir la secuencia del argumento: el verdadero punto de partida es el comercio a larga distancia, un resultado de la ubicación geográfica de los bienes, y de la “división del trabajo” dada por la ubicación. El comercio a larga distancia engendra a menudo mercados, una institución que involucra actos de trueque y, si se usa dinero, de compra-venta, de modo que eventualmente, pero de ningún modo necesariamente, ofrece a algunos individuos una ocasión para aplicar la supuesta propensión a la negociación y el regateo/



El aspecto dominante de esta doctrina es el origen del comercio en una esfera externa no relacionada con la organización interna de la economía. "La aplicación de los principios observados en la caza y la obtención de bienes ubicados *fuera de los límites del distrito* condujeron a ciertas formas del intercambio que más tarde contemplamos como comercio."<sup>3</sup> Cuando buscamos el origen del comercio, nuestro punto de partida debe ser la obtención de bienes a distancia, como en una cacería.

Cada año, en julio o en agosto, los Dieri de Australia central realizan una expedición hacia el sur para obtener el ocre rojo que usan para pintar sus cuerpos... Sus vecinos, los Yantruwunta, organizan expediciones similares para recolectar ocre rojo y piedras areniscas, para moler la semilla de zacate, en las colinas de Flinders, a 800 kilómetros de distancia. En ambos casos podría haber necesidad de pelear por los artículos deseados, si los habitantes locales se resisten a su extracción.

Esta clase de requisa o caza de tesoros es claramente tan similar al robo y la piratería como a lo que estamos acostumbrados a considerar como un comercio; básicamente, es un asunto unilateral. Se vuelve bilateral, es decir, "cierta forma de intercambio", a menudo sólo mediante el chantaje practicado por los poderes establecidos; o mediante arreglos de reciprocidad, como en el anillo Kula, como con las fiestas de visitantes de los Pengwe de África occidental, o con los Kpelle, donde el jefe monopoliza el comercio exterior al insistir en entretener a todos los huéspedes. Es cierto que tales visitas no son accidentales, pero en nuestros términos, no en los de ellos: genuinos viajes comerciales; sin embargo, el intercambio de bienes se realiza siempre bajo el disfraz de regalos recíprocos y de ordinario mediante devoluciones de visitas.

Llegamos a la conclusión de que, mientras que las comunidades humanas no parecen haber renunciado jamás por entero al comercio exterior, tal comercio no involucraba necesariamente a los mercados. Originalmente, el comercio exterior tiene más de aventura, exploración, cacería, piratería y guerra que de trueque. Puede implicar tan poca paz como bilateralidad, y aun cuando implique a ambos, se organiza de ordinario de acuerdo con el principio de la reciprocidad, no del trueque.

La transición al trueque pacífico puede rastrearse en dos direcciones: la del trueque y la de la paz. Como antes vimos, una expedición tribal podría tener que satisfacer las condiciones establecidas por los poderosos locales,

<sup>3</sup> Thurnwald, R. C., *Economics in Primitive Communities*, 1932, p. 147.

quienes podrían extraer cierta contrapartida de los extranjeros; este tipo de relación no es enteramente pacífica, pero podría dar lugar al trueque: la actividad unilateral se transformará en una actividad bilateral. La otra línea de desarrollo es la del "comercio silencioso", como se observa en la selva africana, donde se evita el riesgo del combate mediante una tregua organizada, y el elemento de paz y confianza se introduce en el comercio, con la debida circunspección.

En una etapa posterior, como todos sabemos, los mercados se vuelven predominantes en la organización del comercio exterior. Pero desde el punto de vista económico, los mercados externos son enteramente distintos de los mercados locales o los mercados internos. No sólo difieren en tamaño, sino que sus instituciones tienen funciones y orígenes diferentes. El comercio exterior se realiza mientras se carezca de algunos tipos de bienes en la región: el intercambio de lanas inglesas por vinos portugueses era un ejemplo. El comercio local se limita a los bienes de esta región, los que no se pueden transportar porque son demasiado pesados, voluminosos o perecederos. Así pues, el comercio exterior y el comercio local se relacionan con la distancia geográfica: uno se confina a los bienes que no pueden superarla; el otro sólo a los bienes que sí pueden hacerlo. El comercio de este tipo se describe justamente como complementario. El intercambio local entre la ciudad y el campo, y el comercio exterior entre diferentes zonas climáticas, se basan en este principio. Tal comercio no implica necesariamente la competencia, y si ésta tendiera a desorganizar al comercio, no habrá contradicción en su eliminación. En cambio, el comercio interno es esencialmente competitivo, por oposición al externo y al local; aparte de los cambios complementarios, incluye un número mucho mayor de intercambios en los que se ofrecen en competencia recíproca bienes similares provenientes de fuentes diferentes. En consecuencia, la competencia tiende a aceptarse como un principio general del comercio sólo con el surgimiento del comercio interno o nacional.

Estos tres tipos de comercio que difieren marcadamente en su función económica difieren también en su origen. Hemos examinado los inicios del comercio exterior. Los mercados se desarrollaron naturalmente a partir de tal comercio cuando las caravanas tenían que detenerse en los vados, los puertos marítimos, las desembocaduras de los ríos, o donde se unían las rutas de dos expediciones terrestres. Se desarrollaron "puertos" en los lugares de trasbordo.<sup>4</sup> El breve florecimiento de las famosas ferias de Europa fue otro

<sup>4</sup> Pirenne, H., *Medieval Cities*, 1925, p. 148 (nota 12).



caso en que el comercio a larga distancia produjo un tipo de mercado definido; los emporios ingleses constituyeron otro ejemplo. Pero si las ferias y los emporios desaparecieron también con una rapidez desconcertante para los evolucionistas extremos, el *portus* estaba destinado a desempeñar un papel prominente en la formación de ciudades en Europa occidental. Pero aun cuando las ciudades se fundaron en los sitios de mercados externos, los mercados locales permanecían a menudo separados, no sólo en lo referente a la función sino también a la organización. Ni el puerto, ni la feria, ni el emporio fueron los antecesores de los mercados internos o nacionales. ¿En dónde deberíamos buscar entonces su origen?

Podría parecer natural suponer que, dados los actos de trueque individuales, a través del tiempo conducirían al desarrollo de mercados locales, y que tales mercados, una vez establecidos, conducirían naturalmente al establecimiento de mercados internos o nacionales. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Los actos individuales de trueque o intercambio no conducen por regla general al establecimiento de mercados en las sociedades donde prevalecen otros principios del comportamiento económico. Tales actos son comunes en casi todos los tipos de la sociedad primitiva, pero se consideran incidentales porque no proveen los bienes de subsistencia. En los vastos sistemas de redistribución de la Antigüedad, los actos de trueque y los mercados locales constituían un aspecto habitual pero subordinado. Lo mismo se aplica cuando rige la reciprocidad: los actos de trueque se incorporan aquí, de ordinario, en relaciones de largo alcance que implican la confianza, una situación que tiende a ocultar el carácter bilateral de la transacción. Los factores limitantes surgen de todos los puntos del abanico sociológico; la costumbre y el derecho, la religión y la magia contribuyen igualmente al resultado: la restricción de los actos de intercambio respecto de personas y objetos, tiempo y ocasión. Por regla general, quien trueca realiza simplemente un tipo de transacción establecido en el que están dados los objetos y sus cantidades equivalentes. *Utu* denota en el lenguaje de los tikopia<sup>5</sup> tal equivalente tradicional como parte del intercambio recíproco. Lo que parecía la característica esencial del intercambio para el pensamiento del siglo XVIII, el elemento voluntarista de la negociación, y el regateo tan expresivo de la motivación supuesta del trueque, apenas aparece en la transacción efectiva; en la medida en que esta motivación se encuentre detrás del procedimiento, raras veces se permite que salga a la superficie.

<sup>5</sup> Firth, R., *Primitive Polynesian Economics*, 1939, p. 347.

De ordinario se da vía libre a la motivación opuesta. El donante podría dejar caer simplemente el objeto al suelo, y el receptor pretenderá recogerlo accidentalmente, o incluso dejar que uno de sus dependientes lo haga. Nada podría ser más contrario al comportamiento aceptado que examinar cuidadosamente la contrapartida recibida. Ya que tenemos todas las razones para creer que esta actitud refinada no es el resultado de una genuina falta de interés en el aspecto material de la transacción, podríamos describir la etiqueta del trueque como un desarrollo contrario, destinado a limitar el alcance de la negociación.

En efecto, de acuerdo con la información disponible sería apresurado afirmar que los mercados locales surgieron de actos de trueque individuales. Aunque los inicios de los mercados locales son oscuros, puede afirmarse lo siguiente: esta institución se vio rodeada desde el principio por varias salvaguardias destinadas a proteger la organización económica prevaleciente en la sociedad contra la interferencia de las prácticas del mercado. La paz del mercado se logró al precio de rituales y ceremonias que restringieron su alcance al mismo tiempo que aseguraban su capacidad para funcionar dentro de límites estrechos dados. En efecto, el resultado más importante de los mercados —el surgimiento de las ciudades y de la civilización urbana— se debió a un desarrollo paradójico. Las ciudades, criaturas de los mercados, no fueron sólo sus protectores, sino también los medios para impedir su expansión hacia el campo y la afectación de la organización económica prevaleciente en la sociedad. Los dos significados de la palabra "contener" expresan quizá con mayor precisión esta doble función de las ciudades en lo referente a los mercados que albergaban y cuyo desarrollo impedían a la vez.

Si el trueque está rodeado de tabúes diseñados para impedir que este tipo de relación humana abuse de las funciones de la organización económica propiamente dicha, la disciplina del mercado era más estricta aún. Veamos un ejemplo del país de los Chaga:

El mercado debe ser regularmente visitado los días de *mercado*. Si algún suceso impidiera la celebración del mercado en uno o más días, los negocios no podrían reanudarse mientras no se hubiese purificado el sitio del *mercado*... Toda lesión que ocurriera en el sitio del mercado y que involucrara derramamiento de sangre requería una expiación inmediata. A partir de ese momento, ninguna mujer podría salir del sitio del mercado y no podría tocarse ninguno de los bienes; éstos tendrían que limpiarse antes de que pudieran llevarse y usarse como alimento. Por lo menos una cabra tendría que ser sacrificada de inmediato. Se requería una expia-



ción más cara y más seria si una mujer diera a luz o sufriera un aborto en el sitio del mercado. En ese caso se requería un animal lactante. Además, la casa del jefe tendría que ser purificada mediante la sangre de sacrificio de una vaca lechera. Todas las mujeres del país serían así rociadas, distrito por distrito.<sup>6</sup>

Esta clase de reglas no facilitarían la difusión de los mercados.

El mercado local característico, en el que las amas de casa obtienen sus abastos diarios y los cultivadores de granos o vegetales ofrecen en venta sus productos, al igual que los artesanos locales, revela una sorprendente indiferencia acerca del tiempo y el lugar. Las reuniones de esta clase no son sólo bastante generales en las sociedades primitivas, sino que permanecen casi sin cambio hasta mediados del siglo XVIII en los países más avanzados de Europa occidental. Son un adjunto de la existencia local y difieren poco si forman parte de la vida tribal de África central o de una *cit  de Francia merovingia* o de una aldea escocesa de la época de Adam Smith. Pero lo que se aplica a la aldea se aplica también a la ciudad. Esencialmente, los mercados locales son mercados de vecindad, y aunque son importantes para la vida de la comunidad, en ninguna parte parecen reducir el sistema económico prevaleciente a su patrón. No eran los puntos de partida del comercio interno o nacional.

El comercio interno de Europa occidental fue creado efectivamente por la intervención del Estado. Hasta la época de la Revolución comercial, lo que podría parecernos un comercio nacional no era tal, sino un comercio municipal. La hansa no eran comerciantes alemanes; era una corporación de oligarcas comerciantes, provenientes de varias ciudades del Mar del norte y del Báltico. Lejos de "nacionalizar" la vida económica alemana, la hansa excluyó deliberadamente el interior del comercio internacional. El comercio de Amberes o Hamburgo, Venecia o Lyon, no era holandés o alemán, italiano o francés. Londres no era una excepción: era tan poco "inglés" como Luebeck era "alemán". El mapa comercial de Europa en este periodo debiera mostrar sólo ciudades y dejar en blanco el campo, el que podría no haber existido por lo que se refiere al comercio organizado. Las llamadas naciones eran sólo unidades políticas, y muy laxas incluso, integradas en lo económico por innumerables familias más pequeñas y en gran medida autosuficientes y por mercados locales insignificantes en las aldeas. El comercio se limitaba a las ciudades organizadas que lo realizaban localmente, como comercio de vecindad, o como comercio a larga distancia; ambos comercios estaban

<sup>6</sup> Thurnwald, R. C., *op. cit.*, pp. 162-164.

estrictamente separados, y no se permitía que ninguno de ellos se infiltrara en el campo indiscriminadamente.

Tal separación permanente del comercio local y el comercio a larga distancia dentro de la organización de la ciudad debe constituir otro choque para el evolucionista, para quien siempre parecen encajar muy bien las cosas. Y sin embargo, este hecho peculiar constituye la clave para la historia social de la vida urbana en Europa occidental. Tiende a apoyar fuertemente nuestra tesis acerca del origen de los mercados que inferimos de las condiciones existentes en las economías primitivas. La nítida distinción trazada entre el comercio local y el comercio a larga distancia pudo haber parecido demasiado rígida, sobre todo porque nos condujo a la sorprendente conclusión de que ni el comercio a larga distancia ni el comercio local fueron los ancestros del comercio interno de la época moderna, de modo que aparentemente no queda más alternativa que buscar una explicación en el *deus ex machina* de la intervención estatal. Veremos en seguida, en este sentido, que también las investigaciones recientes soportan nuestras conclusiones. Pero antes presentaremos un bosquejo de la historia de la civilización urbana configurada por la separación peculiar del comercio local y el comercio a larga distancia dentro de los confines del pueblo medieval.

En efecto, esta separación se encontraba en la base de las instituciones de los centros urbanos medievales.<sup>7</sup> La ciudad fue una organización de los burgueses. Sólo ellos tenían el derecho de ciudadanía, y el sistema descansaba sobre la distinción existente entre los burgueses y los demás. Ni los campesinos del campo ni los comerciantes de otras ciudades eran naturalmente burgueses. Pero si la influencia militar y política de la ciudad permitía tratar con los campesinos de los alrededores, tal autoridad no podía ejercerse respecto del comerciante extranjero. En consecuencia, los burgueses se encontraban en una posición enteramente diferente respecto del comercio local y el comercio a larga distancia.

En cuanto a los abastos de alimentos, la regulación involucraba la aplicación de métodos tales como la publicidad forzosa de las transacciones y la exclusión de los intermediarios, a fin de controlar el comercio y protegerse contra los precios altos. Pero tal regulación sólo era eficaz en lo referente al comercio realizado entre la ciudad y sus alrededores. La posición era enteramente diferente en lo que se refiere al comercio a gran distancia. Las especias, el pescado salado o el vino debían ser transportados a grandes

<sup>7</sup> Seguimos en nuestra presentación las obras bien conocidas de H. Pirenne.



distancias, de modo que estaban en el dominio del comerciante extranjero y sus métodos capitalistas de comercio de mayoreo. Este tipo de comercio escapaba a la regulación local y sólo se le podía excluir del mercado local en la medida de lo posible. La prohibición completa de las ventas de menudeo por parte de los comerciantes extranjeros trataba de alcanzar este fin. A medida que crecía el volumen del comercio capitalista de mayoreo, más se le excluía de los mercados locales en lo referente a las importaciones.

Por lo que se refiere a los productos industriales, la separación del comercio local y de larga distancia era más profunda aún, ya que en este caso se veía más afectada toda la organización de la producción. La razón de esto se encontraba en la naturaleza misma de los gremios de artesanos donde se organizaba la producción industrial. En el mercado local, la producción se regulaba de acuerdo con las necesidades de los productores, restringiendo así la producción a un nivel remunerador. Naturalmente, este principio no se aplicaría a las exportaciones, donde los intereses de los productores no fijaban límites para la producción. En consecuencia, mientras que el comercio local estaba estrictamente regulado, la producción para la exportación sólo estaba formalmente controlada por las corporaciones de oficios. La industria de exportación más prominente de la época, el comercio de telas, estaba efectivamente organizada sobre la base capitalista del trabajo asalariado.

Una separación cada vez más estricta del comercio local frente al comercio de exportación fue la reacción de la vida urbana ante la amenaza del capital móvil de desintegrar las instituciones de la ciudad. La ciudad medieval característica no trataba de evitar el peligro salvando la brecha existente entre el mercado local controlable y las vicisitudes de un comercio a larga distancia incontrolable, sino que afrontó el peligro directamente, aplicando con el mayor rigor la política de exclusión y protección que era la razón de su existencia.

En la práctica, esto significaba que las ciudades planteaban todos los obstáculos posibles para la formación del mercado nacional o interno por el que estaba presionando el comerciante mayorista. Manteniendo el principio de un comercio local no competitivo y un comercio a larga distancia igualmente no competitivo que iba de una ciudad a otra, los burgueses obstruían por todos los medios a su disposición la inclusión del campo en el abanico del comercio y la apertura del comercio indiscriminado entre las ciudades y el campo. Fue este desarrollo el que llevó al primer plano el criterio territorial como el instrumento de la "nacionalización" del mercado y el creador del comercio interno.

En los siglos xv y xvi, la acción deliberada del Estado impulsó al sistema mercantilista entre las ciudades y los principados ferozmente proteccionistas. El mercantilismo destruyó el obsoleto particularismo del comercio local e intermunicipal derrumbando las barreras que separaban estos dos tipos de comercio no competitivo y allanando así el camino para un mercado nacional que omitía cada vez más la distinción existente entre la ciudad y el campo, así como la distinción existente entre las diversas ciudades y provincias.

En efecto, el sistema mercantil era una respuesta a muchos retos. En términos políticos, el Estado centralizado era una creación nueva, impulsada por la Revolución comercial que había trasladado el centro de gravedad del mundo occidental, de la costa del Mediterráneo a la costa del Atlántico, obligando así a los pueblos atrasados de los países agrarios más grandes a organizarse para el comercio interior y exterior. En la política externa, el establecimiento del poder soberano era la necesidad de la época; en consecuencia, la gobernación mercantilista involucraba la reunión de los recursos de todo el territorio nacional para los fines del poder en los asuntos extranjeros. En la política interna, la unificación de los países fragmentados por el particularismo feudal y municipal era el subproducto inevitable de tal esfuerzo. En el terreno económico, el instrumento de la unificación era el capital, es decir, los recursos privados disponibles en forma de acumulaciones de dinero y por ende peculiarmente propicios para el desarrollo del comercio. Por último, la técnica administrativa que servía de base a la política económica del gobierno central era proveída por la extensión del sistema municipal tradicional al territorio más grande del Estado. En Francia, donde los gremios de oficios tendían a convertirse en órganos estatales, el sistema gremial se extendió simplemente a todo el territorio del país; en Inglaterra, donde la declinación de la ciudad amurallada había debilitado fatalmente ese sistema, el campo se industrializaba sin la supervisión de los gremios, mientras que en ambos países se expandían el comercio exterior e interior por todo el territorio de la nación y se convertían en la forma dominante de la actividad económica. En esta situación se encuentra el origen de la política de comercio interno del mercantilismo.

La intervención estatal, que había liberado el comercio de los confines de la ciudad privilegiada, debía afrontar ahora dos peligros estrechamente conectados que la ciudad ya había afrontado con éxito: el monopolio y la competencia. Que la competencia debe conducir en última instancia al monopolio era una verdad bien entendida en esa época, mientras que el monopolio



era más temido ahora que más tarde, ya que a menudo se aplicaba a los bienes básicos y así se convertía fácilmente en un peligro para la comunidad. La regulación total de la vida económica, sólo que ahora a escala nacional, ya no sólo municipal, fue el remedio encontrado. Lo que para la mentalidad moderna podría parecer fácilmente como una exclusión miope de la competencia, era en realidad el procedimiento adecuado para salvaguardar el funcionamiento de los mercados bajo las condiciones dadas. Toda intrusión temporal de los compradores o los vendedores en el mercado debe destruir el equilibrio y decepcionar a los compradores y vendedores regulares, de modo que el mercado dejará de funcionar. Los antiguos proveedores dejarán de ofrecer sus bienes porque no pueden estar seguros de obtener un precio por ellos, y el mercado insuficientemente abastecido será una presa fácil para el monopolista. En menor grado, los mismos peligros existían del lado de la demanda, donde a una rápida declinación podría seguir un monopolio de la demanda. Con cada paso dado por el Estado para liberar al mercado de restricciones particularistas, de gabelas y prohibiciones, ponía en peligro el sistema organizado de la producción y distribución que ahora se veía amenazado por la competencia sin regulación y la intrusión del forastero que "exploraba" el mercado sin ofrecer ninguna garantía de permanencia. Ocurrió así que si bien eran inevitablemente competitivos hasta cierto punto, los mercados nacionales nuevos se distinguían por el aspecto tradicional de la regulación antes que por el nuevo elemento de la competencia.<sup>8</sup> La familia autosuficiente del campesino que laboraba por su subsistencia seguía siendo la base general del sistema económico, integrado en grandes unidades nacionales mediante la formación del mercado interno. Este mercado nacional se desarrollaba ahora al lado del mercado local y del mercado extranjero, y en parte traslapándolos. La agricultura se complementaba ahora con el comercio interno, un sistema de mercados relativamente aislados que resultaba enteramente compatible con el principio de la unidad familiar todavía dominante en el campo.

Así concluye nuestra sinopsis de la historia del mercado hasta la época de la Revolución industrial. Como sabemos, la etapa siguiente de la historia de la humanidad contempló un intento de establecimiento de un gran mercado autorregulado. No había en el mercantilismo, esa política distintiva del Estado-nación occidental, nada que presagiara tal desarrollo singular. La "liberación" del comercio realizada por el mercantilismo sólo liberó

<sup>8</sup> Montesquieu, *L'esprit des lois*, 1748. "Los ingleses restringen al comerciante, pero con ello favorecen al comercio."

al comercio del particularismo, pero al mismo tiempo extendió el alcance de la regulación. El sistema económico se sumergió en las relaciones sociales generales; los mercados eran sólo una característica accesoria de un ambiente institucional controlado y regulado más que nunca por la autoridad social.



## VI. EL MERCADO AUTORREGULADO Y LAS MERCANCÍAS FICTICIAS: MANO DE OBRA, TIERRA Y DINERO

ESTA RESEÑA RÁPIDA DEL SISTEMA ECONÓMICO y de los mercados, tomados por separado, revela que antes de nuestra época los mercados no fueron jamás otra cosa que accesorios de la vida económica. Por regla general, el sistema económico quedaba absorbido en el sistema social, y cualquiera que fuese el principio de comportamiento que predominara en la economía, la presencia del patrón de mercados resultaba compatible con el sistema social. El principio del trueque o el intercambio que se encuentra detrás de este patrón no revelaba ninguna tendencia hacia la expansión a expensas del resto. Allí donde los mercados estaban más desarrollados, como ocurría bajo el sistema mercantilista, prosperaban bajo el control de una administración centralizada que promovía la autarquía de las unidades familiares campesinas y de la vida nacional. En efecto, la regulación y los mercados crecieron juntos. No se conocía el mercado autorregulado; en efecto, el surgimiento de la idea de la autorregulación invertía por completo la tendencia del desarrollo. Los extraordinarios supuestos en que se basa una economía de mercado sólo pueden comprenderse plenamente a la luz de estos hechos.

Una economía de mercado es un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los precios del mercado; el orden en la producción y distribución de bienes se encomienda a este mecanismo autorregulado. Una economía de esta clase deriva de la expectativa de que los seres humanos se comporten de tal manera que alcancen las máximas ganancias monetarias. Tal economía supone la existencia de mercados donde la oferta de bienes (incluidos los servicios) disponibles a un precio dado será igual a la demanda a ese precio. Supone la presencia del dinero, que funciona como un poder de compra en manos de sus propietarios. La producción estará controlada entonces por los precios, ya que los beneficios de quienes dirigen la producción dependerán de ellos; la distribución de los bienes dependerá también de los precios, ya que los precios forman ingresos, y es con la ayuda de estos ingresos que los bienes producidos se distribuyen entre los miembros

de la sociedad. Bajo estos supuestos, los precios aseguran por sí solos el orden en la producción y distribución de los bienes.

La autorregulación implica que toda la producción se destine a la venta en el mercado, y que todos los ingresos deriven de tales ventas. En consecuencia, hay mercados para todos los elementos de la industria, no sólo para los bienes (siempre incluidos los servicios), sino también para la mano de obra, la tierra y el dinero, cuyos precios se llaman respectivamente precios de las mercancías, salarios, renta e intereses. Los términos mismos indican que los precios forman ingresos; el interés es el precio del uso del dinero y forma el ingreso de quienes se encuentran en posición de proveerlo; la renta es el precio del uso de la tierra y forma el ingreso de quienes la aportan; los salarios son el precio del uso del poder de trabajo y forman el ingreso de quienes lo venden; por último, los precios de las mercancías contribuyen a los ingresos de quienes venden sus servicios empresariales, de modo que el ingreso llamado beneficio es efectivamente la diferencia existente entre dos conjuntos de precios, el precio de los bienes producidos y sus costos, es decir, el precio de los bienes necesarios para su producción. Si se satisfacen estas condiciones, todos los ingresos derivarán de las ventas hechas en el mercado, y los ingresos serán justamente suficientes para comprar todos los bienes producidos.

Se deriva otro grupo de supuestos en lo referente al Estado y sus políticas. No debe permitirse que nada inhiba la formación de mercados, ni que se formen ingresos si no es a través de las ventas. Tampoco debe haber interferencia alguna con el ajuste de los precios al cambio de las condiciones del mercado, ya se trate de los precios de los bienes, la mano de obra, la tierra o el dinero. Por tanto, no sólo debe haber mercados para todos los elementos de la industria,<sup>1</sup> sino que ninguna medida o política deberá influir sobre la acción de estos mercados. Ni el precio, ni la oferta ni la demanda deben ser fijados o regulados; sólo se permitirán las políticas y medidas que ayuden a asegurar la autorregulación del mercado creando condiciones que conviertan al mercado en el único poder organizador en la esfera económica.

A fin de entender plenamente lo que esto significa, volvamos por un momento al sistema mercantilista y a los mercados nacionales que tanto ayudó a desarrollar. Bajo el feudalismo y el sistema gremial, la tierra y la mano de obra formaban parte de la propia organización social (el dinero no se había

<sup>1</sup> Henderson, H. D., *Supply and Demand*, 1922. La práctica del mercado es doble: la asignación de los factores entre usos diferentes y la organización de las fuerzas que influyen sobre el abasto agregado de los factores.



convertido todavía en un elemento fundamental de la industria). La tierra, el elemento central del orden feudal, era la base del sistema militar, judicial, administrativo y político; su posición y su función estaban determinadas por reglas legales y consuetudinarias. El hecho de que su posesión fuese transferible o no, y en su caso a quién y bajo cuáles restricciones; de que los derechos de propiedad involucraran ciertas facultades; los usos que podrían darse a la tierra: todas estas cuestiones estaban alejadas de la organización de la compra y la venta, y sometidas a un conjunto de regulaciones institucionales enteramente diferentes.

Lo mismo se aplicaba a la organización de la mano de obra. Bajo el sistema gremial, como en todos los sistemas económicos de la historia anterior, las motivaciones y las circunstancias de las actividades productivas estaban incorporadas en la organización general de la sociedad. Las relaciones del maestro, el oficial y el aprendiz; los términos del oficio; el número de aprendices, y los salarios de los trabajadores, estaban regulados por la costumbre y por la ley del gremio y de la ciudad. El sistema mercantilista sólo unificó estas condiciones a través del estatuto, como en Inglaterra, o mediante la "nacionalización" de los gremios como en Francia. La posición feudal de la tierra sólo se abolió en la medida en que estuviera ligada a los privilegios provinciales; por lo demás, la tierra permaneció *extra commercium*, así en Inglaterra como en Francia. Hasta la época de la Gran revolución de 1789, la propiedad inmobiliaria era la fuente del privilegio social en Francia, y aun después de esa fecha era esencialmente medieval, en Inglaterra, el Derecho común. El mercantilismo, con toda su tendencia hacia la comercialización, jamás atacó las salvaguardias que protegían a estos dos elementos básicos de la producción —la mano de obra y la tierra— para que no se volvieran objeto del comercio. En Inglaterra, la "nacionalización" de la legislación laboral a través del Estatuto de artífices (1563) y de la Ley de pobres (1601), sacaba a los trabajadores de la zona de peligro, y la política anticercamientos de los Tudor y los primeros Estuardo era una protesta consistente contra el principio del uso lucrativo de la propiedad inmobiliaria.

El hecho de que el mercantilismo, por enfáticamente que haya insistido en la comercialización como una política nacional, considerara a los mercados en una forma exactamente contraria a la de la economía de mercado, se revela sobre todo en su vasta extensión de la intervención estatal en la industria. Sobre este punto no había ninguna diferencia entre mercantilistas y feudalistas, entre los planeadores de la corona y los intereses creados, entre los burócratas centralizadores y los particularistas conservadores. Sólo

difierían en lo referente a los métodos de regulación: gremios, ciudades y provincias apelaban a la fuerza de la costumbre y la tradición, mientras que la nueva autoridad estatal favorecía el estatuto y la ordenanza. Pero todos se oponían igualmente a la idea de la comercialización de la mano de obra y de la tierra: la condición necesaria para la economía de mercado. Los gremios de oficios y los privilegios feudales se abolieron en Francia apenas en 1790; en Inglaterra, el Estatuto de artífices sólo se derogó en 1813-1814, y la Ley de pobres de la época isabelina sólo en 1831. La creación de un mercado de mano de obra libre no se discutió en ninguno de estos dos países antes del último decenio del siglo XVIII; y la idea de la autorregulación de la vida económica estaba por completo fuera del horizonte de la época. Al mercantilista le interesaba el desarrollo de los recursos del país, incluido el pleno empleo, a través del comercio interior y exterior; daba por sentada la organización tradicional de la tierra y la mano de obra. En este sentido, estaba tan alejado de los conceptos modernos como del campo de la política, donde su creencia en los poderes absolutos de un déspota ilustrado no disminuía por ningún sentimiento democrático. Y así como la transición a un sistema democrático y una política representativa involucraba una inversión completa de la tendencia de la época, el cambio de los mercados regulados a los mercados autorregulados, a fines del siglo XVIII, representaba una transformación completa en la estructura de la sociedad.

Un mercado autorregulado requiere nada menos que la separación institucional de la sociedad en una esfera económica y una esfera política. En efecto, tal dicotomía es sólo la presentación, desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, de la existencia de un mercado autorregulado. Podría argüirse que la separación de las dos esferas se da en todo tipo de sociedad en todo momento. Pero tal inferencia se basaría en una falacia. Es cierto que no puede existir ninguna sociedad sin algún sistema de cierta clase que asegure el orden en la producción y distribución de los bienes. Pero ello no implica la existencia de instituciones económicas separadas; normalmente, el orden económico es sólo una función del orden social en el que se contiene. Como hemos visto, ni bajo las condiciones tribales, ni feudales, ni mercantilistas, había un sistema económico separado en la sociedad. La sociedad del siglo XIX, en el que la actividad económica estaba aislada y se imputaba a una motivación claramente económica, constituyó en efecto una excepción singular.

Tal patrón institucional sólo podría funcionar si la sociedad se subordinara de algún modo a sus requerimientos. Una economía de mercado sólo



puede existir en una sociedad de mercado. Llegamos a esta conclusión en términos generales en nuestro análisis del patrón de mercado. Ahora podemos especificar las razones de esta afirmación. Una economía de mercado debe comprender todos los elementos de la industria, incluidos la mano de obra, la tierra y el dinero. (En una economía de mercado, el último es también un elemento esencial de la vida industrial, y su inclusión en el mecanismo del mercado tiene consecuencias institucionales de largo alcance, como veremos más adelante.) Pero la mano de obra y la tierra no son otra cosa que los seres humanos mismos, de los que se compone toda sociedad, y el ambiente natural en el que existe tal sociedad. Cuando se incluyen tales elementos en el mecanismo del mercado, se subordina la sustancia de la sociedad misma a las leyes del mercado.

Ahora podremos desarrollar en forma más concreta la naturaleza institucional de una economía de mercado y los peligros que involucra para la sociedad. Describiremos en primer término los métodos por los que el mecanismo de mercado puede controlar y dirigir los elementos efectivos de la vida industrial; luego trataremos de evaluar la naturaleza de los efectos de tal mecanismo sobre la sociedad sujeta a su acción.

Es con el auxilio del concepto de la mercancía que el mecanismo del mercado se conecta a los diversos elementos de la vida industrial. Se definen aquí empíricamente las mercancías como objetos producidos para su venta en el mercado; los mercados se definen también empíricamente como contactos efectivos entre compradores y vendedores. En consecuencia, se considera cada elemento de la industria como algo producido para la venta, ya que entonces, y sólo entonces, estará sujeto al mecanismo de la oferta y la demanda que interactúa con el precio. En la práctica, esto significa que debe haber mercados para cada elemento de la industria; que en estos mercados, cada uno de estos elementos se organiza en un grupo de oferta y uno de demanda; y que cada elemento tiene un precio que interactúa con la demanda y la oferta. Estos mercados —innumerables— están interconectados y forman un Gran mercado.<sup>2</sup>

El punto crucial es éste: la mano de obra, la tierra y el dinero son elementos esenciales de la industria; también deben organizarse en mercados; en efecto, estos mercados forman una parte absolutamente vital del sistema económico. Pero es obvio que la mano de obra, la tierra y el dinero *no* son mercancías; en el caso de estos elementos, es enfáticamente falso que todo

<sup>2</sup> Hawtrey, G. R., *op. cit.*, quien considera que su función consiste en hacer "los valores relativos de mercado de todos los bienes mutuamente consistentes".

lo que se compra y se vende debe de haber sido producido para su venta. En otras palabras, estos elementos no son mercancías, de acuerdo con la definición empírica de una mercancía. El trabajo es sólo otro nombre para una actividad humana que va unida a la vida misma, la que a su vez no se produce para la venta sino por razones enteramente diferentes; ni puede separarse esa actividad del resto de la vida, almacenarse o movilizarse. La tierra es otro nombre de la naturaleza, que no ha sido producida por el hombre; por último, el dinero es sólo un símbolo del poder de compra que por regla general no se produce sino que surge a través del mecanismo de la banca o de las finanzas estatales. Ninguno de estos elementos se produce para la venta. La descripción de la mano de obra, la tierra y el dinero como mercancías es enteramente ficticia.

Sin embargo, es con el auxilio de esta ficción que se organizan los mercados de mano de obra, tierra y dinero;<sup>3</sup> estos elementos se compran y venden efectivamente en el mercado; su demanda y oferta son magnitudes reales; y todas las medidas o políticas que inhibieran la formación de tales mercados pondrían en peligro *ipso facto* la autorregulación del sistema. Por lo tanto, la ficción de la mercancía provee un principio de organización vital en lo referente al conjunto de la sociedad, afectando casi todas sus instituciones en la forma más variada, a saber: el principio según el cual no debiera permitirse ningún arreglo o comportamiento que pudiera impedir el funcionamiento efectivo del mecanismo del mercado según los lineamientos de la ficción de las mercancías.

Ahora bien, tal postulado no puede sostenerse en lo referente a la mano de obra, la tierra y el dinero. Si se permitiera que el mecanismo del mercado fuese el único director del destino de los seres humanos y de su entorno natural, incluso de la cantidad y el uso del poder de compra, se demolería la sociedad. La supuesta mercancía llamada "fuerza de trabajo" no puede ser manipulada, usada indiscriminadamente, o incluso dejarse ociosa, sin afectar también al individuo humano que sea el poseedor de esta mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema dispondría incidentalmente de la entidad física, psicológica y moral que es el "hombre" al que se aplica ese título. Privados de la cobertura protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían por los efectos del desamparo social; morirían víctimas de una aguda dislocación social a través

<sup>3</sup> La afirmación hecha por Marx, del carácter de fetiche del valor de las mercancías, se refiere al valor de cambio de las mercancías genuinas y no tiene nada en común con las mercancías ficticias mencionadas en el texto.



del vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza quedaría reducida a sus elementos, las vecindades y los paisajes se ensuciarían, los ríos se contaminarían, la seguridad militar estaría en peligro, se destruiría el poder de producción de alimentos y materias primas. Por último, la administración del poder de compra por parte del mercado liquidaría periódicamente a las empresas, ya que las escaseces y los excesos de dinero resultarían tan desastrosos para las empresas, como las inundaciones y las sequías para la sociedad primitiva. No hay duda de que los mercados de mano de obra, tierra y dinero son esenciales para una economía de mercado. Pero ninguna sociedad podría soportar los efectos de tal sistema de ficciones burdas, ni siquiera por muy breve tiempo, si su sustancia humana y natural, al igual que su organización empresarial, no estuviesen protegidas contra los excesos de este (molino satánico).

La artificialidad extrema de la economía de mercado deriva del hecho de que el propio proceso de producción está organizado aquí bajo la forma de la compraventa. En una sociedad comercial no se puede organizar la producción para el mercado en ninguna otra forma.<sup>4</sup> A fines de la Edad Media, la producción industrial para la exportación estaba organizada por burgueses ricos, y se realizaba bajo su supervisión directa en la ciudad. Más tarde, en la sociedad mercantilista, la producción estaba organizada por los comerciantes y ya no estaba restringida a las ciudades; ésta fue la época del "trabajo a domicilio", cuando el capitalista comerciante proveía a la industria nacional de materias primas y controlaba el proceso de la producción como una empresa puramente comercial. Fue entonces que la producción industrial se colocó en forma definitiva y a gran escala bajo el liderazgo organizador del comerciante. Éste conocía el mercado, el volumen y la calidad de la demanda; y podía controlar también los abastos, que por cierto consistían sólo en la lana y a veces los telares o los husos utilizados por la industria doméstica. Si fallaban los abastos, eran los trabajadores los más afectados, ya que se quedaban sin trabajo; pero no estaba involucrada ninguna planta cara, y el comerciante no incurría en riesgo grave al asumir la responsabilidad de la producción. Durante varios siglos, este sistema creció en poder y alcance hasta que, en un país como Inglaterra, la industria de la lana, el principal producto nacional, cubría grandes sectores del país donde la producción era organizada por el fabricante de telas. Éste compraba y vendía, e incidentalmente proveía a la producción: no se requería ninguna motivación

<sup>4</sup> Cunningham, W., "Economic Change", en *Cambridge Modern History*, vol. 1.

separada. La creación de bienes no involucraba las actitudes recíprocas de la ayuda mutua, ni la preocupación del jefe de familia por cubrir las necesidades de quienes estaban bajo su cuidado, ni el orgullo del artesano en el ejercicio de su oficio, ni la satisfacción del elogio público: sólo la motivación de la ganancia, tan familiar para el hombre cuya profesión es la compraventa. Hasta fines del siglo XVIII, la producción industrial de Europa occidental era un mero accesorio del comercio.

Mientras que la máquina fuese un instrumento poco caro y específico, no cambiaba esta posición. El mero hecho de que el taller familiar pudiera producir cantidades mayores que antes durante el mismo periodo podría inducirlo a usar las máquinas para incrementar sus ingresos, pero este hecho no afectaba necesariamente, por sí mismo, la organización de la producción. El hecho de que la maquinaria barata fuese propiedad del trabajador o del comerciante hacía cierta diferencia en la posición social de las partes, y casi seguramente hacía una diferencia en los ingresos del trabajador, quien estaba mejor mientras fuese propietario de sus herramientas; pero no obligaba al comerciante a convertirse en un capitalista industrial, ni lo restringía a prestar su dinero a tales capitalistas. La venta de bienes raras veces cesaba; la mayor dificultad seguía estando del lado de la oferta de materias primas, la que a veces se interrumpía inevitablemente. Pero incluso en tales casos, no sería sustancial la pérdida para el comerciante propietario de las máquinas. No era la aparición de la máquina como tal, sino la invención de una maquinaria y una planta refinadas, y por ende específicas, lo que cambiaba por completo la relación del comerciante con la producción. Aunque el comerciante introdujo la nueva organización productiva —un hecho que determinaba todo el curso de la transformación— el uso de maquinaria y planta refinadas involucraba el desarrollo del sistema fabril y por ende un cambio decisivo en la importancia relativa del comercio y la industria en favor de esta última. La producción industrial dejó de ser un accesorio del comercio organizado por el comerciante como una actividad de compraventa; ahora involucraba la inversión a largo plazo con riesgos correspondientes. Si no se aseguraba razonablemente la continuación de la producción, tal riesgo no era soportable.

Pero entre más se complicaba la producción industrial, más numerosos eran los elementos de la industria cuyo abasto tenía que salvaguardarse. Por supuesto, tres de estos elementos tenían una importancia prominente: la mano de obra, la tierra y el dinero. En una sociedad comercial, su abasto sólo podría organizarse en una forma: volviéndolo disponible para su compra.



Por lo tanto, tendrían que organizarse para su venta en el mercado, es decir, como mercancías. La extensión del mecanismo del mercado a los elementos de la industria —mano de obra, tierra y dinero— era la consecuencia inevitable de la introducción del sistema fabril en una sociedad comercial. Los elementos de la industria tendrían que venderse.

Esto era sinónimo de la demanda en un sistema de mercado. Sabemos que los beneficios se aseguran bajo tal sistema sólo si se salvaguarda la autorregulación mediante mercados competitivos interdependientes. Dado que el desarrollo del sistema fabril se había organizado como parte de un proceso de compraventa, la mano de obra, la tierra y el dinero debían transformarse en mercancías para mantener en marcha la producción. Por supuesto, no podrían transformarse realmente en mercancías, ya que en efecto no se producían para su venta en el mercado. Pero la ficción de que sí se producían para tal propósito se convirtió en el principio organizador de la sociedad. Se destaca uno de esos tres elementos: la mano de obra es el término técnico usado para los seres humanos, en la medida en que no sean empleadores sino empleados; se sigue que la organización del trabajo cambiaría en adelante junto con la organización del sistema de mercado. Pero en virtud de que la organización del trabajo es sólo otra palabra para designar las formas de la vida de la gente común, esto significa que el desarrollo del sistema de mercado iría acompañado de un cambio en la organización de la sociedad misma. La sociedad humana se había convertido en un accesorio del sistema económico.

Recordaremos aquí el paralelo que trazamos entre los destrozos de los cercamientos en la historia inglesa y la catástrofe social que siguió a la Revolución industrial. Dijimos que los mejoramientos se obtenían por regla general al precio de la dislocación social. Si la tasa de dislocación es demasiado grande, la comunidad deberá sucumbir en el proceso. Los Tudor y los primeros Estuardo salvaron a Inglaterra de la suerte de España regulando el curso del cambio para que resultara tolerable y sus efectos pudieran ser canalizados por caminos menos destructivos. Pero nada salvó a la gente común de Inglaterra del impacto de la Revolución industrial. Una fe ciega en el progreso espontáneo se había apoderado de la mente de la gente, y con el fanatismo de los sectarios, los más ilustrados presionaban por un cambio ilimitado y no regulado en la sociedad. Los efectos sobre la vida de la gente fueron terribles. En efecto, la sociedad humana habría sido aniquilada si no hubiesen existido medidas contrarias, protectoras, que minaban la acción de este mecanismo autodestructivo.

La historia social del siglo XIX fue así el resultado de un movimiento doble: la extensión de la organización del mercado en lo referente a las mercancías genuinas se vio acompañada por su restricción en lo referente a las mercancías ficticias. Mientras que los mercados se difundieron por toda la faz del globo y la cantidad de los bienes involucrados creció hasta alcanzar proporciones increíbles, una red de medidas y políticas se integraba en instituciones poderosas, destinadas a frenar la acción del mercado en relación con la mano de obra, la tierra y el dinero. Mientras que la organización de los mercados mundiales de mercancías, los mercados mundiales de capital y los mercados mundiales de dinero daba un impulso nunca antes visto al mecanismo de los mercados bajo la égida del patrón oro, surgía al mismo tiempo un movimiento profundamente arraigado para resistir los perniciosos efectos de una economía controlada por el mercado. La sociedad se protegía contra los peligros inherentes a un sistema de mercado autorregulado: éste fue el aspecto comprensivo en la historia de la época.



## XII. EL NACIMIENTO DEL CREDO LIBERAL

EL LIBERALISMO ECONÓMICO fue el principio organizador de una sociedad empeñada en la creación de un sistema de mercado. Nacido como una mera preferencia por los métodos no burocráticos, evolucionó hasta convertirse en una verdadera fe en la salvación secular del hombre a través de un mercado autorregulado. Tal fanatismo se debió al agravamiento repentino de la tarea que se le encomendaba: la magnitud de los sufrimientos que habrían de infligirse a personas inocentes, así como el vasto campo de los cambios interconectados que estaban involucrados en el establecimiento del nuevo orden. El credo liberal asumió su fervor evangélico sólo en respuesta a las necesidades de una economía de mercado plenamente instalada.

Datar la política del *laissez-faire*, como se hace a menudo, en la época en que se usó por primera vez en Francia este término general, a mediados del siglo XVIII, sería cometer un grave error histórico; puede asegurarse que el liberalismo económico no fue más que una tendencia espasmódica durante otras dos generaciones. Sólo en el decenio de 1820 denotaba los tres lemas clásicos: que la mano de obra debía encontrar su precio en el mercado; que la creación de dinero debía someterse a un mecanismo automático; que los bienes debían fluir libremente entre los países, sin obstáculos ni preferencias; en suma, los lemas del mercado de mano de obra, el patrón oro y el comercio libre.

Acreditar a François Quesnay el haber contemplado tal estado de cosas sería algo poco menos que fantástico. Lo único que pedían los fisiócratas en un mundo mercantilista era la libre exportación de granos a fin de asegurar un ingreso mejor para los agricultores, los inquilinos y los terratenientes. Por lo demás, su *ordre naturel* no era más que un principio directivo para la regulación de la industria y la agricultura por un gobierno supuestamente todopoderoso y omnisciente. Las *Maximes* de Quesnay trataban de proveer a tal gobierno de las ideas necesarias para traducir a la política práctica los principios del *Tableau* sobre la base de datos estadísticos que ofreció proveer en forma periódica. La idea de un sistema autorregulado de mercados no había surgido jamás en su mente.

También en Inglaterra se interpretó estrechamente al *laissez-faire*: signifi-

caba libertad frente a las regulaciones en la producción; el comercio no estaba incluido. Las manufacturas de algodón, la maravilla de la época, habían salido de la insignificancia para convertirse en la principal industria de exportación del país; pero la importación de telas de algodón estampadas seguía estando prohibida por una legislación expresa. A pesar del monopolio tradicional del mercado interno, se otorgó un subsidio a la exportación de calicó o de muselina. El proteccionismo estaba tan arraigado que los fabricantes algodoneros de Manchester pidieron en 1800 la prohibición de la exportación de hilo, aunque estaban conscientes de que esto significaba una pérdida comercial para ellos. Una ley promulgada en 1791 extendía los castigos impuestos a la exportación de herramientas usadas en la fabricación de bienes de algodón a la exportación de modelos o especificaciones. Es un mito que la industria algodonera se haya originado en el libre comercio. La industria sólo deseaba que se la liberara de la regulación en la esfera de la producción; todavía se consideraba peligrosa la libertad en la esfera del intercambio.

Podríamos suponer que la libertad de la producción se difundiría naturalmente del campo puramente tecnológico al del empleo de mano de obra. Sin embargo, Manchester demandó la libertad de la mano de obra en una fecha relativamente tardía. La industria algodonera no había estado sujeta jamás al Estatuto de artífices, de modo que no se vio afectada por la fijación anual de los salarios ni por las reglas del aprendizaje. Por otra parte, la antigua Ley de pobres, tan ferozmente objetada por liberales tardíos, era una ayuda para los fabricantes: no sólo los proveía de aprendices de la parroquia sino que también les permitía liberarse de toda responsabilidad hacia sus empleados despedidos, arrojando así gran parte de la carga del desempleo sobre los fondos públicos. Ni siquiera el sistema de Speenhamland fue al principio impopular entre los fabricantes de telas de algodón; mientras que el efecto moral de los subsidios no redujera la capacidad productiva del trabajador, la industria podría haber considerado la dotación familiar como una ayuda para el sostenimiento del ejército de reserva de los trabajadores que se requería con urgencia para afrontar las enormes fluctuaciones del comercio exterior. En una época en que el empleo en la agricultura se contratava todavía a un año de plazo, resultaba muy importante que tal fondo de mano de obra móvil estuviese a disposición de la industria en periodos de expansión. Así se explican los ataques de los fabricantes contra la Ley de asentamientos que obstruía la movilidad física de los trabajadores. Pero la Ley sólo fue derogada en 1795, para ser remplazada por un paternalismo mayor, no me-



nor, en lo referente a la Ley de pobres. El pauperismo seguía preocupando a los terratenientes; e incluso críticos severos de Speenhamland como Burke, Bentham y Malthus, se consideraban mejor como defensores de los principios sanos de la administración rural que como representantes del progreso industrial.

Apenas en el decenio de 1830 surgió el liberalismo económico como una pasión de cruzada, y el *laissez-faire* se convirtió en un credo militante. La clase manufacturera estaba presionando por la enmienda de la Ley de pobres, ya que impedía el surgimiento de una clase trabajadora industrial cuyo ingreso dependiera de lo que hiciera. Ahora se hacía evidente la magnitud de la aventura implicada en la creación de un mercado libre de mano de obra, así como la extensión de la miseria que habría de infligirse a las víctimas del progreso. En consecuencia, a principios de ese decenio se manifestó un marcado cambio de actitud. Una reproducción de 1817, de la *Dissertation* de Townsend, contenía un prefacio donde se elogiaba la presciencia con la que el autor había atacado a las Leyes de pobres y demandado su abandono total; pero los editores prevenían contra su sugerencia "imprudente y precipitada" de que se aboliera el subsidio directo a los pobres en el breve lapso de diez años. El *Principles* de Ricardo, que apareciera en el mismo año, insistía en la necesidad de la abolición del sistema de subsidios, pero prevenía categóricamente que esto debería hacerse en forma muy gradual. Pitt, discípulo de Adam Smith, había rechazado tal camino por los sufrimientos que impondría a gente inocente. Y todavía en 1829, Peel "dudaba de que el sistema de subsidios pudiera eliminarse sin peligro, si no era en forma gradual".<sup>1</sup> Pero tras la victoria política de la clase media, en 1832, se implantó el Proyecto de enmienda de la Ley de pobres en su forma más extrema, y se puso en vigor de inmediato, sin ningún periodo de gracia. El *laissez-faire* había sido catalizado en una corriente de ferocidad sin límite.

Una transformación similar del liberalismo económico, del interés académico al activismo sin límite, ocurrió en los otros dos campos de la organización industrial: la moneda y el comercio. En ambos casos, el *laissez-faire* se convirtió en un credo ferviente cuando se hizo evidente la inutilidad de toda solución que no fuese extrema.

El problema de la moneda se planteó primero a la comunidad inglesa bajo la forma de un aumento general del costo de la vida. Los precios se duplicaron entre 1790 y 1815. Los salarios reales bajaron y los negocios se vieron

<sup>1</sup> Webb, S., y B., *op. cit.*

afectados por una declinación del comercio exterior. Pero fue apenas durante el pánico de 1825 que la moneda sana se convirtió en un lema del liberalismo económico, es decir, sólo cuando los principios ricardianos estaban tan marcados en la mente de políticos y empresarios por igual que se mantuvo el "patrón" a pesar del enorme número de las víctimas financieras. Este fue el inicio de esa creencia indestructible en el mecanismo regulador automático del patrón oro sin el cual no podría haberse puesto en marcha jamás el sistema de mercado.

El libre comercio internacional involucraba un acto de fe no menor. Sus implicaciones eran enteramente extravagantes. Significaba que Inglaterra dependería de fuentes extranjeras para su abasto alimentario; sacrificaría su agricultura si fuese necesario, y adoptaría una nueva forma de vida en la que formaría parte de cierta unidad mundial del futuro, vagamente concebida; que esta comunidad planetaria tendría que ser pacífica, o bien tendría que volverse segura para Gran Bretaña por el poder de la Marina; y que la nación inglesa afrontaría las perspectivas de continuas dislocaciones industriales en la firme creencia en su inventiva superior y su capacidad productiva. Sin embargo, se creía que si todo el grano del mundo pudiera fluir libremente hacia Gran Bretaña, sus fábricas venderían más barato por todo el mundo. De nuevo, el grado de la determinación necesaria se fijaba por la magnitud de la proposición y la vastedad de los riesgos involucrados en la aceptación completa. Pero una aceptación que no fuese completa significaría la ruina segura.

Las fuentes utópicas del dogma del *laissez-faire* se entienden incompletamente mientras se contemplan por separado. Los tres lemas —un mercado competitivo de mano de obra, un patrón oro automático, el libre comercio internacional— formaban un todo. Los sacrificios involucrados en el logro de cada uno resultarían inútiles, o algo peor, si no se lograban los otros dos. Era todo o nada.

Cualquiera podía ver que el patrón oro, por ejemplo, significaba el peligro de una deflación mortal, y quizá de una astringencia monetaria fatal en un pánico. Por lo tanto, el fabricante sólo podría aspirar a mantener su posición si se le aseguraba una escala de producción creciente a precios remunerativos (en otras palabras, sólo si los salarios bajaban por lo menos en proporción a la baja general de los precios, a fin de permitir la explotación de un mercado mundial en continua expansión). Así pues, el Proyecto de Ley antigranos de 1846 era el corolario de la Ley bancaria de Peel de 1844, y ambas disposiciones legales suponían una clase trabajadora que, desde el



Acta de enmienda a la Ley de pobres de 1834, se veía obligada a esforzarse al máximo bajo la amenaza del hambre, de modo que los salarios se regularon por el precio de los granos. Las tres grandes medidas formaban un todo coherente.

Ahora podemos echar un vistazo al alcance global del liberalismo económico. Nada menos que un mercado autorregulado a escala mundial podría asegurar el funcionamiento de este mecanismo estupendo. Si el precio de la mano de obra no dependía del grano más barato disponible, no habría ninguna garantía de que las industrias desprotegidas no sucumbieran en las garras del amo voluntariamente aceptado: el oro. La expansión del sistema de mercado en el siglo XIX era sinónima de la difusión simultánea del libre comercio internacional, el mercado competitivo de mano de obra y el patrón oro. No es extraño así que el liberalismo económico se convirtiera en una religión secular en cuanto se hicieron evidentes los grandes peligros de esta aventura.

El *laissez-faire* no tenía nada de natural; los mercados libres no podrían haber surgido jamás con sólo permitir que las cosas tomaran su curso. Así como las manufacturas de algodón —la principal industria del libre comercio— se crearon con el auxilio de los aranceles protectores, los subsidios a la exportación y los subsidios indirectos a los salarios, el propio *laissez-faire* fue impuesto por el Estado. Los años treinta y cuarenta no presenciaron sólo una avalancha de leyes que repelían las regulaciones restrictivas, sino también un incremento enorme de las funciones administrativas del Estado, que ahora estaba siendo dotado de una burocracia central capacitada para realizar las tareas fijadas por los defensores del liberalismo. Para el utilitario característico, el liberalismo económico era un proyecto social que debía ponerse en vigor para la mayor felicidad del mayor número; el *laissez-faire* no era un método para el logro de algo, sino lo logrado. Es cierto que la legislación no podía hacer nada directamente, fuera de derogar las restricciones nocivas. Pero ello no significaba que el *gobierno* no pudiera hacer nada, especialmente en forma indirecta. Por el contrario, el liberal utilitario veía en el gobierno la gran agencia para el logro de la felicidad. Por lo que se refiere al bienestar material, creía Bentham que la influencia de la legislación “no es nada” en comparación con la contribución inconsciente del “ministro de la policía”. De las tres cosas necesarias para el éxito económico —la inclinación, el conocimiento y el poder— la persona privada poseía sólo la inclinación. Bentham enseñaba que el conocimiento y el poder pueden ser administrados por el gobierno a un costo mucho menor que el de

las personas privadas. El ejecutivo debería reunir estadísticas e información, promover la ciencia y la experimentación, además de proveer los innumerables instrumentos de la realización final en el campo del gobierno. El liberalismo de Bentham significaba la sustitución de la acción parlamentaria por la acción de los órganos administrativos.

Había un amplio campo para ello. En Inglaterra, la reacción no había gobernado —como lo hiciera en Francia— con métodos administrativos, sino que sólo había utilizado la legislación parlamentaria para imponer la represión política.

Los movimientos revolucionarios de 1785 y de 1815-1820 no se combatieron por la acción departamental, sino por la legislación parlamentaria. La suspensión del Acta de *habeas corpus*, la promulgación del Acta de libelos y de las Seis actas de 1819, eran medidas severamente coercitivas; pero no revelaban ninguna intención de dar a la administración un carácter continental. La libertad individual sólo fue destruida por Actas del parlamento.<sup>2</sup>

En 1832, cuando cambió completamente la situación en favor de los métodos administrativos, los liberales económicos no habían ganado ninguna influencia sobre el gobierno.

El resultado neto de la actividad legislativa que ha caracterizado al periodo transcurrido desde 1832, aunque con grados de intensidad diferentes, ha sido la construcción gradual de una maquinaria administrativa muy compleja que necesita constantemente de reparación, renovación, reconstrucción y adaptación a los nuevos requerimientos de la planta de una fábrica moderna.<sup>3</sup>

Este crecimiento de la administración reflejaba el espíritu del utilitarismo. El fabuloso Panopticon de Bentham, su utopía más personal, era un edificio de forma estrellada desde cuyo centro podrían vigilar los guardianes de la prisión al mayor número de jaulas bajo la supervisión más eficaz, al menor costo para el público. De igual modo, en el estado utilitario aseguraba su principio favorito de “posibilidad de inspección” que el ministro de más alto rango mantuviera un control eficaz sobre toda la administración local.

El camino hacia el mercado libre se había abierto y se mantenía abierto por un incremento enorme del intervencionismo continuo, centralmente or-

<sup>2</sup> Redlich y Hirst, J., *Local Government in England*, vol. II, p. 240, citado en Dicey, A. V., *Law and Opinion in England*, p. 305.

<sup>3</sup> Ilbert, *Legislative Methods*, pp. 212-213, citado en Dicey, A. V., *op. cit.*



ganizado y controlado. Volver compatible la "libertad simple y natural" de Adam Smith con las necesidades de una sociedad humana era un asunto muy complicado. Así lo revela la complejidad de las provisiones de las innumerables leyes de cercamientos; el grado del control burocrático involucrado en la administración de las Nuevas leyes de pobres que por primera vez desde el reinado de la reina Isabel estaban efectivamente supervisadas por la autoridad central; o el incremento de la administración gubernamental involucrado en la meritoria tarea de la reforma municipal. Y sin embargo, todos estos baluartes de la interferencia gubernamental se erigieron tratando de organizar cierta libertad simple, como la de la tierra, la mano de obra o la administración municipal. Así como la invención de maquinaria ahorradora de mano de obra no había disminuido sino incrementado los usos del trabajo humano —contra lo esperado— la introducción de mercados libres, lejos de eliminar la necesidad del control, la regulación y la intervención, aumentaba enormemente su alcance. Los administradores debían estar constantemente alertas para asegurar el libre funcionamiento del sistema. Por lo tanto, incluso quienes deseaban más ardientemente liberar al Estado de todos los deberes innecesarios, y cuya filosofía demandaba la restricción de las actividades estatales, no podían dejar de otorgar al mismo Estado las facultades, los órganos y los instrumentos nuevos requeridos para el establecimiento del *laissez-faire*.

A esta paradoja se sumó otra. Mientras que la economía del *laissez-faire* era el producto de una acción estatal deliberada, las restricciones subsiguientes al *laissez-faire* se iniciaron en forma espontánea. El *laissez-faire* se planeó; la planeación no. Vimos antes la demostración de la primera mitad de esta aseveración. Si hubo alguna vez un uso consciente del ejecutivo al servicio de una política de control gubernamental deliberado, ello ocurrió con los benthamistas en el periodo heroico del *laissez-faire*. La otra mitad fue discutida por primera vez por el eminente liberal Dicey, quien quiso investigar el origen del "anti-*laissez-faire*", o sea la tendencia "colectivista" de la opinión pública inglesa, cuya existencia se puso de manifiesto a fines del decenio de 1860. Dicey se sorprendió al descubrir que sólo se encontraba tal tendencia en los propios actos legislativos. Más precisamente, no pudo encontrarse ninguna huella de una "tendencia colectivista" en la opinión pública antes de las leyes que parecían representar tal tendencia. En cuanto a la opinión "colectivista" posterior, Dicey infirió que la propia legislación "colectivista" podría haber sido su fuente principal. El resultado de esta investigación penetrante fue que no había existido ninguna intención deli-

berada de extender las funciones del Estado, o de restringir la libertad del individuo, por parte de quienes eran directamente responsables de las leyes restrictivas de los años setenta y ochenta. La acción legislativa de la reacción contra un mercado autorregulado, que surgiera en el medio siglo siguiente a 1860, fue algo espontáneo, no dirigido por la opinión, y movido por un espíritu puramente pragmático.

Los liberales económicos se opondrán fuertemente a esta concepción. Toda su filosofía social se basa en la idea de que el *laissez-faire* fue un desarrollo natural, mientras que la subsecuente legislación anti-*laissez-faire* fue el resultado de una acción deliberada de quienes se oponían a los principios liberales. En estas dos interpretaciones mutuamente excluyentes del doble movimiento está involucrada ahora la verdad o la falsedad de la posición liberal.

Autores liberales tales como Spencer y Sumner, Mises y Lippmann, presentan una explicación del doble movimiento sustancialmente similar al nuestro, pero lo interpretan de manera enteramente diferente. Mientras que en nuestra visión era utópico el concepto de un mercado autorregulado, y su progreso se vio detenido por la autoprotección realista de la sociedad, en la visión de tales autores todo proteccionismo fue un error debido a la impaciencia, la avaricia y la miopía, sin el cual el mercado habría resuelto sus dificultades. Determinar cuál de estas dos visiones es la correcta constituye tal vez el problema más importante de la historia social reciente, ya que involucra nada menos que una decisión sobre la pretensión del liberalismo económico de ser el principio de organización básico en la sociedad. Antes de pasar al testimonio de los hechos, necesitamos una formulación más precisa de la controversia.

En una contemplación retrospectiva se acreditará a nuestra época la terminación del mercado autorregulado. El prestigio del liberalismo económico alcanzó la cúspide en la década de 1920. Centenares de millones de personas se habían visto afligidas por el flagelo de la inflación; clases sociales enteras, naciones enteras, habían sido expropiadas. La estabilización de las monedas se convirtió en el punto focal del pensamiento político de personas y gobiernos; la restauración del patrón oro se convirtió en el objetivo supremo de todo esfuerzo organizado en el campo económico. Se reconoció que el pago de los préstamos externos y el retorno a las monedas estables eran las piedras de toque de la racionalidad en la política; y ningún sufrimiento privado, ninguna infracción de la soberanía, se consideraron sacrificios demasiado grandes para la recuperación de la integridad monetaria. Las pri-



vaciones de los desempleados que perdían su trabajo a causa de la deflación; la destitución de los empleados públicos despedidos sin indemnización; incluso la renuncia a los derechos nacionales y la pérdida de las libertades constitucionales se consideraron un precio justo por el logro de presupuestos equilibrados y monedas sanas, fundamentos del liberalismo económico.

En los años treinta se pusieron en tela de duda los juicios absolutos de los años veinte. Después de varios años de restauración de las monedas y de presupuestos balanceados, los dos países más poderosos —Gran Bretaña y los Estados Unidos— se encontraban en dificultades, abandonaron el patrón oro y empezaron a administrar sus monedas. Las deudas internacionales fueron repudiadas a gran escala, y los más ricos y respetables abandonaron las creencias del liberalismo económico. A mediados de los años treinta, Francia y otros estados que todavía se adherían al oro fueron obligados por las tesorerías de Gran Bretaña y los Estados Unidos —que antes habían sido guardianes celosos del credo liberal— a abandonar el patrón.

En los años cuarenta, el liberalismo económico sufrió una derrota peor. Gran Bretaña y los Estados Unidos se alejaron de la ortodoxia monetaria, pero conservaron los principios y los métodos del liberalismo en la industria y el comercio, la organización general de su vida económica. Esto ayudaría a precipitar la guerra y se convertiría en un obstáculo para el combate, ya que el liberalismo económico había creado y promovido la ilusión de que las dictaduras estaban condenadas a la catástrofe económica. En virtud de este credo, los gobiernos democráticos fueron los últimos en entender las implicaciones de las monedas administradas y el comercio dirigido, aun cuando ellos mismos estaban aplicando estos métodos por la fuerza de las circunstancias; de igual modo, el legado del liberalismo económico obstruía el camino del rearme oportuno en nombre de los presupuestos balanceados y la libre empresa, que supuestamente proveerían los únicos fundamentos seguros de la fortaleza económica en la guerra. En la Gran Bretaña, la ortodoxia presupuestaria y monetaria inducían la adhesión al principio estratégico tradicional de los compromisos limitados en un país efectivamente enfrentado a la guerra total; en los Estados Unidos, algunos intereses creados —tales como los del petróleo y el aluminio— se refugiaban tras los tabúes del comercio liberal y lograban resistirse a los preparativos para una emergencia industrial. A no ser por la insistencia terca y apasionada de los liberales económicos en sus falacias, los líderes de la carrera y las masas de hombres libres habrían estado mejor equipados para la ordalía de la época y quizás hubiesen podido incluso eludirla por completo.

Las creencias seculares de la organización social que abarcan a todo el mundo civilizado no se destruyen por los eventos de un decenio. Tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, millones de unidades empresariales independientes derivaron su existencia del principio del *laissez-faire*. Su fracaso espectacular en un campo no destruyó su autoridad en todos los campos. En efecto, su eclipse parcial pudo haber fortalecido su control, ya que permitió a sus defensores argüir que la aplicación incompleta de sus principios era la razón de todas las dificultades que experimentaba.

Este es ahora, ciertamente, el último argumento del liberalismo económico. Sus apologistas están repitiendo en variaciones interminables que el capitalismo habría entregado los bienes si no se hubiesen aplicado las políticas defendidas por sus críticos; que los responsables de nuestros males no son el sistema competitivo y el mercado autorregulado, sino la interferencia con ese sistema y las intervenciones realizadas en ese mercado. Y este argumento encuentra apoyo no sólo en innumerables infracciones recientes a la libertad económica sino también en el hecho indudable de que el movimiento tendiente a la difusión del sistema de los mercados autorregulados se encontró en la segunda mitad del siglo XIX con una persistente corriente contraria que obstruía el libre funcionamiento de tal economía.

El liberal económico puede formular así una posición que conecta al presente con el pasado en un todo coherente. ¿Pues quién podría negar que la intervención gubernamental en la actividad económica podría minar la confianza? ¿Quién podría negar que el desempleo sería menor a veces si no existiese el subsidio de desempleo establecido por la ley? ¿Que las empresas privadas se ven perjudicadas por la competencia de las obras públicas? ¿Que el financiamiento deficitario podría poner en peligro a las inversiones privadas? ¿Que el paternalismo tiende a dañar a la iniciativa empresarial? Si esto es así ahora, seguramente no fue diferente en el pasado. Alrededor del decenio de 1870, cuando se inició en Europa un movimiento —social y nacional— proteccionista general, ¿quién podría dudar de que dañaba y restringía al comercio?; ¿quién puede dudar de que las leyes fabriles, el seguro social, el comercio municipal, los servicios de salud, los servicios públicos, los aranceles, las exenciones y los subsidios, los carteles y los monopolios, la prohibición de la inmigración, de los movimientos de capital, de las importaciones —para no mencionar las restricciones menos francas de los movimientos de hombres, bienes y pagos— deben de haber actuado como tantos otros obstáculos para el funcionamiento del sistema competitivo, prolongando las depresiones económicas, agravando el desempleo, ahondando los



estancamientos financieros, disminuyendo el comercio y dañando severamente el mecanismo autorregulador del mercado? El liberal insiste en que la raíz de todos los males estaba precisamente en esta interferencia con la libertad del empleo, el comercio y las monedas, practicada por las diversas escuelas del proteccionismo social, nacional y monopolístico desde el tercer cuarto del siglo XIX; de no haber mediado la falsa alianza de los sindicatos y los partidos laboristas con los fabricantes monopolísticos y los intereses agrarios, que en su miope avaricia unieron sus fuerzas para frustrar la libertad económica, el mundo estaría disfrutando ahora las ventajas de un sistema casi automático de creación de bienestar material. Los líderes liberales no se cansan jamás de repetir que la tragedia del siglo XIX derivó de la incapacidad del hombre para mantenerse fiel a la inspiración de los primeros liberales; que la generosa iniciativa de nuestros ancestros se vio frustrada por las pasiones del nacionalismo y de la guerra de clases, por los intereses creados y los monopolistas y, sobre todo, por la ceguera de los trabajadores ante la beneficencia final de la libertad económica irrestricta para todos los intereses humanos, incluidos los suyos. Se afirma que así se frustró un gran avance intelectual y moral por las debilidades intelectuales y morales de la masa de la población; las fuerzas del egoísmo destruyeron lo que había logrado el espíritu de la Ilustración. En resumen, ésta es la defensa del liberal económico. Si no se le refuta, continuará ocupando el primer plano en la contienda de los argumentos.

Precisamente la controversia. Se conviene en que el movimiento liberal, que trataba de difundir el sistema de mercado, chocó con un movimiento proteccionista que tendía a su restricción; en efecto, tal supuesto se encuentra detrás de nuestra tesis del doble movimiento. Pero mientras que nosotros afirmamos que el absurdo inherente en la idea de un sistema de mercado autorregulado habría destruido eventualmente a la sociedad, el liberal acusa a los elementos más variados de haber destruido una gran iniciativa. Incapaz para aducir pruebas en favor de tal esfuerzo concertado para frustrar el movimiento liberal, se refugia en la hipótesis prácticamente irrefutable de la acción encubierta. Éste es el mito de la conspiración antiliberal que en una forma u otra es común a todas las interpretaciones liberales de los eventos de los decenios de 1870 y 1880. De ordinario se acredita al ascenso del nacionalismo y el socialismo el carácter de agente principal de ese cambio del escenario; las asociaciones de fabricantes y los monopolistas, los intereses agrarios y los sindicatos, son los villanos de la obra. Así pues, en su forma más espiritualizada la doctrina liberal es la hipótesis de la operación

de alguna ley dialéctica en la sociedad moderna que frustra los esfuerzos de la razón ilustrada, mientras que en su versión más cruda se reduce a un ataque contra la democracia política, como el supuesto origen fundamental del intervencionismo.

El testimonio de los hechos contradice decisivamente a la tesis liberal. La conspiración antiliberal es pura invención. La gran diversidad de las formas en las que apareció la contracorriente "colectivista" no se debió a ninguna preferencia por el socialismo o el nacionalismo entre intereses concertados, sino exclusivamente al mayor alcance de los intereses sociales vitales afectados por la expansión del mecanismo del mercado. Esto explica las reacciones universales, de carácter predominantemente práctico, desatadas por la expansión de ese mecanismo. Las modas intelectuales no desempeñaron ningún papel en este proceso; por lo tanto, no había lugar para el prejuicio que el liberal considera como la fuerza ideológica que se encuentra detrás del movimiento antiliberal. Aunque es cierto que los decenios de 1870 y 1880 presenciaron el fin del liberalismo ortodoxo, y que todos los problemas cruciales del presente pueden datarse en ese periodo, es incorrecto afirmar que el cambio hacia el proteccionismo social y nacional se debió a alguna causa distinta de la manifestación de las debilidades y los peligros inherentes a un sistema de mercado autorregulado. Esto puede demostrarse en varias formas.

Primero, tenemos la sorprendente diversidad de los campos en los que se actuó. Esto excluye por sí solo la posibilidad de la acción concertada. Podemos citar una lista de intervenciones compilada por Herbert Spencer en 1884, cuando acusaba a los liberales de haber desertado de sus principios en aras de la "legislación restrictiva".<sup>4</sup> Difícilmente podría ser mayor la diversidad de los temas. En 1860 se otorgó una autoridad para proveer "analistas de alimentos y bebidas que serían pagados con los impuestos locales"; vino luego una ley que establecía "la inspección de las instalaciones de gas"; una extensión de la Ley de minas "que convertía en un delito el empleo de niños menores de 12 años que no asistían a la escuela y no sabían leer o escribir". En 1861 se otorgó poder "a los guardianes de la Ley de pobres para que impusieran la vacunación"; se autorizó a las juntas locales "para que establecieran tasas fijas de alquiler de los medios de transporte"; y ciertos organismos de formación local "quedaron facultados para gravar a la localidad a fin de pagar las obras rurales de riego y drenaje, y para proveer agua al ga-

<sup>4</sup> Spencer, H., *The Man vs. the State*, 1884.



nado". En 1862 se promulgó una ley que declaraba ilegal "una mina de carbón de un solo socavón"; una ley que otorgaba al Consejo de Educación Médica el derecho exclusivo de "proveer una farmacopea, cuyo precio deberá ser fijado por la Tesorería". Spencer, lleno de horror, llenó varias páginas con una enumeración de estas medidas y otras similares. En 1863 llegó la "extensión de la vacunación obligatoria a Escocia e Irlanda". Hubo también una ley que designaba inspectores de "la sanidad o falta de sanidad de los alimentos"; una Ley de barredores de chimeneas para prevenir la tortura y la muerte eventual de los niños que debían barrer ductos demasiado estrechos; una Ley de enfermedades contagiosas; una Ley de bibliotecas públicas que otorgaba facultades locales "por las que una mayoría puede gravar a una minoría por sus libros". Spencer adujo que éstas eran pruebas irrefutables de una conspiración antiliberal. Y sin embargo, cada una de estas leyes se ocupaba de algún problema derivado de las condiciones industriales modernas y trataba de salvaguardar algún interés público contra los peligros inherentes en tales condiciones o en el método de mercado utilizado para su solución. Para una mente carente de prejuicios, estas leyes probaban la naturaleza puramente práctica y pragmática de la contracorriente "colectivista". La mayoría de los ejecutores de estas medidas eran convencidos partidarios del *laissez-faire*, y ciertamente no deseaban que su consentimiento a la creación de un cuerpo de bomberos en Londres implicara una protesta contra los principios del liberalismo económico. Por el contrario, los patrocinadores de estas leyes eran por regla general enemigos declarados del socialismo o de cualquier otra forma del colectivismo.

En segundo lugar, el cambio de las soluciones liberales a las "colectivistas" ocurría a veces de la noche a la mañana y sin ninguna conciencia por parte de los involucrados en el proceso de la meditación legislativa. Dicey adujo el ejemplo clásico de la Ley de compensación de los trabajadores que se ocupaba de la responsabilidad de los empleadores por los daños causados a sus trabajadores en el curso de su empleo. La historia de las diversas leyes que incorporaban esta idea, a partir de 1880, mostraba una adhesión consistente al principio individualista de que la responsabilidad del empleador para con su empleado debe ser regulada en una forma estrictamente idéntica a la que gobierna su responsabilidad para con otros, digamos para con los extraños. Sin que hubiese cambiado en nada la opinión, en 1897 se convirtió repentinamente al empleador en el asegurador de sus trabajadores contra todo daño sufrido en el curso de su empleo, lo que constituía una "legislación enteramente colectivista", como señalara justamente Dicey. No

podría haberse aducido una prueba mejor de que ningún cambio ocurrido en el tipo de los intereses involucrados, o en la tendencia de las opiniones aplicadas a la cuestión, provocó la sustitución de un principio liberal por un principio antiliberal, fuera de la evolución de las condiciones bajo las cuales surgió el problema y se buscó una solución.

En tercer lugar tenemos la prueba indirecta, pero muy notable, proveída por una comparación del desarrollo de una configuración política e ideológica muy diferente en diversos países. La Inglaterra victoriana y Prusia en la época de Bismarck eran polos aparte, y ambas eran muy diferentes de Francia durante la Tercera república o del Imperio de los Habsburgo. Sin embargo, cada uno de estos países experimentó un periodo de libre comercio y de *laissez-faire*, seguido de un periodo de legislación antiliberal en lo referente a la salud pública, las condiciones fabriles, el comercio municipal, el seguro social, los subsidios a los embarques, los servicios públicos, las asociaciones comerciales, etc. Podría elaborarse sin dificultad un calendario regular que estableciera los años en los que ocurrieron cambios análogos en los diversos países. La compensación de los trabajadores se promulgó en Inglaterra en 1880 y 1897, en Alemania en 1879, en Austria en 1887, en Francia en 1899; la inspección fabril se introdujo en Inglaterra en 1833, en Prusia en 1853, en Austria en 1883, en Francia en 1874 y 1883; el comercio municipal, incluida la administración de los servicios públicos, fue introducido por Joseph Chamberlain, disidente y capitalista, en Birmingham en el decenio de 1870; por el "socialista" católico y antijudío, Karl Lueger, en la Viena imperial de los años noventa; en los municipios alemanes y franceses por una diversidad de coaliciones locales. Las fuerzas de apoyo eran a veces violentamente reaccionarias y antisocialistas como en Viena, en otras ocasiones eran "imperialistas radicales" como en Birmingham, o del liberalismo más puro como en el caso del francés Edouard Herriot, alcalde de Lyon. En la Inglaterra protestante, gabinetes conservadores y liberales trabajaron intermitentemente en la terminación de la legislación fabril. En Alemania, los católicos y los demócratas sociales participaron en esa tarea; en Austria, lo hicieron la Iglesia y sus simpatizantes más entusiastas; en Francia, los enemigos de la Iglesia y los anticlericales recalcitrantes lograron la promulgación de leyes casi idénticas. Así pues, bajo los lemas más variados, con motivaciones muy diferentes, una multitud de partidos y de estratos sociales pusieron en vigor casi las mismas medidas en una serie de países, respecto de un gran número de temas complicados. En consecuencia, no hay nada más absurdo que la inferencia de que estos grupos estaban secretamente



movidos por los mismos prejuicios ideológicos o por estrechos intereses grupales, como lo sostiene la leyenda de la conspiración antiliberal. Por el contrario, todo tiende a apoyar el supuesto de que razones objetivas de naturaleza imperiosa obligaron a actuar a los legisladores.

En cuarto lugar tenemos el hecho importante de que, en varias ocasiones, los propios liberales económicos sugirieron que se restringieran la libertad de contrato y el *laissez-faire* en varios casos bien definidos de gran importancia teórica y práctica. Naturalmente, el prejuicio antiliberal no podría haber sido su motivación. Tenemos en mente el principio de la asociación de los trabajadores por una parte, la ley de las corporaciones por la otra. El primero se refiere al derecho de los trabajadores a coludirse para elevar sus salarios; la segunda se refiere al derecho de los monopolios, los carteles u otras formas de combinaciones capitalistas, para elevar los precios. En ambos casos se censuró justamente que la libertad de contrato o el *laissez-faire* se estaban usando para restringir el comercio. Ya se tratase de asociaciones de trabajadores para elevar los salarios, o de asociaciones empresariales para elevar los precios, el principio del *laissez-faire* podía emplearse obviamente, por las partes interesadas, para reducir el mercado de mano de obra o de otras mercancías. Es muy significativo el hecho de que, en ambos casos, liberales consistentes, que van desde Lloyd George y Theodore Roosevelt hasta Thurman Arnold y Walter Lippmann, subordinaran el *laissez-faire* a la demanda de un mercado competitivo libre; estos liberales presionaron en favor de las regulaciones y las restricciones, de las leyes penales y la compulsión, arguyendo como lo haría cualquier "colectivista" que los sindicatos o las corporaciones estaban "abusando" de la libertad de contratación. En teoría, el *laissez-faire* o la libertad de contratación implicaban la libertad de los trabajadores para rehusar su mano de obra en forma individual o conjunta si así lo decidían; también implicaban la libertad de los empresarios para ponerse de acuerdo sobre los precios de venta, sin que importaran los deseos de los consumidores. En la práctica, sin embargo, tal libertad entraba en conflicto con la institución de un mercado autorregulado, y en tal conflicto se otorgaba invariablemente la precedencia al mercado autorregulado. En otras palabras, si las necesidades de un mercado autorregulado resultaban incompatibles con las demandas del *laissez-faire*, el liberal económico se volvía contra el *laissez-faire* y prefería —como lo haría cualquier antiliberal— los llamados métodos colectivistas de la regulación y la restricción. El derecho sindical y la legislación antimonopólica surgieron de esta actitud. No podría ofrecerse una prueba más concluyente de la inevitabilidad de los

métodos antiliberales o "colectivistas" bajo las condiciones de la sociedad industrial moderna, que el hecho de que incluso los propios liberales económicos usaban tales métodos en campos decisivamente importantes de la organización industrial.

Por cierto, esto ayuda a aclarar el significado verdadero del término "intervencionismo", por el que los liberales económicos gustan de denotar lo opuesto a su propia política económica, pero que sólo revela una confusión del pensamiento. Lo opuesto al intervencionismo es el *laissez-faire* y acabamos de ver que el liberalismo económico no puede identificarse con el *laissez-faire* (aunque en el lenguaje común no se causa ningún daño si se usan estos términos como sinónimos). En términos estrictos, el liberalismo económico es el principio organizador de una sociedad donde la industria se basa en la institución de un mercado autorregulado. Es cierto que, una vez establecido aproximadamente tal sistema, se requiere menos intervención de cierto tipo. Pero esto dista mucho de significar que el sistema de mercado y la intervención sean términos mutuamente excluyentes. Mientras no se establezca ese sistema, los liberales económicos deberán pedir la intervención del Estado a fin de establecerlo, y a fin de mantenerlo una vez establecido, y lo harán sin vacilar. Por lo tanto, el liberal económico puede pedir que el Estado use la fuerza de la ley, sin ninguna inconsistencia; puede apelar incluso a las fuerzas violentas de la guerra civil para establecer las condiciones necesarias para un mercado autorregulado. En los Estados Unidos, el sur apeló a los argumentos del *laissez-faire* para justificar la esclavitud; el norte apeló a la intervención de las armas para establecer un mercado libre de mano de obra. Así pues, la acusación de intervencionismo formulada por autores liberales es un lema vacío, ya que implica la denuncia del mismo conjunto de acciones según que lo aprueben o no. El único principio que pueden mantener los liberales económicos sin inconsistencia es el del mercado autorregulado, ya los involucre en las intervenciones o no.

Resumimos: La corriente contraria al liberalismo económico y el *laissez-faire* poseía todas las características inconfundibles de una reacción espontánea. En innumerables puntos desconectados surgió tal corriente sin ningún lazo visible entre los intereses directamente afectados o alguna conformidad ideológica entre ellos. Incluso en la solución del mismo problema, como en el caso de la compensación para los trabajadores, los remedios variaban desde lo individualista hasta lo "colectivista", desde lo liberal hasta lo antiliberal, desde las formas de "*laissez-faire*" hasta las intervencionistas sin cambio alguno del interés económico, las influencias ideológicas o las fuer-



zas políticas en juego, sólo como resultado de la creciente conciencia de la naturaleza del problema en cuestión. También podría demostrarse que un cambio muy similar, del *laissez-faire* al "colectivismo", ocurrió en diversos países en una etapa definida de su desarrollo industrial, lo que indica la profundidad y la independencia de las causas básicas del proceso tan superficialmente acreditadas por los liberales económicos al cambio de la opinión o a la diversidad de intereses. Por último, el análisis revela que ni siquiera los partidarios radicales del liberalismo económico podían escapar a la regla que vuelve inaplicable el *laissez-faire* a las condiciones industriales avanzadas; en el caso decisivo del derecho sindical y las regulaciones antimonopólicas, los propios liberales extremos debieron pedir variadas intervenciones del Estado a fin de asegurar las condiciones necesarias para el funcionamiento de un mercado autorregulado frente a los arreglos monopólicos. Incluso el libre comercio y la competencia requerían de la intervención para funcionar. El mito liberal de la conspiración "colectivista" de los decenios de 1870 y 1880 es contrario a todos los hechos.

Vemos que los hechos corroboran nuestra interpretación del doble movimiento. Si la economía de mercado era una amenaza para los componentes humanos y naturales de la urdimbre social, como hemos señalado con insistencia, ¿qué otra cosa podríamos esperar sino la presión de muy diversos grupos a favor de alguna clase de protección? Esto fue lo que encontramos. Sería de esperarse que esto ocurriera también sin ningún prejuicio teórico o intelectual de su parte, e independientemente de sus actitudes hacia los principios básicos de una economía de mercado. Y así ocurrió. Sugerimos además que la historia comparada de los gobiernos podría ofrecer un apoyo semiexperimental a nuestra tesis si pudiera demostrarse que los intereses particulares son independientes de las ideologías específicas existentes en diversos países. También en este caso pudimos aducir hechos claros. Por último, el comportamiento de los propios liberales demostró que el mantenimiento del libre comercio —en nuestros términos, el mantenimiento de un mercado autorregulado— lejos de excluir la intervención, exigía en efecto tal acción, y que los propios liberales pedían regularmente la acción imperiosa del Estado, como ocurrió en el caso del derecho sindical y de las leyes antimonopólicas. Así pues, nada podría ser más decisivo que la prueba de la historia acerca de cuál de las dos interpretaciones opuestas del doble movimiento era la correcta: la del liberal económico en el sentido de que su política económica no tuvo jamás una oportunidad de demostrar su eficacia, estrangulada por sindicalistas miopes, intelectuales marxistas, ambi-

ciosos fabricantes y reaccionarios terratenientes; o la de sus críticos que pueden señalar la universal reacción "colectivista" en contra de la expansión de la economía de mercado en la segunda mitad del siglo XIX como una prueba concluyente del peligro inherente, para la sociedad, en el principio utópico de un mercado autorregulado.



### XIII. EL NACIMIENTO DEL CREDO LIBERAL (CONTINUACIÓN): EL INTERÉS CLASISTA Y EL CAMBIO SOCIAL

ES NECESARIO QUE SE DISIPE por completo el mito liberal de la conspiración colectivista para que pueda apreciarse plenamente la base real de las políticas del siglo XIX. Esta leyenda sostiene que el proteccionismo fue simplemente el resultado de los siniestros intereses de terratenientes, fabricantes y sindicalistas, quienes en forma egoísta destruyeron la maquinaria automática del mercado. En otra forma, y por supuesto con una tendencia política opuesta, los partidos marxianos utilizaron términos igualmente seccionales. (Poco importa aquí que la filosofía esencial de Marx se centrara en la totalidad de la sociedad y en la naturaleza no económica del hombre.)<sup>1</sup> El propio Marx siguió a Ricardo al definir las clases en términos económicos, y la explotación económica caracterizaba indudablemente a la época burguesa.

En el marxismo popular, esto produjo una burda teoría clasista del desarrollo social. La presión en favor de los mercados y las zonas de influencia se imputaba simplemente a la motivación del beneficio de un puñado de financieros. Se explicaba el imperialismo como una conspiración capitalista para inducir a los gobiernos a que emprendieran guerras en favor de las grandes empresas. Se sostenía que las guerras eran causadas por estos intereses en combinación con empresas armamentistas que milagrosamente ganaban la capacidad necesaria para empujar a naciones enteras hacia políticas fatales, contrarias a sus intereses vitales. En efecto, liberales y marxistas deducían el movimiento proteccionista de la fuerza de los intereses seccionales, explicaban los aranceles agrícolas por la presión política de terratenientes reaccionarios, imputaban el crecimiento de las formas monopólicas de la actividad económica al hambre de beneficios de los magnates industriales, presentaban la guerra como el resultado de las ambiciones empresariales.

Así pues, la perspectiva económica liberal encontraba un apoyo poderoso en una estrecha teoría clasista. Sosteniendo el punto de vista de clases opuestas, liberales y marxistas defendían proposiciones idénticas. Afirmaban ta-

lamente que el proteccionismo del siglo XIX era el resultado de la acción clasista, y que tal acción debe de haber servido primordialmente a los intereses económicos de los miembros de las clases involucradas. En conjunto, liberales y marxistas obstruían por completo una visión global de la sociedad de mercado y de la función del proteccionismo en tal sociedad.

En efecto, los intereses clasistas ofrecen sólo una explicación limitada de los movimientos ocurridos en la sociedad a largo plazo. La suerte de las clases se determina por las necesidades de la sociedad con mucho mayor frecuencia de lo que ocurre cuando la suerte de la sociedad se determina por las necesidades de las clases. Dada una estructura definida de la sociedad, funciona la teoría clasista; ¿pero qué ocurre cuando cambia la estructura misma? Una clase que ha perdido su función podría desintegrarse y ser sustituida de la noche a la mañana por una nueva clase o por varias clases nuevas. De igual manera, las oportunidades de las clases en una lucha dependerán de su capacidad para obtener apoyo fuera de su propio círculo, lo que de nuevo dependerá de su desempeño de tareas fijadas por intereses más amplios que los propios. Por lo tanto, ni el nacimiento ni la muerte de las clases, ni sus objetivos ni el grado en que los logran; ni sus cooperaciones ni sus antagonismos, pueden entenderse aparte de la situación del conjunto de la sociedad.

Por regla general, esta situación se crea por causas externas tales como un cambio del clima, del rendimiento de los cultivos, un nuevo enemigo, una nueva arma usada por un antiguo enemigo, el surgimiento de nuevos fines comunales, o bien el descubrimiento de métodos nuevos para el logro de los fines tradicionales. Los intereses seccionales deben relacionarse en última instancia con tal situación total para que se aclare su función en el desarrollo social.

El papel esencial desempeñado por los intereses clasistas en el cambio social se encuentra en la naturaleza de las cosas. Toda forma generalizada del cambio debe afectar a las diversas partes de la comunidad en formas diferentes, aunque sólo sea por las diferencias existentes en la ubicación geográfica o en el equipo económico y cultural. Los intereses seccionales son así el vehículo natural del cambio social y político. Ya sea la fuente del cambio la guerra o el comercio, las invenciones sorprendentes o los cambios de las condiciones naturales, las diversas secciones de la sociedad defenderán diferentes métodos de ajuste (incluidos los violentos) y ajustarán sus intereses en forma diferente de los de otros grupos a los que podrían tratar de guiar; por lo tanto, sólo cuando podamos señalar al grupo o los grupos que efectuaron un cambio se explicará cómo ha ocurrido ese cambio. Pero la causa

<sup>1</sup> Marx, K., "Nationalökonomie und Philosophie", en *Der Historische Materialismus*, 1932.



final depende de fuerzas externas, y la sociedad recurre a las fuerzas internas *sólo por lo que se refiere al mecanismo del cambio*. El "desafío" se formula para la sociedad en conjunto; la "respuesta" se produce a través de los grupos, las secciones y las clases.

Así pues, los meros intereses clasistas no pueden ofrecer una explicación satisfactoria de ningún proceso social a largo plazo. Primero, porque el proceso en cuestión podría decidir acerca de la existencia de la clase misma; segundo, porque los intereses de clases dadas determinan sólo los objetivos y los propósitos perseguidos por tales clases, no el éxito o el fracaso de tales esfuerzos. No hay en los intereses clasistas ninguna magia que asegure a los miembros de una clase el apoyo de los miembros de otras clases. Pero tal apoyo es un evento cotidiano. El proteccionismo es un ejemplo de esto. Aquí no se trataba tanto de saber por qué los terratenientes, los fabricantes o los sindicalistas deseaban incrementar sus ingresos mediante su acción proteccionista, sino de saber por qué lo lograron; no se trataba de saber por qué empresarios y trabajadores deseaban crear monopolios para sus productos, sino por qué lograron su propósito; no se trataba de saber por qué algunos grupos deseaban actuar en forma similar en varios países continentales, sino por qué existían tales grupos en estos países diferentes y por qué lograban sus propósitos en todas partes; no se trataba de saber por qué los cultivadores de granos trataban de venderlos caros, sino por qué lograban de ordinario persuadir a los compradores de granos para que les ayudaran a elevar su precio.

Segundo, existe la doctrina igualmente errada de la naturaleza esencialmente económica de los intereses clasistas. Aunque la sociedad humana está naturalmente condicionada por los factores económicos, las motivaciones de los individuos sólo están excepcionalmente determinadas por las necesidades de satisfacción de las necesidades materiales. Era una peculiaridad de la época el hecho de que la sociedad del siglo XIX se hubiese organizado bajo el supuesto de que tal motivación podría volverse universal. Por lo tanto, en el análisis de tal sociedad se justificaba un margen comparativamente amplio para la acción de las motivaciones económicas. Pero debemos cuidarnos de no prejuzgar la cuestión, que es precisamente la medida en que pudiera hacerse efectiva tal motivación desusada.

Las cuestiones puramente económicas que afectan la satisfacción de las necesidades son incomparablemente menos relevantes que las cuestiones del reconocimiento social para el comportamiento clasista. Por supuesto, la satisfacción de las necesidades podría ser el resultado de tal reconocimiento,

sobre todo como su señal o su premio exterior. Pero los intereses de una clase se refieren muy directamente a la posición y el rango, a la calidad y la seguridad; es decir, son primordialmente sociales, no económicos.

Las clases y los grupos que intervinieron intermitentemente en el movimiento general hacia el proteccionismo, después de 1870, no lo hicieron primordialmente a causa de sus intereses económicos. Las medidas "colectivistas" implantadas en los años críticos revelan que sólo por excepción estaba involucrado el interés de cualquier clase singular, y que en tal caso podía describirse raras veces ese interés como económico. Es seguro que ningún "interés económico miope" se veía servido por una ley que autorizara a las autoridades locales a apoderarse de los espacios ornamentales descuidados, por las regulaciones que exigían la limpieza de las panaderías con agua caliente y jabón por lo menos cada seis meses, o por una ley que volviera obligatoria la prueba de cables y anclas. Tales medidas respondían simplemente a las necesidades de una civilización industrial que los métodos de mercado no podían afrontar. La gran mayoría de estas intervenciones no tenía ninguna conexión directa con los ingresos, y casi no tenía ninguna conexión indirecta. Esto se aplicaba prácticamente a todas las leyes referentes a la salud y las viviendas, las amenidades y las bibliotecas públicas, las condiciones fabriles y la seguridad social. También se aplicaba a los servicios públicos, la educación, la transportación y muchas otras materias. Pero incluso cuando estaban involucrados los valores monetarios, eran secundarios a otros intereses. Casi invariablemente estaban involucradas la posición profesional, la seguridad y tranquilidad, la forma de vida de un hombre, la amplitud de su existencia, la estabilidad de su ambiente. No debemos minimizar la importancia monetaria de algunas intervenciones características, tales como los aranceles aduaneros o la compensación de los trabajadores. Pero incluso en estos casos eran inseparables los intereses no monetarios de los intereses monetarios. Los aranceles que implicaban beneficios para los capitalistas y salarios para los trabajadores significaban, en última instancia, seguridad contra el desempleo, estabilización de las condiciones regionales, seguridad contra la liquidación de industrias y, quizá predominantemente, el evitar la dolorosa pérdida de posición que acompaña inevitablemente a la transferencia a un empleo en el que un hombre es menos hábil y experimentado que en su propio empleo.

Una vez liberados de la obsesión de que sólo los intereses seccionales, nunca los generales, pueden hacerse efectivos, así como del prejuicio relacionado de restringir los intereses de los grupos humanos a su ingreso mone-



tario, la amplitud y la comprensión del movimiento proteccionista pierden su misterio. Mientras que los intereses monetarios son necesariamente expresados sólo por las personas a quienes pertenecen, otros intereses tienen una constitución más amplia. Tales intereses afectan a los individuos en formas innumerables como vecinos, profesionales, consumidores, peatones, pasajeros, deportistas, paseantes, jardineros, pacientes, madres o amantes, y en consecuencia pueden ser representados por casi cualquier tipo de asociación territorial o funcional, como las iglesias, los ayuntamientos, las fraternidades, los clubes, los sindicatos o, más comúnmente, los partidos políticos, basados en amplios principios de adhesión. Una concepción demasiado estrecha del interés debe generar en efecto una visión torcida de la historia social y política, y ninguna definición puramente monetaria de los intereses podrá dejar un margen para esa vital necesidad de protección social, cuya representación recae de ordinario en las personas encargadas de los intereses generales de la comunidad, es decir, en las condiciones modernas, los gobiernos en el poder. Precisamente porque el mercado amenazaba los intereses sociales —y no los intereses económicos— de diferentes secciones de la población, las personas pertenecientes a diversos estratos económicos unieron inconscientemente sus fuerzas para afrontar el peligro.

La difusión del mercado se veía así promovida y obstruida a la vez por la acción de las fuerzas clasistas. Dada la necesidad de la producción de máquinas para el establecimiento de un sistema de mercado, sólo las clases mercantiles podían tomar la delantera en esa transformación inicial. De los vestigios de las clases antiguas surgió una nueva clase de empresarios, a fin de hacerse cargo de un desarrollo consonante con los intereses de la comunidad en conjunto. Pero si el ascenso de los industriales, los empresarios y los capitalistas era el resultado de su liderazgo en el movimiento expansionista, la defensa correspondió a las clases terratenientes tradicionales y a la naciente clase trabajadora. Y si dentro de la comunidad mercantil tocó a los capitalistas la defensa de los principios estructurales del sistema de mercado, el papel de enconado defensor de la urdimbre social correspondió a la aristocracia feudal por una parte y al ascendente proletariado industrial por la otra. Pero mientras que las clases terratenientes buscarían naturalmente la solución de todos los males en el mantenimiento del pasado, los trabajadores podían, hasta cierto punto, trascender los límites de una sociedad de mercado y buscar soluciones en el futuro. Esto no implica que el retorno del feudalismo o la proclamación del socialismo se encontraran entre las líneas de acción posibles, pero sí indica las direcciones enteramente diferentes en

las que la clase terrateniente y la clase trabajadora urbana tendían a buscar alivio en una emergencia. Si la economía de mercado se derrumbara, como amenazaba hacerlo en cada crisis profunda, las clases terratenientes podrían buscar el retorno a un régimen militar o feudal de paternalismo, mientras que los trabajadores fabriles apreciarían la necesidad del establecimiento de una mancomunidad cooperativa. En una crisis, las "respuestas" podrían apuntar hacia soluciones mutuamente excluyentes. Un mero choque de intereses clasistas, que de otro modo se habría resuelto mediante una transacción, adquiriría una significación fatal.

Todo esto debiera prevenirnos para no depender demasiado de los intereses económicos de ciertas clases al explicar la historia. Tal enfoque implicaría tácitamente la rigidez de tales clases en un sentido que sólo puede existir en una sociedad indestructible. No se consideran así las fases críticas de la historia, cuando una civilización está derrumbándose o atravesando por una transformación, cuando se forman nuevas clases por regla general, a veces dentro de muy corto tiempo, salidas de las ruinas de las clases antiguas, o incluso de elementos extraños como los aventureros extranjeros o los exiliados. Frecuentemente, en una coyuntura histórica han nacido clases nuevas sólo en virtud de las demandas del momento. Por lo tanto, en última instancia es la relación de una clase con la sociedad en conjunto lo que proyecta su papel en el drama; y su éxito se determina por la amplitud y diversidad de los intereses que pueda servir, aparte de los propios. En efecto, ninguna política de un interés clasista estrecho puede salvaguardar bien ni siquiera ese interés, y esta regla tiene pocas excepciones. A menos que la alternativa al arreglo social sea un hundimiento en la destrucción total, ninguna clase crudamente egoísta podrá mantenerse en la delantera.

A fin de echar tranquilamente la culpa a la supuesta conspiración colectivista, los liberales económicos deben negar en última instancia que haya surgido alguna necesidad de protección de la sociedad. Recientemente aclamaron las opiniones de algunos académicos que habían rechazado la doctrina tradicional de la Revolución industrial según la cual estalló una catástrofe entre las infortunadas clases trabajadoras de Inglaterra alrededor del decenio de 1790. Según estos autores, el pueblo común no se vio afectado jamás por un deterioro repentino de su nivel de vida. En promedio, el pueblo común estaba sustancialmente mejor después de la introducción del sistema fabril, y nadie podía negar que su número había aumentado con rapidez. De acuerdo con los patrones aceptados del bienestar económico —las cifras de los salarios reales y de la población— jamás existió el



infierno del capitalismo inicial; lejos de ser explotadas, las clases trabajadoras eran los ganadores económicos, y era obviamente imposible sostener la necesidad de la protección social contra un sistema que beneficiaba a todos.

Los críticos del capitalismo liberal estaban desconcertados. Durante cerca de 60 años, los académicos y las Comisiones reales por igual habían denunciado los horrores de la Revolución industrial, y una miríada de poetas, pensadores y escritores había destacado sus crueldades. Se consideraba un hecho establecido que las masas habían sido sacrificadas y mantenidas en la inanición por los insensibles explotadores de su indefensión; que los cercamientos habían privado a los habitantes rurales de sus viviendas y sus predios, y los habían arrojado al mercado de mano de obra creado por la reforma de la Ley de pobres; y que las tragedias documentadas de los niños pequeños que en ocasiones tenían que trabajar hasta la muerte en minas y fábricas eran una prueba macabra de la privación de las masas. En efecto, la explicación familiar de la Revolución industrial descansaba en el grado de la explotación posibilitada por los cercamientos del siglo XVIII, en los bajos salarios ofrecidos a trabajadores sin hogar y que explicaban los elevados beneficios de la industria algodonera tanto como la rápida acumulación del capital en manos de los primeros fabricantes. Y se les acusaba de explotación, una explotación sin límite de sus conciudadanos que era la causa fundamental de tanta miseria y degradación. En apariencia todo esto se refutaba ahora. Los historiadores económicos proclamaban el mensaje de que se había despejado la sombra negra que pendía sobre los primeros decenios del sistema fabril. Porque ¿cómo podría haber una catástrofe social allí donde había indudablemente un mejoramiento económico?

En realidad, por supuesto, una calamidad social es fundamentalmente un fenómeno cultural, no un fenómeno económico que pueda medirse por las cifras del ingreso o las estadísticas de la población. Naturalmente, no pueden ser frecuentes las catástrofes culturales que involucren a amplios estratos del pueblo común, pero lo mismo ocurre con los eventos cataclísmicos como la Revolución industrial, un terremoto económico que transformó, en menos de medio siglo, vastas masas de los habitantes del campo inglés, de campesinos asentados en migrantes sin recursos. Pero si tales avalanchas destructivas son excepcionales en la historia de las clases, son un evento común en la esfera de los contactos culturales entre pueblos de diversas razas. Intrínsecamente, las condiciones son las mismas. La diferencia reside principalmente en el hecho de que una clase social forma parte de una sociedad

que habita la misma área geográfica, mientras que el contacto cultural ocurre de ordinario entre sociedades asentadas en diferentes regiones geográficas. En ambos casos, es posible que el contacto tenga un efecto devastador sobre la parte más débil. La causa de la degradación no es entonces la explotación económica, como suele suponerse, sino la desintegración del ambiente cultural de la víctima. Naturalmente, el proceso económico podría proveer el vehículo de la destrucción, y casi invariablemente la inferioridad económica hará que el débil se rinda, pero la causa inmediata de tal rendición no es por esa razón económica, sino que reside en el daño letal causado a las instituciones donde está incorporada su existencia social. El resultado es una pérdida del respeto a sí mismo y de los niveles de vida, ya sea la unidad un pueblo o una clase, ya derive el proceso del llamado "conflicto cultural" o de un cambio en la posición de una clase dentro de los confines de una sociedad.

Para el estudioso del capitalismo temprano, el paralelo es muy significativo. La condición actual de algunas tribus nativas de África se asemeja indudablemente a la de las clases trabajadoras inglesas durante los primeros años del siglo XIX. El kaffir de Sudáfrica, un salvaje noble que en su *kraal* nativo se sentía socialmente más seguro que nadie, se ha transformado en una variedad humana de los animales domesticados a medias, vestido con "los andrajos horribles, asquerosos, que no usaría el hombre blanco más degenerado",<sup>2</sup> un ser indescriptible, sin respeto por sí mismo o sin normas, verdadero desecho humano. La descripción nos recuerda el retrato hecho por Robert Owen de sus propios trabajadores cuando les hablaba en Nueva Lanark, diciéndoles cara a cara, de manera tan fría y objetiva como un investigador social podría registrar los hechos, por qué se habían convertido en la gentuza degradada que eran; y la verdadera causa de su degradación no podría describirse mejor que por su existencia en un "vacío cultural", el término usado por un antropólogo<sup>3</sup> para explicar la causa del deterioro cultural de algunas de las valientes tribus negras de África bajo la influencia del contacto con la civilización blanca. Sus artesanías han decaído, las condiciones políticas y sociales de su existencia han sido destruidas; se están muriendo de aburrimiento, según la famosa frase de Rivers, o malgastando sus vidas y su sustancia en la disipación. Mientras que su propia cultura no les ofrece ya ningunos objetivos dignos de esfuerzo o sacrificio, la petulancia y los prejuicios raciales impiden su participación adecuada en la cultura

<sup>2</sup> Millin, S. G., *The South Africans*, 1926.

<sup>3</sup> Goldenweiser, A., *Anthropology*, 1937.



de los intrusos blancos.<sup>4</sup> Si sustituimos la barrera del color por la barrera social, surgen las Dos naciones del decenio de 1840, ya que el kaffir ha sido debidamente remplazado por los habitantes de tugurios de las novelas de Kingsley.

Sin embargo, algunos de quienes convendrían plenamente en que la vida en un vacío cultural no es vida en absoluto parecen esperar que las necesidades económicas llenen automáticamente ese vacío y hagan aparecer a la vida digna de ser vivida bajo cualesquiera condiciones. Este supuesto se ve claramente refutado por el resultado de la investigación antropológica. "Las metas por las que trabajarán los individuos están culturalmente determinadas, y no son una respuesta del organismo a una situación externa culturalmente indefinida, como una mera escasez de alimento", dice la doctora Mead.

El proceso por el que un grupo de salvajes se convierte en una cuadrilla de mineros del oro o de marineros, o simplemente pierde todo incentivo para el esfuerzo y se muere sin dolor al lado de corrientes todavía llenas de peces, puede parecer tan extraño, tan ajeno a la naturaleza de la sociedad y su funcionamiento normal, hasta ser patológico, [pero] precisamente le ocurrirá esto, por regla general, a un pueblo que experimente un cambio violento, externamente introducido o por lo menos externamente producido...

Y concluye la doctora Mead: "Este contacto rudo, este desarraigo de personas sencillas de sus *mores*, es tan frecuente que debiera merecer la atención seria del historiador social".

Pero el historiador social no se da por enterado. Todavía se niega a ver que la fuerza elemental del contacto cultural, que está revolucionando ahora al mundo colonial, es el mismo que un siglo atrás creara las escenas sombrías del capitalismo temprano. Un antropólogo<sup>5</sup> obtuvo la inferencia general:

A pesar de numerosas divergencias, hay ahora entre los pueblos exóticos las mismas dificultades básicas que existían entre nosotros hace varios decenios o siglos. Los nuevos instrumentos técnicos, el nuevo conocimiento, las nuevas formas de la riqueza y el poder incrementaron la movilidad social, es decir, la migración de los individuos, el ascenso y descenso de las familias, la diferenciación de los grupos, nuevas formas de liderazgo, nuevos modelos de vida, diferentes valuaciones.

<sup>4</sup> Goldenweiser, A., *op. cit.*

<sup>5</sup> Thurnwald, R. C., *Black and White in East Africa; The Fabric of a New Civilization*, 1935.

La penetrante mente de Thurnwald reconoció que la catástrofe cultural afrontada ahora por la sociedad negra se asemeja mucho a la de una gran parte de la sociedad blanca en los primeros días del capitalismo. Sólo el historiador social pasa todavía por alto la analogía.

Nada oscurece nuestra visión social tan efectivamente como el prejuicio economicista. La explotación ha sido puesta tan persistentemente en el primer plano del problema colonial que este punto merece una atención especial. De igual modo, la explotación en un sentido humanitariamente obvio se ha perpetrado tan a menudo, con tanta persistencia y crueldad contra los pueblos atrasados del mundo, por el hombre blanco, que sería insensato no concederle un lugar prominente en cualquier discusión del problema colonial. Pero es precisamente este hincapié que se hace en la explotación lo que tiende a ocultar de nuestra vista la cuestión más amplia aún de la degeneración cultural. Si se define la explotación en términos estrictamente económicos como una inadecuación permanente de las razones del intercambio, resulta dudoso que haya en efecto una explotación. La catástrofe de la comunidad nativa es un resultado directo de la destrucción rápida y violenta de las instituciones básicas de la víctima (parece enteramente irrelevante que se use o no la fuerza en el proceso). Estas instituciones son destruidas por el hecho mismo de que se introduce una economía de mercado en una comunidad organizada de modo enteramente diferente; la mano de obra y la tierra se convierten en mercancías, lo que de nuevo es una fórmula breve para la liquidación de toda institución cultural en una sociedad orgánica. Los cambios ocurridos en las cifras del ingreso y de la población son evidentemente inconmensurables con tal proceso. Por ejemplo, ¿quién negaría que un pueblo anteriormente libre es explotado al ser sometido a la esclavitud, aunque su nivel de vida haya mejorado, en algún sentido artificial, en el país al que fue vendido, por comparación con el nivel que tenía en su bosque nativo? Y sin embargo, nada se alteraría si supusiéramos que los nativos conquistados habían sido dejados en libertad y ni siquiera hubiesen tenido que pagar en exceso los baratos productos de algodón que se les entregaban, y que su inanición era causada "sólo" por la destrucción de sus instituciones sociales.

Veamos el famoso caso de la India. En la segunda mitad del siglo XIX, las masas indias no morían de hambre porque fuesen explotadas por Lancashire; perecían en gran número porque la comunidad aldeana india había sido demolida. No hay duda de que esto se debía a las fuerzas de la competencia económica, es decir, el desplazamiento permanente del *chaddar* tejido a



mano por las piezas hechas a máquina; pero ello prueba lo contrario de la explotación económica, ya que la producción excesivamente abundante implica lo contrario del recargo. La fuente efectiva de las hambrunas de los últimos 50 años fue la libre comercialización de los granos combinada con la baja local de los ingresos. Por supuesto, el fracaso de las cosechas formaba parte del escenario, pero el envío de granos por ferrocarril posibilitaba el envío de socorro a las áreas amenazadas; el problema era que la gente no podía comprar granos a precios tan elevados, lo que en un mercado libre, pero incompletamente organizado, tenía que ser la reacción ante una escasez. En épocas anteriores se habían mantenido pequeños inventarios para hacer frente al fracaso de las cosechas, pero tales inventarios se habían suspendido o se habían diluido en el gran mercado. Por esta razón, la prevención de la hambruna asumía ahora la forma de obras públicas para que la población pudiera comprar a precios mayores. Así pues, las tres o cuatro grandes hambrunas que diezmaron a la India bajo el gobierno británico desde la rebelión no se debían a los elementos, ni a la explotación, sino simplemente a la nueva organización del mercado de la mano de obra y la tierra que destruyó a la antigua aldea sin resolver efectivamente sus problemas. Mientras que bajo el régimen del feudalismo y de la comunidad aldeana la *noblesse oblige*, la solidaridad del clan y la regulación del mercado de granos prevenían las hambrunas, bajo la regla del mercado no podía impedirse que la gente pasara hambre de acuerdo con las reglas del juego. El término "explotación" describe mal una situación que sólo se volvió realmente grave después de la abolición del duro monopolio de la East India Company y la introducción del libre comercio en la India. Bajo los monopolistas, la situación se había controlado con el auxilio de la organización arcaica del campo, incluida la distribución gratuita de granos, mientras que bajo el intercambio libre e igual perecieron millones de indios. En términos económicos, es posible que la India se haya beneficiado —y no hay duda de que se benefició a largo plazo— pero socialmente se desorganizó y así cayó víctima de la miseria y la degradación.

Por lo menos en algunos casos, lo opuesto a la explotación, si podemos decirlo así, inició la desintegración del contacto cultural. La distribución forzada de tierras a los indios estadounidenses, en 1887, los benefició individualmente, de acuerdo con nuestra escala financiera. Pero esa medida destruyó a la raza en su existencia física, y éste es el caso más prominente de degeneración cultural que se ha registrado. El genio moral de un John Collier remedió la situación casi medio siglo más tarde, al insistir en la necesidad

de un retorno a los predios tribales: ahora, la comunidad india estadounidense está viva de nuevo, por lo menos en algunos lugares, y lo que realizó el milagro no fue el mejoramiento económico sino la *restauración social*. El choque de un contacto cultural devastador se registró en el patético surgimiento de la famosa versión de la Danza de los espectros del Juego de la mano pawnee, alrededor de 1890, precisamente cuando el mejoramiento de las condiciones económicas volvía anacrónica a la cultura aborigen de estos Indios rojos. Además, el hecho de que ni siquiera una población creciente —el otro índice económico— excluya necesariamente el surgimiento de una catástrofe cultural se ha establecido también gracias a la investigación antropológica. Las tasas naturales de crecimiento de la población podrían ser efectivamente un índice de la vitalidad cultural o de la degradación cultural. El significado original de la palabra "proletario", que conecta la fecundidad con la mendicidad, es una expresión clara de esta ambivalencia.

El prejuicio economicista fue la fuente de la teoría cruda de la explotación del capitalismo temprano y del error no menos crudo, aunque más académico, que negó más tarde la existencia de una catástrofe social. La implicación importante de esta interpretación más reciente de la historia fue la rehabilitación de la economía del *laissez-faire*. Porque si la economía liberal no provocó el desastre, entonces el proteccionismo, que privó al mundo de los beneficios de los mercados libres, fue un crimen imperdonable. El mismo término de "Revolución industrial" se rechazaba ahora como expresión de una idea exagerada de lo que era esencialmente un lento proceso de cambio. Insistían estos académicos en que no había ocurrido más que un desenvolvimiento gradual de las fuerzas del progreso tecnológico que transformó la vida de los individuos; muchos padecieron sin duda en el curso del cambio, pero en general hubo un mejoramiento continuo. Este resultado feliz fue el efecto de la operación casi inconsciente de fuerzas económicas que realizaban su obra benéfica a pesar de la interferencia de algunos impacientes que exageraban las dificultades inevitables de la época. La inferencia no era nada menos que una negativa de que la sociedad se hubiese visto amenazada por el peligro de la nueva economía. Si la historia revisada de la Revolución industrial hubiese sido verídica, el movimiento proteccionista habría carecido de toda justificación objetiva y el *laissez-faire* se habría vindicado. La falacia materialista en lo referente a la naturaleza de la catástrofe social y cultural impulsó así la leyenda de que todos los males de la época habían sido causados por nuestro alejamiento del liberalismo económico.



En suma, ningún grupo o clase singular fue la fuente del llamado movimiento colectivista, aunque el resultado se vio decisivamente influido por el carácter de los intereses clasistas involucrados. En última instancia, lo que hizo que ocurrieran las cosas fueron los intereses de la sociedad en conjunto, aunque su defensa —con todo y la explotación— correspondió primordialmente a una sección de la población en preferencia a otra. Parece razonable que agrupemos nuestra explicación del movimiento proteccionista alrededor de las sustancias sociales puestas en peligro por el mercado y no alrededor de los intereses clasistas.

Los puntos de peligro se determinaron por las direcciones principales del ataque. El mercado de mano de obra competitivo afectó al poseedor de la fuerza de trabajo, es decir, al hombre. El libre comercio internacional era primordialmente una amenaza para la mayor de las industrias dependientes de la naturaleza, es decir, la agricultura. El patrón oro ponía en peligro a las organizaciones productivas cuyo funcionamiento dependía del movimiento relativo de los precios. En cada uno de estos campos se desarrollaron los mercados, lo que implicaba una amenaza latente para la sociedad en algunos aspectos vitales de su existencia.

Pueden distinguirse sin dificultad los mercados de mano de obra, de tierra y de dinero; pero no pueden distinguirse con tanta facilidad las partes de una cultura cuyo núcleo está formado por seres humanos, por su ambiente natural y por sus organizaciones productivas, respectivamente. El hombre y la naturaleza son prácticamente uno en la esfera cultural; y el aspecto monetario de la empresa productiva interviene sólo en un interés socialmente vital, a saber: la unidad y la cohesión de la nación. Así pues, mientras que los mercados de las mercancías ficticias llamadas mano de obra, tierra y dinero eran distintos y separados, las amenazas que involucraban para la sociedad no eran siempre estrictamente separables.

A pesar de eso, un bosquejo del desarrollo institucional de la sociedad occidental durante los 80 años críticos (1834-1914) podría referirse a cada uno de estos puntos de peligro en términos similares. Porque ya se trataba del hombre, de la naturaleza o de la organización productiva, la organización del mercado se convirtió en un peligro, y grupos o clases definidos presionaron en favor del proteccionismo. En cada caso, el considerable retraso existente entre el desarrollo inglés, continental y estadounidense tuvo consecuencias importantes, pero la contracorriente proteccionista había creado una situación análoga en todos los países occidentales hacia el final del siglo.

En consecuencia, nos ocuparemos por separado de la defensa del hombre, la naturaleza y la organización productiva: un movimiento de autoconservación como resultado del cual surgió un tipo de sociedad más estrechamente conectado, pero al que amenazaba la destrucción total.



#### XIV. EL HOMBRE Y EL MERCADO

LA SEPARACIÓN DEL TRABAJO de otras actividades de la vida y su sometimiento a las leyes del mercado equivalió a un aniquilamiento de todas las formas orgánicas de la existencia y su sustitución por un tipo de organización diferente, atomizado e individualista.

Tal plan de destrucción se vio muy bien servido por la aplicación del principio de la libertad de contrato. Esto significaba, en la práctica, que habrían de liquidarse las organizaciones no contractuales del parentesco, la vecindad, la profesión y el credo, porque reclamaban la lealtad del individuo y así restringían su libertad. La representación de este principio como la ausencia de interferencia, como lo hacían los liberales económicos, sólo expresaba un prejuicio arraigado en favor de una clase definida de interferencia: la que destruyera las relaciones no contractuales existentes entre los individuos e impidiera su reformación espontánea.

Este efecto del establecimiento de un mercado de mano de obra es evidente ahora en las regiones coloniales. Los nativos se ven obligados a ganarse la vida vendiendo su trabajo. Para tal fin, sus instituciones tradicionales deben ser destruidas, y debe impedirse su reconstitución, ya que el individuo de la sociedad primitiva no está en general amenazado por la inanición, a menos que toda la comunidad afronte tal situación. Bajo el sistema de tierra *kraal* de los kaffir, por ejemplo, "la destitución es imposible: quienquiera que necesite ayuda la recibirá incuestionablemente".<sup>1</sup> Ningún kwakiutl "corrió jamás el riesgo de padecer hambre".<sup>2</sup> "No hay inanición en las sociedades que viven en el margen de subsistencia."<sup>3</sup> El principio de la ausencia de inanición se reconoció también en la comunidad aldeana india, y casi bajo cualquier tipo de organización social hasta principios del siglo xvi en Europa, cuando se debatían en la Sorbona las ideas modernas sobre los pobres sugeridas por el humanista Vives. Es la ausencia de la amenaza de inanición individual lo que vuelve a la sociedad primitiva, en cierto sentido, más hu-

mana que la economía de mercado, y al mismo tiempo menos económica. Irónicamente, la contribución inicial del hombre blanco al mundo del hombre negro consistió principalmente en su introducción a los usos del flagelo del hambre. Por ejemplo, los colonizadores podrían decidir la tala de árboles del pan a fin de crear una escasez artificial de alimentos, o podrían imponer a los nativos una tributación por choza para obligarlos a ofrecer su trabajo. En ambos casos, el efecto será similar al de los cercamientos de los Tudor con su secuela de hordas vagabundas. Un reporte de la Liga de las naciones señalaba con justificado horror la aparición reciente de esa figura ominosa del escenario europeo del siglo xvi, el "hombre sin amo", en el breñal africano.<sup>4</sup> A fines de la Edad Media, esta figura se había encontrado sólo en los "intersticios" de la sociedad.<sup>5</sup> Pero fue el antecesor del trabajador nómada del siglo xix.<sup>6</sup>

Ahora bien, lo que todavía puede practicar ocasionalmente el hombre blanco en las regiones remotas de hoy, la destrucción de estructuras sociales para extraer de ellas el elemento del trabajo, lo hicieron hombres blancos a poblaciones blancas, para propósitos similares, durante el siglo xviii. La grotesca visión que del Estado tenía Hobbes —un Leviatán humano cuyo enorme cuerpo estaba integrado por un número infinito de cuerpos humanos— se vio ampliamente superada por la construcción ricardiana del mercado de mano de obra: un flujo de vidas humanas cuya oferta estaba regulada por la cantidad de alimentos puesta a su disposición. Aunque se reconoció que existía un nivel tradicional, más allá del cual no podrían bajar los salarios de los trabajadores, se pensaba también que esta limitación se haría efectiva sólo si el trabajador se veía reducido a la elección de quedarse sin alimento u ofrecer su trabajo en el mercado por el precio que alcanzara. Por cierto, esto explica una omisión por lo demás inexplicable de los economistas clásicos, a saber: por qué sólo el castigo de la inanición, no la atracción de los salarios elevados, se consideraba capaz de crear un mercado de mano de obra funcional. También aquí, la experiencia colonial ha confirmado la de tales economistas. Porque entre mayores sean los salarios, menor será el incentivo para que los nativos se esfuercen, ya que al revés de lo que ocurre con el hombre blanco los nativos no se ven impulsados por sus patrones culturales a ganar todo el dinero que se pueda. La analogía era más notable aún

<sup>1</sup> Mair, L. P., *An African People in the Twentieth Century*, 1934.

<sup>2</sup> Loeb, E. M., "The Distribution and Function of Money in Early Society", en *Essays in Anthropology*, 1936.

<sup>3</sup> Herskovits, M. J., *The Economic Life of Primitive People*, 1940.

<sup>4</sup> Thurnwald, R. C., *op. cit.*

<sup>5</sup> Brinkmann, C., "Das soziale System des Kapitalismus", en *Grundriss der Sozialökonomik*, 1924.

<sup>6</sup> Toynbee, A., *Lectures on the Industrial Revolution*, 1887, p. 98.



por el hecho de que también los primeros obreros aborrecían la fábrica, donde se sentían degradados y torturados, como los nativos que a menudo se resignan a trabajar a nuestro modo sólo cuando se ven amenazados con el castigo corporal, si no es que con la mutilación física. Los fabricantes de Lyon del siglo XVIII pedían bajos salarios primordialmente por razones sociales.<sup>7</sup> Afirmaban que sólo un obrero excesivamente trabajado y deteriorado renunciaría a asociarse con sus camaradas para escapar de la condición de servidumbre personal en la que podía obligársele a hacer lo que su amo deseara. La compulsión legal y la servidumbre parroquial como en Inglaterra, los rigores de una política laboral absolutista como en el continente, el trabajo obligatorio como en las primeras colonias americanas, eran las condiciones del "trabajador obediente". Pero se alcanzó la etapa final con la aplicación del "castigo de la naturaleza": el hambre. A fin de desatar tal castigo, había necesidad de liquidar la sociedad orgánica, la que se negaba a permitir que el individuo se muriera de hambre.

La protección de la sociedad se encomienda en primera instancia a los gobernantes, quienes pueden imponer directamente su voluntad. Sin embargo, los liberales económicos suponen con demasiada facilidad que los gobernantes económicos tienden a ser benéficos, lo que no ocurre con los gobernantes políticos. Adam Smith no parecía pensar así cuando aconsejaba la imposición del gobierno británico directo en la India, en lugar de la administración ejercida a través de una compañía certificada. Afirmaba Smith que los gobernantes políticos tendrían intereses paralelos a los de los gobernados cuya riqueza incrementaría sus recaudaciones, mientras que los intereses de los comerciantes eran naturalmente antagónicos de los intereses de sus clientes.

Por interés e inclinación, correspondió a los terratenientes de Inglaterra la protección de la vida de la gente común frente a los ataques de la Revolución industrial. Speenhamland fue un foso cavado en defensa de la organización rural tradicional, cuando el remolino del cambio estaba barriendo al campo, y de paso convirtiendo a la agricultura en una industria precaria. En su renuencia natural a plegarse a las necesidades de las ciudades manufactureras, los terratenientes fueron los primeros en oponer resistencia en la que sería la batalla perdida del siglo. Pero su resistencia no era vana; impidió la ruina por varias generaciones y ganó tiempo para un reajuste casi completo. Durante un periodo crítico de 40 años, retardó el progreso económico, y en 1834, cuando el parlamento de la reforma abolió a Speenham-

land, los terratenientes cambiaron su resistencia hacia las leyes fabriles. La Iglesia y el feudo estaban azuzando ahora a la gente contra los propietarios de fábricas cuyo predominio haría irresistible el clamor por los alimentos baratos, lo que indirectamente amenazaría con reducir las rentas y los diezmos. Oastler, por ejemplo, era "un eclesiástico, un *tory* y un proteccionista";<sup>8</sup> además, era también un humanitario. También lo eran, con mezclas variadas de estos ingredientes de socialismo *tory*, los otros grandes luchadores del movimiento fabril: Sadler, Southey y lord Shaftesbury. Pero la premoción de las amenazantes pérdidas pecuniarias que impulsó al grueso de sus seguidores estaba muy bien fundada: los exportadores de Manchester estaban pronto clamando por salarios más bajos que involucraban granos más baratos: la derogación de Speenhamland y el crecimiento de las fábricas allanó efectivamente el camino para el éxito de la agitación contra las Leyes de granos en 1846. Sin embargo, por otras razones, la ruina de la agricultura se pospuso en Inglaterra durante toda una generación. Mientras tanto, Disraeli basaba el socialismo *tory* en una protesta contra la reforma a la Ley de pobres, y los terratenientes conservadores de Inglaterra imponían a una sociedad industrial técnicas de vida radicalmente nuevas. La Ley de las diez horas de 1847, que Karl Marx aclamara como la primera victoria del socialismo, fue obra de reaccionarios ilustrados.

Los propios trabajadores tuvieron escasamente alguna influencia sobre este gran movimiento que tuvo el efecto, en sentido figurado, de permitir que sobrevivieran durante el pasaje intermedio. Tuvieron casi tan poco que decir en la determinación de su propio destino como la carga negra de los barcos de Hawkins. Pero fue precisamente esta ausencia de una participación activa de la clase trabajadora británica en la decisión de su propio destino lo que determinó el curso de la historia social inglesa y lo hizo, para bien o para mal, tan diferente del curso seguido en el continente.

Hay algo peculiar en las excitaciones aleatorias, los fracasos y errores de una clase naciente, cuya verdadera naturaleza ha revelado la historia desde hace largo tiempo. En términos políticos, la clase trabajadora británica fue definida por la Ley de reforma parlamentaria de 1832 que le negó el voto; en términos económicos, por el Acta de reforma de la Ley de pobres de 1834, que la excluía del subsidio y la distinguía de los indigentes. Durante algún tiempo, la clase trabajadora industrial no estaba segura de que su salvación no residiera después de todo en un retorno a la existencia rural y las condi-

<sup>7</sup> Heckscher, E. F., *op. cit.*, vol. II, p. 168.

<sup>8</sup> Dicey, A. V., *op. cit.*, p. 226.



ciones de la artesanía. En los dos decenios siguientes a Speenhamland, sus esfuerzos se concentraron en la cesación del libre uso de la maquinaria, ya fuese mediante la aplicación de las cláusulas del aprendizaje del Estatuto de artífices o mediante la acción directa como en el ludismo. Esta actitud de mirar hacia atrás persistió como una corriente subterránea a través del movimiento de Owen hasta fines de los años cuarenta, cuando la Ley de las diez horas, el eclipse del cartismo y el inicio de la Edad dorada del capitalismo nublaron la visión del pasado. Hasta entonces, la clase trabajadora británica *in statu nascendi* era un enigma para ella misma; y sólo si seguimos con entendimiento sus esfuerzos semiinconscientes podremos apreciar la inmensidad de la pérdida experimentada por Inglaterra a través de la exclusión de la clase trabajadora de una participación igual en la vida nacional. Cuando el owenismo y el cartismo se habían disipado, Inglaterra se había empobrecido por esa sustancia con la que el ideal anglosajón de una sociedad libre pudo haberse fortalecido para varios siglos futuros.

Aunque el movimiento owenista hubiese producido sólo actividades locales insignificantes, habría constituido un monumento a la imaginación creativa de la raza, y aunque el cartismo no salió jamás de los confines del núcleo que concebía la idea de una "fiesta nacional" para ganar los derechos del pueblo, habría demostrado que algunos miembros del pueblo eran capaces todavía de soñar sus propios sueños, y estaban tomando la medida de una sociedad que había olvidado la forma del hombre. Pero no ocurrió ni una cosa ni otra. El owenismo no fue la inspiración de una secta pequeña, ni el cartismo se restringió a una *élite* política; ambos movimientos involucraron a centenares de miles de practicantes de oficios y artesanos, jornaleros y trabajadores, y con sus numerosos partidarios se colocaron entre los movimientos sociales más grandes de la historia moderna. Pero aunque eran tan diferentes y sólo coincidieron en la medida de su fracaso, estos movimientos sirvieron para probar cuán inevitable era desde el principio la necesidad de proteger al hombre contra el mercado.

El Movimiento owenista no era originalmente político ni de la clase trabajadora. Representaba las aspiraciones de la gente común, aplastada por la llegada de la fábrica, para descubrir una forma de existencia que hiciera del hombre el amo de la máquina. En esencia, buscaba lo que para nosotros parecería una evitación del capitalismo. Por supuesto, tal fórmula no podría dejar de ser algo engañosa, porque todavía se desconocían el papel organizador del capital y la naturaleza del mercado autorregulado. Sin embargo, es posible que constituya la mejor expresión del espíritu de Owen, quien ob-

viamente no era un enemigo de la máquina. Creía Owen que, a pesar de la máquina, el hombre debiera seguir siendo su propio empleador; el principio de la cooperación o la "unión" resolvería el problema de la máquina sin sacrificar la libertad individual ni la solidaridad social, ni la dignidad del hombre ni su simpatía con sus semejantes.

La fuerza del owenismo residía en el hecho de que su inspiración era eminentemente práctica, pero sus métodos se basaban en una apreciación del hombre como un todo. Aunque los problemas eran intrínsecamente los de la vida cotidiana tales como la calidad de la alimentación, la vivienda y la educación, el nivel de los salarios, la evitación del desempleo, el sostén en la enfermedad y desgracias semejantes, las cuestiones involucradas eran tan amplias como las fuerzas morales a las que apelaban. La convicción de que la existencia del hombre podría restablecerse si sólo se encontrara el método correcto, permitió que las raíces del movimiento penetraran a esa capa más profunda donde se forma la personalidad misma. Raras veces se ha contemplado un movimiento social de alcance similar menos intelectualizado; las convicciones de quienes participaban en tal movimiento imbuían de significado incluso sus actividades aparentemente más triviales, de modo que no se necesitaba ningún credo establecido. En efecto, su fe era profética, ya que insistían en métodos de reconstrucción que trascendían a la economía de mercado.

El owenismo era una religión de la industria cuyos fieles eran los miembros de la clase trabajadora.<sup>9</sup> Su riqueza de formas e iniciativas no tenía rival. Prácticamente fue el inicio del movimiento sindical moderno. Se fundaron sociedades cooperativas, dedicadas principalmente al comercio de menudeo con sus miembros. Por supuesto, no se trataba de cooperativas de consumidores regulares, sino de tiendas apoyadas por entusiastas decididos a dedicar los beneficios de la aventura a la promoción de los planes owenistas, preferiblemente al establecimiento de Aldeas de cooperación. "Sus actividades eran tan educativas y propagandistas como comerciales; su objetivo era la creación de la Nueva sociedad mediante su esfuerzo asociado." Las "Tiendas sindicales", establecidas por miembros de los sindicatos, eran más bien cooperativas de productores donde los artesanos desempleados podían encontrar trabajo, o en el caso de las huelgas, ganar algo de dinero en lugar del subsidio de huelga. En la "Bolsa de trabajo" owenista, la idea de la tienda cooperativa se convirtió en una institución *sui generis*. En la base

<sup>9</sup> Cole, G. D. H., *Robert Owen*, 1925, una obra que hemos utilizado ampliamente.



de la Bolsa o el Bazar se encontraba la confianza en la naturaleza complementaria de los oficios; al proveer a sus necesidades recíprocas, los artesanos se emanciparían de los altibajos del mercado; esto se vio acompañado más tarde por el uso de notas de trabajo que tuvieron una circulación considerable. Tal dispositivo podría parecer fantástico en la actualidad; pero en la época de Owen no se había explorado todavía el carácter del trabajo asalariado ni el de los billetes bancarios. El socialismo no era esencialmente diferente de los proyectos e inventos rebosantes en el movimiento benthamista. No sólo la oposición rebelde, sino también la respetable clase media, tenía todavía un talante experimental. El propio Jeremy Bentham invirtió en el proyecto de educación futurista de Owen en Nueva Lanark, y ganó un dividendo. Las Sociedades owenistas propiamente dichas eran asociaciones o clubes diseñadas en apoyo a los planes de Aldeas de cooperación como las que describimos en conexión con el subsidio otorgado a los pobres; éste fue el origen de la cooperativa de productores agrícolas, una idea de larga y distinguida prosapia. La primera organización nacional de productores con propósitos sindicalistas fue la Unión de constructores operativos, que trataba de regular directamente la actividad de la construcción mediante la creación de "edificios a la escala más extensa", la introducción de una moneda propia, y la aportación de los medios necesarios para la realización de "la gran asociación para la emancipación de las clases productivas". Las cooperativas de productores industriales del siglo XIX datan de esta aventura. Fue de la Unión o el Gremio de constructores y su "parlamento" que surgió el sindicato consolidado de oficios, más ambicioso aún, que durante breve tiempo incluyó a casi un millón de trabajadores y artesanos en su laxa federación de sindicatos y sociedades cooperativas. Su idea era la revuelta industrial por medios pacíficos, lo que no parecerá una contradicción en cuanto recordemos que en el amanecer mesiánico de su movimiento se suponía que la mera consciencia de su misión volvía irresistibles las aspiraciones de los trabajadores. Los mártires de Tolpuddle pertenecían a una rama rural de esta organización. La propaganda en favor de la legislación fabril se encargó a las Sociedades de regeneración; luego se fundaron sociedades éticas, antecesoras del movimiento secularista. En este ambiente se desarrolló plenamente la idea de la resistencia no violenta. Como el saint-simonismo en Francia, el owenismo en Inglaterra exhibía todas las características de la inspiración espiritual; pero mientras que Saint-Simon trabajaba por un renacimiento del cristianismo, Owen fue el primer oponente del cristianismo entre los líderes modernos de la clase trabajadora. Por supuesto, las coope-

rativas de consumidores de Gran Bretaña, que encontraron imitadores por todo el mundo, fueron el fruto más eminentemente práctico del owenismo. El hecho de que su ímpetu se haya perdido —o mejor dicho, se haya mantenido sólo en la periferia del movimiento de los consumidores— fue la mayor derrota singular de las fuerzas espirituales en la historia industrial de Inglaterra. Pero un pueblo que —después de la degradación moral del período de Speenhamland— poseía todavía la resistencia requerida por un esfuerzo creativo tan imaginativo y sostenido, debe de haber tenido un vigor intelectual y emocional casi ilimitado.

El owenismo, con su dedicación al hombre como un todo, tenía todavía algo de esa herencia medieval de la vida corporativa que encontró su expresión en el Gremio de constructores y en el escenario rural de su ideal social, las Aldeas de cooperación. Aunque fue la fuente del socialismo moderno, sus propuestas no se basaban en la cuestión de la propiedad, que sólo es el aspecto legal del capitalismo. Al enfocar el nuevo fenómeno de la industria, como lo había hecho Saint-Simon, reconoció el desafío de la máquina. Pero, el rasgo característico del owenismo era su insistencia en el enfoque *social*: se negaba a aceptar la división de la sociedad en una esfera económica y una esfera política, y en efecto rechazaba por esa razón la acción política. La aceptación de una esfera económica separada habría implicado el reconocimiento del principio de la ganancia y el beneficio como la fuerza organizadora de la sociedad. Owen se negó a hacerlo. Su genio reconoció que la incorporación de la máquina sólo era posible en una sociedad nueva. Para Owen, el aspecto industrial de las cosas no se restringía en modo alguno a lo económico (esto habría implicado una visión comercializadora de la sociedad, lo que él rechazaba). Nueva Lanark le había enseñado que en la vida de un trabajador son los salarios sólo uno de muchos factores tales como el ambiente natural y hogareño, la calidad y los precios de los bienes, la estabilidad del empleo y la seguridad de su posición. (Las fábricas de Nueva Lanark, como lo hicieran antes otras empresas, mantenían a sus empleados en la nómina aunque no tuvieran trabajo para ellos.) Pero el ajuste incluía mucho más que eso. La educación de niños y adultos, la provisión de entretenimiento, baile y música, y el supuesto general de elevadas normas morales y personales para viejos y jóvenes, creaban la atmósfera en la que la nueva posición era alcanzada por la población industrial en conjunto. Miles de personas de toda Europa (y aun de los Estados Unidos) visitaban Nueva Lanark como si fuese una reservación del futuro en la que se hubiese realizado la hazaña imposible de operar exitosamente una fábrica con una población



humana. Y sin embargo, la empresa de Owen pagaba salarios considerablemente menores que los habituales en algunos pueblos vecinos. Los beneficios de Nueva Lanark surgían principalmente de la alta productividad de la mano de obra en jornadas más cortas, gracias a la excelente organización y al descanso de los trabajadores, ventajas que superaban al incremento de los salarios reales involucrado en las generosas provisiones para una vida decente. Pero tales provisiones explican por sí solas los sentimientos de adulación con los que sus trabajadores se aferraban a Owen. Fue de experiencias como éstas que extrajo Owen el enfoque social —es decir, más amplio que un enfoque puramente económico— para el problema de la industria.

Otro tributo a su perspicacia era el hecho de que, a pesar de esta visión comprensiva, captara la naturaleza incisiva de los hechos físicos concretos que dominaban la existencia del trabajador. Su sentimiento religioso se revolvía contra el trascendentalismo práctico de una Hannah More y sus "Cheap Repository Tracts". Uno de tales relatos elogiaba el ejemplo de una muchacha carbonera de Lancashire que fue bajada al socavón a la edad de nueve años para que actuara como sacadora junto con su hermano, dos años menor.<sup>10</sup> "Alegremente lo siguió [a su padre] hacia el socavón de carbón, hundiéndose en las entrañas de la tierra, y así a una tierna edad, sin excusarse en su sexo, se unió al trabajo con los mineros, una estirpe de hombres duros en verdad, pero muy útiles para la comunidad." El padre murió en un accidente dentro de la mina, a la vista de sus hijos. La niña solicitó entonces un empleo de sirvienta, pero había un prejuicio en su contra porque había sido carbonera, y su solicitud fue rechazada. Por fortuna, por esa dispensa reconfortante por la que las aflicciones se convierten en bendiciones, su abnegación y paciencia se hicieron notar, se realizaron algunas investigaciones en la carbonera, y ella recibió tantas alabanzas que se le dio el empleo. "Esta historia", concluía el relato, "podría enseñar a los pobres que raras veces podrán encontrarse en condición tan baja en la vida que no puedan alcanzar cierto grado de independencia si se esfuerzan, y no puede haber ninguna situación tan vil que impida la práctica de muchas virtudes nobles." Las hermanas More preferían trabajar con trabajadores hambrientos, pero no llegaban a interesarse por sus sufrimientos físicos. Se inclinaban a resolver el problema físico del industrialismo mediante el simple otorgamiento de posición y función a los trabajadores, movidas por la plenitud de su magnanimidad. Hannah More insistía en que el padre de su heroína era un miembro

<sup>10</sup> More, H., *The Lancashire Colliery Girl*, mayo de 1795; véase Hammond, J. L. y B., *The Town Labourer*, 1917, p. 230.

de la comunidad muy útil; el rango de su hija se establecía por el reconocimiento de sus empleadores. Hannah More creía que no se necesitaba más para el funcionamiento de una sociedad.<sup>11</sup> Owen se alejó de un cristianismo que renunciaba a la tarea de dominar el mundo del hombre, y que prefería exaltar la posición y la función imaginarias de la miserable heroína de Hannah More, en lugar de afrontar la horrible revelación que trascendía al Nuevo testamento, de la condición del hombre en una sociedad compleja. Nadie puede dudar de la sinceridad que inspiraba la convicción de Hannah More en el sentido de que entre más plenamente aceptaran los pobres su condición de degradación, con mayor facilidad alcanzarían las delicias celestiales de las que dependían su salvación y el funcionamiento regular de una sociedad de mercado en el que ella creía firmemente. Pero estas envolturas vacías del cristianismo, en las que estaba vegetando la vida interior de los más generosos de las clases altas, contrastaban lastimosamente con la fe creativa de esa religión de la industria en cuyo espíritu estaba el pueblo común de Inglaterra tratando de redimir a la sociedad. No obstante, el capitalismo todavía tenía un futuro por delante.

El Movimiento cartista apelaba a un conjunto de impulsos tan diferentes que casi habría podido pronosticarse su surgimiento tras el fracaso práctico del owenismo y sus prematuras iniciativas. Era un esfuerzo puramente político que trataba de influir sobre el gobierno a través de los canales constitucionales; su intento por presionar al gobierno se desenvolvía por los lineamientos tradicionales del Movimiento de reforma que había obtenido el voto para las clases medias. Los Seis puntos de la Carta demandaban un sufragio popular efectivo. La rigidez absoluta con la que tal extensión del voto fue rechazada por el Parlamento reformado durante un tercio de siglo, el uso de la fuerza en vista del apoyo masivo recibido por la Carta, el horror que sentían los liberales del decenio de 1840 por la idea del gobierno popular, probaban que el concepto de la democracia era extraño para las clases medias inglesas. Sólo cuando la clase trabajadora hubo aceptado los principios de una economía capitalista y los sindicatos habían hecho de la operación regular de la industria su preocupación principal, concedieron las clases medias el voto a los trabajadores mejor ubicados; es decir, mucho tiempo después de que el Movimiento cartista se había apagado y se había puesto en claro que los trabajadores no tratarían de usar su poder de voto en aras

<sup>11</sup> Véase Drucker, P. F., *The End of Economic Man*, 1939, p. 93, por lo que se refiere a los evangelistas ingleses; y *The Future of Industrial Man*, 1942, pp. 21 y 194, por lo que se refiere a la posición y la función.



de sus propias ideas. Desde el punto de vista de la difusión de las formas de existencia del mercado, esto pudo haber estado justificado porque ayudaba a superar los obstáculos planteados por las formas de vida, orgánicas y tradicionales, sobrevivientes entre los trabajadores. Pero no se realizó la tarea enteramente diferente de la restauración de la gente común cuya vida había sido desarraigada en la Revolución industrial, para llevarla a una cultura nacional común. El otorgamiento del derecho de voto, en un momento en que se había causado un daño irreparable a su capacidad de participación en el liderazgo, no podía restablecer la posición. Las clases gobernantes habían cometido el error de extender el principio del gobierno absolutamente clasista a un tipo de civilización que exigía la unidad cultural y educativa de la mancomunidad para que pudiera librarse de las influencias degenerativas.

El Movimiento cartista era político y por lo tanto más fácil de comprender que el owenismo. Pero es dudoso que la intensidad emocional, o incluso de la extensión de ese movimiento, pudiera entenderse sin una referencia imaginativa a la época. El periodo de 1789 a 1830 había hecho de la revolución una institución regular en Europa; en 1848, la fecha del levantamiento de París se pronosticó efectivamente, en Berlín y en Londres, con una precisión más habitual en lo referente a la apertura de una feria que a un estallido social, y pronto estallaron revoluciones de "secuela" en Berlín, Viena, Budapest y algunas ciudades italianas. También en Londres había alta tensión, porque todos —incluidos los propios cartistas— esperaban una acción violenta para obligar al Parlamento a otorgar el derecho de voto al pueblo (menos de 15% de los varones adultos tenía ese derecho). En toda la historia de Inglaterra, jamás hubo una concentración comparable de fuerzas listas para la defensa de la ley y el orden que el 12 de abril de 1848; ese día, centenares de miles de ciudadanos estaban preparados, en su capacidad de alguaciles especiales, para esgrimir sus armas en contra de los cartistas. La Revolución de París llegó demasiado tarde para llevar a la victoria un movimiento popular en Inglaterra. Para ese momento se estaba desvaneciendo el espíritu de la revuelta desatada por el Acta de reforma a la Ley de pobres y por los sufrimientos de los Cuarenta hambrientos; la oleada del creciente comercio exterior estaba incrementando el empleo, y el capitalismo empezaba a entregar los bienes. Los cartistas se dispersaron pacíficamente. Su caso no fue considerado siquiera por el Parlamento sino en una fecha posterior, cuando su solicitud fue derrotada por una mayoría de cinco a uno en la Cámara de los comunes. En vano se habían recolectado millones de firmas.

En vano se habían comportado los cartistas como ciudadanos respetuosos de las leyes. Su Movimiento fue destruido por los victoriosos en medio del ridículo. Así terminó el mayor esfuerzo político del pueblo de Inglaterra por constituir a ese país en una democracia popular. Uno o dos años más tarde, el cartismo había sido olvidado.

La Revolución industrial llegó al continente medio siglo después. La clase trabajadora no había sido expulsada allí de la tierra por un movimiento de cercamientos; más bien, los atractivos de los mayores salarios y la vida urbana hacían que el jornalero agrícola semiservil desertara del feudo y emigrara a la ciudad, donde se unía a la clase media baja tradicional y tenía una oportunidad para adquirir un tono urbano. Lejos de sentirse rebajado, se sentía elevado por su nuevo ambiente. Las condiciones de la vivienda eran sin duda abominables, el alcoholismo y la prostitución proliferaban entre los estratos bajos de los obreros urbanos aun a principios del siglo XX. Pero no había comparación entre la catástrofe moral y cultural del aldeano inglés, o el inquilino de decente prosapia, que se hundía sin remedio en el pantano social y físico de los tugurios de alguna vecindad fabril, y el jornalero agrícola eslovaco, o pomeranio, que cambiaba casi de la noche a la mañana su situación de peón de residencia estable por la de un trabajador industrial en una metrópoli moderna. Un jornalero irlandés o galés, o de las Tierras altas de occidente, podría haber tenido una experiencia similar al escurrirse por los callejones de Manchester o de Liverpool; pero el hijo del pequeño agricultor inglés, o el aldeano expulsado, no sentían que su posición se hubiese elevado. Pero no era sólo que el campesino burdo del continente, recientemente emancipado, tuviese una buena oportunidad para elevarse hasta el nivel de las clases medias bajas de artesanos y comerciantes con sus antiguas tradiciones culturales, sino que incluso la burguesía, socialmente muy por encima de él, estaba políticamente en su mismo barco, casi tan alejada de las filas de la clase gobernante como el propio campesino. Contra la aristocracia feudal y el episcopado romano, las fuerzas de las nacientes clase media y clase trabajadora estaban estrechamente aliadas. Los intelectuales, en particular los estudiantes universitarios, cementaron la unión existente entre estas dos clases en su ataque común contra el absolutismo y el privilegio. Las clases medias inglesas, ya fuesen agricultores y comerciantes como en el siglo XVII, o granjeros y exportadores como en el siglo XIX, eran suficientemente fuertes para vindicar sus derechos por sí solas, y ni siquiera en su esfuerzo semirrevolucionario de 1832 buscaron el apoyo de los trabajadores. Además, la aristocracia inglesa asimilaba infaliblemente a los más ricos de



los recién llegados y ampliaba los estratos superiores de la jerarquía social, mientras que en el continente la aristocracia todavía semifeudal no se casaba con los hijos de la burguesía, y la ausencia de la institución de la primogenitura los aislaba herméticamente de las otras clases. Cada paso afortunado hacia la igualdad de derechos y las libertades beneficiaba así a las clases medias y trabajadoras del continente por igual. Desde 1830, si no es que desde 1789, la tradición continental establecía que la clase trabajadora ayudaría en las batallas de la burguesía contra el feudalismo, aunque sólo fuese —según se decía— para ser engañada por la clase media en la repartición de los frutos de la victoria. Pero independientemente de que la clase trabajadora ganara o perdiera, incrementaba su experiencia, y sus objetivos se elevaban a un nivel político. Esto era lo que significaba la adquisición de una conciencia clasista. Las ideologías marxianas cristalizaban la perspectiva del trabajador urbano, a quien las circunstancias le habían enseñado a usar su fuerza industrial y política como un instrumento de alta política. Mientras que los trabajadores británicos forjaron una experiencia incomparable en los problemas personales y sociales del sindicalismo, incluidas las tácticas y la estrategia de la acción industrial, y dejaban la política nacional a sus superiores, el trabajador de Europa central se convirtió en un socialista político, acostumbrado a manejar los problemas de la gobernación, sobre todo los que se referían a sus propios intereses, como las leyes fabriles y la legislación social.

Si hubo una brecha de medio siglo, aproximadamente, entre la industrialización de Gran Bretaña y la del continente, había una brecha mucho mayor entre el establecimiento de la unidad nacional. Italia y Alemania llegaron apenas durante la segunda mitad del siglo XIX a la etapa de unificación que Inglaterra alcanzara varios siglos atrás, y los pequeños estados de Europa oriental alcanzaron esa etapa más tarde aún. En este proceso de construcción estatal, las clases trabajadoras desempeñaron un papel vital, lo que incrementó más aún su experiencia política. En la época industrial, tal proceso no podría dejar de incluir a la política social. Bismarck buscó la unificación del Segundo Reich mediante la introducción de un programa de legislación social que hiciera época. La unidad italiana se aceleró por la nacionalización de los ferrocarriles. En la monarquía austro-húngara, esa revoltura de razas y pueblos, la propia corona apeló en repetidas ocasiones a las clases trabajadoras en busca de apoyo para la obra de centralización y de unidad imperial. También en esta esfera más amplia, mediante su influencia sobre la legislación, los partidos socialistas y los sindicatos

descubrieron muchos resquicios para servir a los intereses del trabajador industrial.

Los prejuicios materialistas han nublado los grandes lineamientos del problema de la clase trabajadora. A los escritores británicos les ha resultado difícil comprender la terrible impresión causada a los observadores continentales por las condiciones existentes en Lancashire al principio del capitalismo. Tales escritores señalaron los niveles de vida aún más bajos de muchos artesanos de las industrias textiles de Europa central, cuyas condiciones de trabajo eran a menudo quizá tan malas como las de sus camaradas ingleses. Pero tal comparación oscurecía el punto principal, que era precisamente el ascenso de la posición social y política del trabajador del continente, en contraste con el descenso de tal posición en Inglaterra. El trabajador continental no había pasado por el degradante empobrecimiento de Speenhamland, ni había ningún paralelo en su experiencia con la lumbre de la Nueva ley de pobres. De la posición de un aldeano pasó —o se elevó, mejor dicho— a la de un trabajador fabril, y muy pronto a la de un trabajador con derecho al voto y a la sindicalización. Así escapó a la catástrofe cultural que siguió en Inglaterra a la Revolución industrial. Además, el continente se industrializó en una época en que el ajuste a las nuevas técnicas productivas ya se había vuelto posible, gracias casi exclusivamente a la imitación de los métodos ingleses de la protección social.<sup>12</sup>

El trabajador continental no necesitaba protegerse tanto contra el impacto de la Revolución industrial —en el sentido social, no hubo jamás tal cosa en el continente— como contra la acción normal de las condiciones fabriles y del mercado de mano de obra. Lo logró principalmente con la ayuda de la legislación, mientras que sus camaradas británicos recurrían en mayor medida a la asociación voluntaria —los sindicatos— y su poder para monopolizar la mano de obra. La seguridad social llegó relativamente mucho más pronto al continente que a Inglaterra. La diferencia se explicaba fácilmente por la inclinación política continental, y por la extensión comparativamente temprana del voto a las masas trabajadoras del continente. La diferencia existente entre los métodos de protección obligatorios y voluntarios —legislación contra sindicalismo— puede exagerarse fácilmente en términos económicos, pero en términos políticos tuvo grandes consecuencias. En el continente, los sindicatos fueron una creación del partido político de la clase trabajadora; en Inglaterra, el partido político fue una creación de los

<sup>12</sup> Knowles, L., *The Industrial and Commercial Revolution in Great Britain During the 19th Century*, 1926.



sindicatos. Mientras que en el continente se volvía el sindicalismo más o menos socialista, en Inglaterra hasta el socialismo político seguía siendo esencialmente sindicalista. Por lo tanto, el sufragio universal, que en Inglaterra tendía a incrementar la unidad nacional, tenía a veces el efecto opuesto en el continente. Allí, antes que en Inglaterra, se aplicaban las dudas de Pitt y Peel, Tocqueville y Macaulay, acerca de que el gobierno popular involucrara un peligro para el sistema económico.

En términos económicos, los métodos de la protección social de Inglaterra y del continente condujeron a resultados casi idénticos. Lograron lo que buscaban: la destrucción del mercado del factor de producción conocido como fuerza de trabajo. Tal mercado podría servir a su propósito sólo si los salarios bajaran al igual que los precios. En términos humanos, tal postulado implicaba para el trabajador la inestabilidad extrema de los ingresos, la ausencia total de normas profesionales, una disposición abyecta a ser empujado y pisoteado indiscriminadamente, una dependencia completa de los caprichos del mercado. Mises sostuvo correctamente que si los trabajadores "no actuaban como sindicalistas, sino que reducían sus demandas y cambiaban su ubicación y su ocupación de acuerdo con los requerimientos del mercado de mano de obra, podrían encontrar trabajo eventualmente". Esto resume la posición existente bajo un sistema basado en el postulado del carácter de mercancía del trabajo. La mercancía no puede decidir dónde se ofrecerá en venta, para qué propósito, a qué precio podrá cambiar de manos, y en qué forma deberá consumirse o destruirse. "No se le ha ocurrido a nadie", escribió este liberal consistente, "que la falta de salarios sería un término más apropiado que el de la falta de empleo, porque lo que le falta a la persona desempleada no es trabajo sino la remuneración del trabajo." Mises estaba en lo justo, aunque no debiera reclamar la originalidad; 150 años atrás, el obispo Whately había dicho: "Cuando un hombre implora por trabajo, no pide trabajo sino salario". Sin embargo, es cierto que en términos técnicos "el desempleo se debe en los países capitalistas al hecho de que las políticas gubernamentales y sindicales tratan por igual de mantener un nivel de salarios que no está en armonía con la productividad de la mano de obra existente". ¿Pues cómo podría haber desempleo, preguntaba Mises, si no es por el hecho de que los trabajadores "no están dispuestos a trabajar por los salarios que podrían obtener en el mercado de mano de obra por el trabajo particular que pueden y desean realizar"? Esto pone en claro lo que significa realmente la demanda de movilidad de la mano de obra y flexibilidad de los salarios por parte de los empleadores: precisamen-

te lo que describimos antes como un mercado en el que el trabajo humano es una mercancía.

El objetivo natural de toda la protección social era la destrucción de tal institución y la imposibilidad de su existencia. En realidad, se permitió que el mercado de mano de obra conservara su función principal sólo a condición de que los salarios y las condiciones de trabajo, las normas y las regulaciones fuesen tales que salvaguardaran el carácter humano de la mercancía en cuestión: el trabajo. Cuando se arguye, como a veces se hace, que la legislación social, las leyes fabriles, el seguro de desempleo, y sobre todo los sindicatos, no han interferido con la movilidad de la mano de obra y la flexibilidad de los salarios, se implica que tales instituciones han fracasado por completo en su propósito, que era exactamente el de interferir con las leyes de la oferta y la demanda respecto del trabajo humano, sacándolo de la órbita del mercado.



## XV. EL MERCADO Y LA NATURALEZA

LO QUE LLAMAMOS TIERRA es un elemento de naturaleza inextricablemente ligado a las instituciones humanas. Su aislamiento, para formar un mercado con ella, fue tal vez la más fantástica de todas las hazañas de nuestros ancestros.

Tradicionalmente, la tierra y la mano de obra no están separadas; el trabajo forma parte de la vida, la tierra sigue siendo parte de la naturaleza, la vida y la naturaleza forman un todo articulado. La tierra se liga así a las organizaciones del parentesco, la vecindad, el oficio y el credo; con la tribu y el templo, la aldea, el gremio y la iglesia. Por otra parte, un gran mercado es un arreglo de la vida económica que incluye a los mercados de los factores de producción. Dado que estos factores son indistinguibles de los elementos de las instituciones humanas, el hombre y la naturaleza, puede apreciarse sin dificultad que la economía de mercado involucra a una sociedad cuyas instituciones están subordinadas a los requerimientos del mecanismo de mercado.

La proposición es tan utópica respecto de la tierra como lo es respecto de la mano de obra. La función económica es sólo una de muchas funciones vitales de la tierra. Invierte de estabilidad a la vida del hombre; es el sitio de su habitación; es una condición de su seguridad física; es el paisaje y son las estaciones. Bien podríamos imaginar al hombre naciendo sin manos ni pies, como viviendo sin tierra. Y sin embargo, la separación de la tierra y el hombre, y la organización de la sociedad en forma tal que se satisficieran los requerimientos de un mercado inmobiliario, formaba parte vital del concepto utópico de una economía de mercado.

De nuevo, es en el campo de la colonización moderna que se manifiesta la verdadera importancia de tal aventura. A menudo es irrelevante que el colonizador necesite la tierra como un sitio a causa de la riqueza sepultada en ella, o sólo desee obligar a los nativos a producir un excedente de alimentos y materias primas; tampoco hace gran diferencia el hecho de que el nativo trabaje bajo la supervisión directa del colonizador o sólo bajo alguna forma de compulsión indirecta, ya que en todo caso deberá destruirse primero el sistema social y cultural de la vida nativa.

Hay una analogía estrecha entre la situación colonial actual y la de Euro-

pa occidental hace un siglo o dos. Pero es posible que la movilización de la tierra, que en regiones exóticas podría comprimirse en pocos años o decenios, haya requerido en Europa occidental de muchos siglos.

El desafío provino del surgimiento de ciertas formas del capitalismo distintas de las puramente comerciales. Empezando en Inglaterra con los Tudor, había un capitalismo agrícola con su necesidad de un tratamiento individualizado de la tierra, incluyendo las conversiones y los cercamientos. Había el capitalismo industrial que —en Francia al igual que en Inglaterra— era primordialmente rural y necesitaba sitios para sus instalaciones y para el asentamiento de los trabajadores, desde el inicio del siglo XVIII. Más poderoso que todo lo demás, aunque afectaba más al uso de la tierra que a su propiedad, era el surgimiento de las ciudades industriales con su necesidad de abastos prácticamente ilimitados de alimentos y materias primas en el siglo XIX.

Superficialmente, había escasa similitud en las respuestas a estos desafíos, pero eran etapas en la subordinación de la superficie del planeta a las necesidades de una sociedad industrial. La primera etapa era la comercialización del suelo, movilizándolo la recaudación feudal de la tierra. La segunda era la elevación de la producción de alimentos y materias primas orgánicas para que sirvieran a las necesidades de una población industrial rápidamente creciente a escala nacional. La tercera era la extensión de tal sistema de producción excedente a los territorios extranjeros y coloniales. Con este último paso, la tierra y sus productos encajaban finalmente en el esquema de un mercado mundial autorregulado.

La comercialización del suelo era sólo otro nombre para la liquidación del feudalismo, iniciada en los centros urbanos occidentales, al igual que en Inglaterra, en el siglo XIV y concluida unos 500 años más tarde en el curso de las revoluciones europeas, cuando se abolieron los vestigios del aldeanismo. La separación del hombre y el suelo significaba la disolución del organismo económico en sus elementos, de modo que cada elemento pudiera encajar en la parte del sistema donde fuese más útil. El nuevo sistema se estableció primero al lado del antiguo, el que trataba de asimilar y absorber, controlando el suelo que todavía se encontraba atado por lazos precapitalistas. Se abolió el secuestro feudal de la tierra. "Se buscaba la eliminación de todas las reclamaciones de las organizaciones de vecindad o parentesco, especialmente las de los aristócratas y las de la Iglesia, reclamaciones que exceptuaban a la tierra del comercio o la hipoteca."<sup>1</sup> Algo de esto se logró

<sup>1</sup> Brinkmann, C., "Das soziale System des Kapitalismus", en *Grundriss der Sozialökonomik*, 1924.



mediante la fuerza y la violencia individuales, algo mediante la revolución desde arriba o desde abajo, algo mediante la guerra y la conquista, algo mediante la acción legislativa, algo mediante la presión administrativa, algo mediante la acción a pequeña escala de personas privadas durante largos periodos de tiempo. El hecho de que la dislocación sanara rápidamente o provocara una herida abierta en el organismo social dependía primordialmente de las medidas tomadas para regular el proceso. Los propios gobiernos introdujeron poderosos factores de cambio y ajuste. La secularización de las tierras de la Iglesia, por ejemplo, fue uno de los fundamentos del Estado moderno hasta la época del *Risorgimento* italiano, e incidentalmente uno de los conductos principales para la transferencia ordenada de la tierra hacia las manos de individuos privados.

Los pasos más grandes fueron dados por la Revolución francesa y las reformas benthamistas de los decenios de 1830 y 1840. "Existe la condición más favorable para la prosperidad de la agricultura", escribió Bentham, "cuando no hay heredades, ni dotaciones inalienables, ni tierras comunales, ni derecho de redención, ni diezmos..." Tal libertad para manejar la propiedad, y en particular la propiedad de la tierra, formaba parte esencial de la concepción benthamiana de la libertad individual. La extensión de esta libertad en una forma u otra era el objetivo y el efecto de una legislación como la de las Actas de prescripciones, el Acta de herencia, el Acta de multas y recuperaciones, el Acta de la propiedad real, el Acta general de cercamientos de 1801 y sus sucesoras,<sup>2</sup> así como las Actas de inquilinato desde 1841 hasta 1926. En Francia y gran parte del continente, el Código napoleónico instituyó las formas de propiedad de la clase media, haciendo de la tierra un bien comerciable y de la hipoteca un contrato civil privado.

El segundo paso, que se traslapaba con el primero, fue la subordinación de la tierra a las necesidades de una población urbana en rápida expansión. Aunque el suelo no puede movilizarse físicamente, su producto sí se puede movilizar de ese modo, si lo permiten los medios de transporte y la ley. "Así pues, la movilidad de los bienes compensa en alguna medida la ausencia de una movilidad interregional de los factores; o bien (lo que es realmente la misma cosa) el comercio mitiga las desventajas de la inadecuada distribución geográfica de las instalaciones productivas."<sup>3</sup> Tal noción era enteramente extraña para la perspectiva tradicional. "Ni entre los antiguos, ni a principios de la Edad Media —esto debe afirmarse enfáticamente— se com-

<sup>2</sup> Dicey, A. V., *op. cit.*, p. 226.

<sup>3</sup> Ohlin, B., *Interregional and International Trade*, 1935, p. 42.

praban y vendían regularmente los bienes de la vida diaria."<sup>4</sup> Se suponía que los excedentes de granos proveyeran a la vecindad, en particular al pueblo local; hasta el siglo xv, los mercados de granos tenían una organización estrictamente local. Pero el crecimiento de las ciudades indujo a los terratenientes a producir primordialmente para la venta al mercado y —en Inglaterra— el crecimiento de las metrópolis obligaba a las autoridades a aflojar las restricciones impuestas al comercio de granos y permitía que este comercio se volviera regional, aunque nunca nacional.

Eventualmente, la aglomeración de la población en las ciudades industriales de la segunda mitad del siglo xviii cambió la situación por completo, primero a escala nacional y luego a escala mundial.

La realización de este cambio era el verdadero significado del libre comercio. La movilización del producto de la tierra se extendió desde el campo vecino hasta las regiones tropicales y subtropicales: se aplicó al planeta la división industrial-agrícola del trabajo. En consecuencia, gentes de zonas distantes se vieron atraídas al vórtice del cambio cuyos orígenes no entendían, mientras que las naciones europeas se hacían dependientes, para sus actividades diarias, de una integración todavía no asegurada de la vida de la humanidad. Con el libre comercio surgieron los azares nuevos y tremendos de la interdependencia planetaria.

El alcance de la defensa social contra la dislocación total era tan grande como el frente de ataque. Aunque el derecho común y la legislación en ocasiones aceleraban el cambio, también lo frenaban a veces. Pero el derecho común y la ley estatutaria no actuaban necesariamente en la misma dirección en todo momento dado.

En el advenimiento del mercado de mano de obra, el derecho común desempeñó principalmente un papel positivo: la teoría del trabajo como mercancía fue enunciada en primer término, de manera enfática, por los abogados antes que por los economistas. También en lo referente a las asociaciones de trabajadores y el derecho de la conspiración, el derecho común favorecía a un mercado de mano de obra libre, aunque esto significaba la restricción de la libertad de asociación de los trabajadores organizados.

Pero en lo referente a la tierra, el derecho común cambió su papel de promotor a opositor del cambio. Durante los siglos xvi y xvii, el derecho común

<sup>4</sup> Bücher, K., *Entstehung der Volkswirtschaft*, 1904. Véase también Penrose, E. F., *Population Theories and Their Application*, 1934, quien cita a Longfield, 1834, como quien mencionara por primera vez la idea de que los movimientos de las mercancías podrían considerarse como sustitutos de los movimientos de los factores de la producción.



insistía a menudo en el derecho del propietario a mejorar su tierra provechosamente, aunque esto involucrara graves dislocaciones en las habitaciones y el empleo. En el continente, este proceso de movilización involucraba, como sabemos, la recepción del derecho romano, mientras que en Inglaterra se mantenía el derecho común y lograba salvar la brecha existente entre los restringidos derechos de propiedad medievales y la propiedad individual moderna sin sacrificar el principio del derecho generado por los jueces, vital para la libertad constitucional. Desde el siglo XVIII, por otra parte, el derecho común de la tierra actuaba como un conservador del pasado frente a la legislación modernizante. Pero eventualmente ganaron los benthamistas, y la libertad de contratación se extendió a la tierra entre 1830 y 1860. Esta tendencia poderosa se revirtió sólo en el decenio de 1870, cuando la legislación alteró su curso radicalmente. Se había iniciado el periodo "colectivista".

La inercia del derecho común se agudizó deliberadamente por obra de estatutos expresamente promulgados para proteger las habitaciones y ocupaciones de las clases rurales contra los efectos de la libertad de contratación. Se emprendió un esfuerzo comprensivo para asegurar cierto grado de salud y salubridad en la vivienda de los pobres, proveyéndolos de asignaciones, dándoles una oportunidad para escapar de los tugurios y de respirar el aire fresco de la naturaleza, el "parque de los caballeros". Los miserables inquilinos irlandeses y los habitantes de los tugurios londinenses se vieron rescatados de las garras de las leyes del mercado por actos legislativos destinados a proteger sus habitaciones contra ese destructor inexorable: el mejoramiento. En el continente, eran principalmente la ley estatutaria y la acción administrativa las que salvaban al inquilino, al campesino, al jornalero agrícola, de los efectos más violentos de la urbanización. Los conservadores prusianos tales como Rodbertus, cuyo socialismo *junker* influyó en Marx, eran hermanos de sangre de los demócratas torios de Inglaterra.

Poco tiempo después surgía el problema de la protección en lo referente a las poblaciones agrícolas de países y continentes enteros. Si no se frena al libre comercio internacional, éste eliminará inevitablemente organismos compactos de productores agrícolas cada vez más grandes.<sup>5</sup> Este proceso de destrucción inevitable se agravaba en gran medida por la discontinuidad inherente del desarrollo de medios de transporte modernos, cuya extensión a nuevas regiones del planeta resulta demasiado cara, a menos que pueda aspirarse a un premio elevado. Cuando fructificaron las grandes inversiones

involucradas en la construcción de barcos y ferrocarriles, se abrieron continentes enteros y una avalancha de granos cayó sobre la desdichada Europa. Esto contrariaba el pronóstico clásico. Ricardo había expresado como un axioma que la tierra más fértil es la primera en ser colonizada. Esto fue ridiculizado de manera espectacular cuando los ferrocarriles encontraron tierras más fértiles en las antípodas. Afrontando la destrucción total de su sociedad rural, Europa central se vio obligada a proteger a sus campesinos mediante la introducción de leyes de granos.

Pero si los estados organizados de Europa pudieron protegerse contra la estela del libre comercio internacional, los pueblos coloniales políticamente desorganizados no pudieron hacerlo. La revuelta contra el imperialismo fue principalmente un esfuerzo de pueblos exóticos por alcanzar la posición política necesaria para protegerse de las dislocaciones sociales provocadas por las políticas comerciales europeas. La protección que el hombre blanco podía procurarse fácilmente, a través de la posición soberana de sus comunidades, estaba fuera del alcance del hombre de color mientras careciera de un gobierno político.

Las clases mercantiles patrocinaron la demanda de movilización de la tierra. Cobden sorprendió a los terratenientes de Inglaterra con su descubrimiento de que la agricultura era "negocio" y que quienes quebraran deberían abandonar la actividad. Las clases trabajadoras se manifestaron a favor del libre comercio en cuanto se hizo evidente que abarataba los alimentos. Los sindicatos se convirtieron en los bastiones del antiagrarismo, y el socialismo revolucionario calificó a los campesinos del mundo como una masa indiscriminada de reaccionarios. La división internacional del trabajo era indudablemente un credo progresista; y sus oponentes se reclutaban a menudo entre aquellos cuyo juicio estaba viciado por los intereses creados o por la falta de inteligencia natural. Las pocas mentes independientes y desinteresadas que descubrieron las falacias del libre comercio irrestricto eran demasiado escasas para causar alguna impresión.

Pero sus consecuencias no eran menos reales por el hecho de que no se reconocieran conscientemente. En efecto, la gran influencia de los intereses terratenientes en Europa occidental, y la sobrevivencia de las formas de vida feudales en Europa central y oriental durante el siglo XIX, se explican fácilmente por la vital función protectora de estas fuerzas en el retardamiento de la movilización de la tierra. A menudo se planteaba este interrogante: ¿qué permitía que la aristocracia feudal del continente mantuviera su control en el estado de clase media, una vez que había perdido las funciones

<sup>5</sup> Borkenau, F., *The Totalitarian Enemy*, 1939, capítulo "Towards Collectivism".



militares, judiciales y administrativas a las que debía su ascenso? La teoría de las "sobrevivencias" se aducía a veces como una explicación según la cual las instituciones o los rasgos sin función podrían continuar existiendo en virtud de la inercia. Pero sería preferible afirmar que ninguna institución sobrevive jamás a su función: cuando parece hacerlo, ello ocurre porque sirve a alguna otra función, u otras funciones, *que no incluyen necesariamente a la original*. Por ejemplo, el feudalismo y el conservadurismo terrateniente conservaron su vigor mientras sirvieron a un propósito que resultó ser el de la restricción de los desastrosos efectos de la movilización de la tierra. Para este momento, los partidarios del libre comercio habían olvidado que la tierra formaba parte del territorio del país, y que el carácter territorial de la soberanía no era sólo un resultado de asociaciones sentimentales, sino de hechos masivos, incluidos los económicos.

En contraste con los pueblos nómadas, el cultivador realiza mejoramientos *fijos en un lugar particular*. Sin tales mejoramientos, la vida humana debe seguir siendo elemental, y poco alejada de la de los animales. ¡Y cuán grande ha sido el papel de estas construcciones en la historia humana! Y son ellas, las tierras desmontadas y cultivadas, las casas y los otros edificios, los medios de comunicación, la variada planta necesaria para la producción, incluida la industria y la minería, todas las mejoras permanentes e inamovibles que atan a la comunidad humana a la localidad donde se encuentra. Tales mejoras no pueden improvisarse sino que deben construirse gradualmente por generaciones de paciente esfuerzo, y la comunidad no puede sacrificarlas y empezar de nuevo en otra parte. Así se explica el carácter *territorial* de la soberanía que impregna nuestras concepciones políticas.<sup>6</sup>

Durante un siglo se ridiculizaron estas verdades obvias.

El argumento económico podría expandirse fácilmente para incluir las condiciones de la seguridad y la tranquilidad adheridas a la integridad del suelo y sus recursos, tales como el vigor y el dinamismo de la población, la abundancia de los abastos alimenticios, la cantidad y el carácter de los materiales de defensa, incluso el clima del país que podría padecer por la deforestación, las erosiones y las polvaredas, todo lo cual depende en última instancia del factor tierra, pero nada de lo cual responde al mecanismo de la oferta y la demanda del mercado. Dado un sistema enteramente dependiente de las funciones del mercado para la salvaguardia de sus necesidades existenciales, la confianza se depositará naturalmente en las fuerzas de fuera del

<sup>6</sup> Hawtrey, R. G., *The Economic Problem*, 1933.

mercado que son capaces de asegurar los intereses comunes puestos en peligro por ese sistema. Tal concepción está de acuerdo con nuestra apreciación de las verdaderas fuentes de la influencia clasista: en lugar de tratar de explicar los desarrollos contrarios a la tendencia general de la época por la influencia (inexplicada) de las clases reaccionarias, preferimos explicar la influencia de tales clases por el hecho de que, así sea incidentalmente, representan desarrollos sólo en apariencia contrarios al interés general de la comunidad. El hecho de que sus propios intereses sean a menudo bien servidos por tal política ofrece sólo otra ilustración de la verdad de que las clases se las arreglan para beneficiarse desproporcionadamente de los servicios que pueden prestar a la comunidad.

Speenhamland constituyó un ejemplo de esta situación. El terrateniente que gobernaba la aldea encontró un procedimiento para frenar el alza de los salarios rurales y la amenazante dislocación de la estructura tradicional de la vida aldeana. A largo plazo, el método escogido no podría dejar de tener los resultados más nocivos. Pero los terratenientes no habrían sido capaces de mantener sus prácticas si al hacerlo así no hubiesen ayudado al país en conjunto a echar las bases de la Revolución industrial.

De nuevo, el proteccionismo agrario era una necesidad en el continente europeo. Pero las fuerzas intelectuales más activas de la época estaban ocupadas en una aventura que desplazaba el ángulo de su visión para ocultarles la verdadera significación del problema agrario. Bajo tales circunstancias, un grupo que pudiera representar los intereses rurales amenazados podría ganar una influencia desproporcionada a su número. La contracorriente proteccionista logró estabilizar efectivamente al campo europeo y debilitar el éxodo hacia las ciudades, que era el azote de la época. La reacción se benefició con la función socialmente útil que realizaba. La función idéntica que permitió a las clases reaccionarias de Europa jugar con los sentimientos tradicionales en su lucha por los aranceles agrícolas fue responsable en los Estados Unidos, cerca de medio siglo después, del éxito de la TVA y otras técnicas sociales progresistas. Las mismas necesidades de la sociedad que beneficiaron a la democracia en el Nuevo mundo fortalecieron la influencia de la aristocracia en el Viejo mundo.

La oposición a la movilización de la tierra fue el trasfondo sociológico de la lucha entablada entre el liberalismo y la reacción que forjó la historia política de Europa continental en el siglo XIX. En esta lucha, los militares y el alto clero eran aliados de las clases terratenientes, las que habían perdido casi por completo sus funciones más inmediatas en la sociedad. Estas clases



estaban ahora disponibles para cualquier solución reaccionaria al *impasse* al que amenazaban conducir la economía de mercado y su corolario, el gobierno constitucional, ya que no estaban limitadas por la tradición y la ideología a las libertades públicas y el gobierno parlamentario.

En resumen, el liberalismo económico estaba ligado al estado liberal, mientras que los intereses terratenientes no lo estaban: ésta fue la fuente de su significación política permanente en el continente, la que produjo las contracorrientes de la política prusiana bajo Bismarck, alimentó la *revanche* clerical y militarista en Francia, aseguró una influencia en la corte para la aristocracia feudal en el Imperio Habsburgo, hizo de la Iglesia y el ejército los guardianes de tronos vacilantes. Puesto que la conexión superó a las dos generaciones críticas establecidas alguna vez por John Maynard Keynes como la alternativa práctica para la eternidad, ahora se acreditaba a la tierra y la propiedad terrateniente una inclinación congénita hacia la reacción. Inglaterra del siglo XVIII, con sus partidarios del libre comercio y sus pioneros agrarios toris, estaba tan olvidada como los cercadores Tudor y sus métodos revolucionarios para ganar dinero con la tierra; los terratenientes fisiócratas de Francia y Alemania, con su entusiasmo por el libre comercio, habían sido borrados de la mente pública por el prejuicio moderno del atraso eterno del campo. Herbert Spencer, para quien una sola generación era una muestra bastante de la eternidad, simplemente identificaba al militarismo con la reacción. La adaptabilidad social y tecnológica exhibida recientemente por los japoneses, los rusos o el ejército nazi, habría sido inconcebible para él.

Tales ideas estaban estrechamente conectadas al tiempo. Los estupendos logros industriales de la economía de mercado se habían obtenido al precio de grandes daños para la sustancia de la sociedad. Las clases feudales encontraron allí una ocasión para recuperar algo de su prestigio perdido convirtiéndose en defensores de las virtudes de la tierra y sus cultivadores. En el romanticismo literario, la naturaleza había hecho su alianza con el pasado; en el movimiento agrario del siglo XIX, el feudalismo estaba tratando con éxito de recuperar su pasado presentándose como el guardián del hábitat natural del hombre: el suelo. Si el peligro no hubiese sido genuino, la estrategia no podría haber funcionado.

Pero el ejército y la Iglesia ganaron prestigio también al estar disponibles para la "defensa de la ley y el orden", que ahora se volvían muy vulnerables, mientras que la clase media gobernante no estaba capacitada para satisfacer este requerimiento de la nueva economía. El sistema de mercado era

más alérgico a los tumultos que cualquier otro de los sistemas económicos que conocemos. Los gobiernos tudor recurrieron a los tumultos para llamar la atención sobre quejas locales; unos cuantos líderes de los disturbios podrían ser colgados, pero fuera de eso no había daño. El ascenso del mercado financiero significaba un rompimiento completo con tal actitud; después de 1797, el tumulto cesa de ser un aspecto popular de la vida londinense, mientras que su lugar es tomado gradualmente por las reuniones en que, por lo menos en principio, se cuentan las manos que de otro modo estarían tirando golpes.<sup>7</sup> El rey prusiano que proclamó que el mantenimiento de la paz era el más importante de los deberes de los súbditos, se hizo famoso por esta paradoja; pero muy pronto era ya un lugar común. En el siglo XIX, los rompimientos de la paz cometidos por multitudes armadas se consideraban como una rebelión incipiente y un peligro grave para el Estado; las bolsas de valores se derrumbaban y los precios se hundían sin límite. Un tiroteo en las calles de las metrópolis podría destruir una parte sustancial del capital nacional nominal. Sin embargo, las clases medias se oponían a la disciplina militar; la democracia popular se enorgullecía de haber hecho hablar a las masas; y la burguesía del continente se aferraba todavía a los recuerdos de su juventud revolucionaria cuando había afrontado a una aristocracia tiránica en las barricadas. Eventualmente se reconoció al campesinado, el estrato menos contaminado por el virus liberal, como el único que defendería físicamente "la ley y el orden". Se entendía que una de las funciones de la reacción era el mantenimiento de las clases trabajadoras en su lugar, de modo que los mercados no conocieran el pánico. Aunque este servicio se requería con muy escasa frecuencia, la disponibilidad del campesinado como defensor de los derechos de la propiedad era un activo para el campo agrario.

La historia del decenio de 1920 sería inexplicable de otro modo. Cuando se rompió la estructura social de Europa central, bajo la tensión de la guerra y la derrota, sólo la clase trabajadora estaba disponible para la tarea de mantener en marcha al sistema. En todas partes se entregó el poder a los sindicatos y los partidos socialdemócratas: Austria, Hungría, incluso Alemania, se declararon repúblicas a pesar de que jamás había existido en estos países un partido republicano activo. Pero apenas había pasado el peligro grave de disolución y los servicios de los sindicatos se habían vuelto super-

<sup>7</sup> Trevelyan, G. M., *History of England*, 1926, p. 533. "Bajo Walpole, Inglaterra era todavía una aristocracia atemperada por los tumultos." La canción "de tesoro" de Hannah More, "The Riot", se escribió "en el 95, un año de escasez y alarma": era el año de Speenhamland. Véase *The Repository Tracts*, vol. 1, Nueva York, 1835, y también *The Library*, 1940, cuarta serie, vol. XX, p. 295, sobre "Cheap Repository Tracts (1795-1798)".



fluos, cuando las clases medias estaban tratando de excluir a las clases trabajadoras de toda influencia sobre la vida pública. Esto se conoce como la fase contrarrevolucionaria de la posguerra. En realidad, no hubo jamás ningún peligro serio de un régimen comunista, ya que los trabajadores estaban organizados en partidos y sindicatos activamente hostiles a los comunistas. (En Hungría se impuso literalmente al país un episodio bolchevique cuando la defensa contra la invasión francesa no dejaba más alternativa a la nación.) El peligro no era el bolchevismo sino el abandono de las reglas de la economía de mercado por parte de los sindicatos y los partidos obreros, en una emergencia. Bajo una economía de mercado, las interrupciones del orden público y los hábitos de comercio que de otro modo serían inocuos podrían constituir una amenaza letal,<sup>8</sup> ya que podrían causar el derrumbe del régimen del que dependía la sociedad para su subsistencia diaria. Esto explicaba el notable cambio ocurrido en algunos países, de una dictadura de los trabajadores industriales, supuestamente inminente, a la dictadura efectiva del campesinado. A lo largo de los años veinte, el campesinado determinó la política económica en varios estados en los que normalmente desempeñaba un papel apenas modesto. Ahora resultaba ser la única clase disponible para el mantenimiento de la ley y el orden en el elevado sentido moderno de este término.

El feroz agrarismo de Europa de la posguerra iluminaba oblicuamente el tratamiento preferente acordado a la clase campesina por razones políticas. Desde el movimiento Lappo en Finlandia hasta el *Heimwehr* austriaco, los campesinos se convirtieron en los campeones de la economía de mercado; esto los hacía políticamente indispensables. La escasez de alimentos en los primeros años de la posguerra, a la que se acreditaba a veces su ascenso, tenía poco que ver con esto. Austria, por ejemplo, a fin de beneficiar financieramente a los campesinos, debió rebajar sus normas alimenticias manteniendo aranceles para los granos, a pesar de que dependía en gran medida de las importaciones para satisfacer sus requerimientos de alimentos. Pero el interés campesino debía ser salvaguardado a toda costa, aunque el proteccionismo agrario podría significar la miseria para los habitantes urbanos y un costo de producción demasiado elevado para las industrias exportadoras. En esta forma, la clase campesina, que antes no ejercía ninguna influencia, ganó un ascendiente enteramente desproporcionado a su importancia

<sup>8</sup> Hayes, C., *A Generation of Materialism, 1870-1890*, observa que "la mayoría de los estados individuales, por lo menos en Europa occidental y central, poseía ahora una estabilidad interna aparentemente superlativa".

económica. El temor al bolchevismo era la fuerza que volvía inexpugnable su posición política. Pero ese temor, como hemos visto, no era el temor de una dictadura de la clase trabajadora —nada lejanamente similar estaba en el horizonte— sino el de una parálisis de la economía de mercado, a menos que se eliminaran del escenario político todas las fuerzas que, bajo presión, pudieran dejar de lado las reglas del juego de mercado. Mientras que los campesinos fuesen la única clase capaz de eliminar estas fuerzas, su prestigio se mantenía elevado y ellos podían mantener como rehenes a la clase media urbana. En cuanto la consolidación del poder del Estado y —antes aún— la formación de la clase media baja urbana en tropas de asalto por parte de los fascistas, liberaron a la burguesía de su dependencia del campesinado, se derrumbó rápidamente el prestigio de este último. Una vez neutralizado o vencido el "enemigo interno" en la ciudad y en la fábrica, el campesinado quedó relegado a su modesta posición anterior en la sociedad industrial.

La influencia de los grandes terratenientes no compartió este eclipse. Un factor más constante operaba a su favor: la creciente importancia militar de la autosuficiencia agrícola. La Gran guerra había puesto los hechos estratégicos básicos a la vista del público, y la confianza ciega en el mercado mundial cedió su lugar a una acumulación de la capacidad de producción de alimentos que llegaba al pánico. La "reagrarización" de Europa central, iniciada por el temor a los bolcheviques, se completó con el signo de la autarquía. Además del argumento del "enemigo interno", había ahora el argumento del "enemigo externo". Como siempre, los economistas liberales vieron apenas una aberración romántica inducida por doctrinas económicas insensatas, cuando en realidad los eventos políticos trascendentes estaban alertando hasta las mentes más simples de la irrelevancia de las consideraciones económicas frente a la inminente disolución del sistema internacional. Ginebra continuó sus inútiles esfuerzos por convencer a la gente de que estaba atesorando contra peligros imaginarios, y que si todos actuaran al unísono podría restablecerse el libre comercio y beneficiarse todos. En la atmósfera curiosamente crédula de la época, muchos dieron por sentado que la solución del problema económico (cualquiera que fuese su significado) no sólo disiparía la amenaza de la guerra sino que en efecto la eliminaría para siempre. Una paz de 100 años había creado una barrera insuperable de ilusiones que ocultaba los hechos. Los escritores de ese periodo destacaron por su falta de realismo. El Estado nacional fue considerado como un prejuicio parroquial por A. J. Toynbee, la soberanía como una ilusión ridícula por



Ludwig von Mises, la guerra un cálculo comercial errado por Norman Angell. La conciencia de la naturaleza esencial de los problemas de la política bajó a un nivel sin precedente.

El libre comercio, que en 1846 había luchado y triunfado contra las Leyes de granos, luchó de nuevo 80 años más tarde y esta vez perdió sobre el mismo punto. El problema de la autarquía perseguía a la economía de mercado desde el principio. En consecuencia, los liberales económicos exorcizaron el espectro de la guerra e ingenuamente basaron su argumentación en el supuesto de una economía de mercado indestructible. No se advirtió que sus argumentos solamente demostraban cuán grande era el peligro para un pueblo que dependía para su seguridad de una institución tan frágil como el mercado autorregulado. El movimiento de autarquía de los años veinte era esencialmente profético: apuntaba a la necesidad de un ajuste ante el desvanecimiento de un orden. La Gran guerra había mostrado el peligro y los hombres habían actuado en consecuencia; pero dado que ahora actuaban 10 años después, la conexión existente entre la causa y el efecto se había descartado como poco razonable. "¿Para qué protegernos contra peligros pasados?" era el comentario de muchos contemporáneos. Esta lógica deficiente impedía no solamente un entendimiento de la autarquía, sino también, lo que era aún más importante, el del fascismo. En efecto, ambos fenómenos se explicaban por el hecho de que, una vez que la mente común ha recibido la impresión de un peligro, el temor permanece latente en su interior, mientras no se destruyan sus causas.

Nosotros sostenemos que las naciones de Europa no superaron jamás el choque de la experiencia de la guerra que inesperadamente les planteara los peligros de la interdependencia. En vano se reanudó el comercio, en vano mostraron innumerables conferencias internacionales los idilios de la paz, y docenas de gobiernos se declararon en favor del principio de la libertad de comercio: ningún pueblo podría olvidar que si no posee sus propias fuentes de alimentos y de materias primas o está seguro de llegar a ellas por medios militares, ni la moneda sana ni el crédito sólido lo rescatará de la indefensión. Nada podría ser más lógico que la consistencia con la que esta consideración fundamental forjó las políticas de las comunidades. No se había eliminado la fuente del peligro. ¿Por qué esperar entonces que se desvaneciera el temor?

Una falacia similar afectaba a los críticos del fascismo —que formaban la gran mayoría— que lo describían como un capricho privado de toda *ratio* política. Se decía que Mussolini pretendía haber alejado el bolchevismo de

Italia, mientras que las estadísticas probaban que la oleada de las huelgas se había desvanecido más de un año antes de la marcha a Roma. Se aceptaba que los trabajadores armados hubieran ocupado las fábricas en 1921. ¿Pero era esa una razón para desarmarlos en 1923, cuando hacía mucho tiempo que se habían bajado de los muros donde habían montado guardia? Hitler pretendía haber salvado a Alemania del bolchevismo. ¿Pero no se podía demostrar acaso que la oleada de desempleo que precedió a su ascenso al poder se había disipado para ese momento? La pretensión de que Hitler evitó lo que ya no existía a su llegada, como se sostenía, era contraria a la ley de causa y efecto, la que debe privar también en la política.

En realidad, en Alemania tanto como en Italia, la historia del inicio de la posguerra probaba que el bolchevismo no tenía la menor probabilidad de triunfar. Pero también probaba concluyentemente que, en una emergencia, la clase trabajadora, sus sindicatos y partidos, podrían pasar por alto las reglas del mercado que establecían la libertad de contratación y la santidad de la propiedad privada como absolutos: una posibilidad que debe tener los efectos más perniciosos sobre la sociedad, desalentando las inversiones, impidiendo la acumulación de capital, manteniendo los salarios a un nivel poco remunerativo, poniendo en peligro a la moneda, minando el crédito exterior, debilitando la confianza y paralizando el espíritu de empresa. No el peligro ilusorio de una revolución comunista, sino el hecho innegable de que las clases trabajadoras se encontraban en posibilidad de imponer intervenciones posiblemente ruinosas, era la fuente del temor latente que, en una coyuntura crucial, surgió en el pánico fascista.

Los peligros para el hombre y para la naturaleza no pueden separarse nítidamente. Las reacciones de la clase trabajadora y del campesinado ante la economía de mercado condujeron al proteccionismo, la primera principalmente bajo la forma de una legislación social y de leyes fabriles; la segunda en los aranceles agrarios y las leyes aplicables a la tierra. Pero había esta diferencia importante: en una emergencia, los agricultores y los campesinos de Europa defendían al sistema de mercado, al que ponían en peligro las políticas de la clase trabajadora. Mientras que la crisis del sistema inherentemente inestable se generaba por la acción de las dos alas del movimiento proteccionista, los estratos sociales conectados con la tierra se inclinaban a transar con el sistema de mercado, mientras que la amplia clase laboral no temía romper sus reglas y desafiarlo francamente.



## XVI. EL MERCADO Y LA ORGANIZACIÓN PRODUCTIVA

LA PROPIA EMPRESA CAPITALISTA debía ser protegida contra la operación irrestricta del mecanismo del mercado. Esto debiera despejar la sospecha que los propios términos de "hombre" y "naturaleza" despiertan a veces en mentes refinadas, quienes tienden a denunciar toda mención de la protección de la mano de obra y de la tierra como el producto de ideas anticuadas, si no es que como un mero camuflaje de los intereses creados.

En realidad, en el caso de la empresa productiva como en el del hombre y la naturaleza, el peligro era real y objetivo. La necesidad de protección surgía de la forma en que estaba organizada la oferta de dinero en un sistema de mercado. La moderna banca central era en realidad esencialmente un instrumento desarrollado para ofrecer una protección sin la cual el mercado habría destruido a sus propios hijos, las empresas comerciales de todas clases. Eventualmente, sin embargo, fue esta forma de la protección lo que contribuyó de manera más inmediata a la caída del sistema internacional.

Mientras que son bastante obvios los peligros que acechan a la tierra y a los trabajadores como resultado del torbellino del mercado, no se aprecian tan fácilmente los peligros inherentes en el sistema monetario para las empresas. Pero si los beneficios dependen de los precios, los arreglos monetarios de los que dependen los precios deben ser vitales para el funcionamiento de todo sistema motivado por los beneficios. A largo plazo, los cambios ocurridos en los precios de venta no afectarán necesariamente a los beneficios, ya que los costos subirán y bajarán correspondientemente, pero esto no ocurre a corto plazo, ya que debe transcurrir cierto tiempo antes de que cambien los precios contractualmente fijados. Entre ellos se encuentra el precio de la mano de obra que, junto con muchos otros precios, estaría naturalmente fijado por contrato. Por lo tanto, si el nivel de los precios estuviera bajando por razones monetarias durante un periodo considerable, las empresas se verían en peligro de una liquidación acompañada de la disolución de la organización productiva y la destrucción masiva del capital. No son los precios bajos, sino los precios a la baja, el problema. Hume se convirtió en el fundador de la teoría cuantitativa del dinero con su descubrimiento

de que las empresas no se ven afectadas si la cantidad de dinero se reduce a la mitad, ya que los precios se ajustarán simplemente a la mitad de su nivel anterior. Se le olvidó que las empresas podrían ser destruidas en el proceso.

Esta es la razón fácilmente entendible de que un sistema de dinero-mercancía, como el que tiende a producir el mecanismo del mercado sin interferencia externa, sea incompatible con la producción industrial. El dinero-mercancía es simplemente una mercancía que funciona como dinero, de modo que su cantidad no puede aumentarse en principio, excepto disminuyendo la cantidad de las mercancías que no funcionan como dinero. En la práctica, el dinero-mercancía es de ordinario el oro o la plata, cuya cantidad puede incrementarse, pero no mucho, en breve tiempo. Pero la expansión de la producción y el comercio que no va acompañada de un aumento de la cantidad de dinero debe provocar una baja en el nivel de los precios: precisamente el tipo de deflación ruinosa que tenemos en mente. La escasez de dinero era una queja grave y permanente entre las comunidades mercantiles del siglo XVII. El dinero simbólico se desarrolló en fecha temprana para proteger al comercio contra las deflaciones forzadas que acompañaban al uso de metales preciosos cuando aumentaba el volumen de los negocios. No era posible ninguna economía de mercado sin el medio de tal dinero artificial.

La verdadera dificultad surgió de la necesidad de divisas estables y la introducción consiguiente del patrón oro, por la época de las guerras napoleónicas. Las divisas estables se hicieron esenciales para la existencia misma de la economía inglesa; Londres se había convertido en el centro financiero de un creciente comercio mundial. Pero sólo el dinero-mercancía podía servir para este fin por la razón obvia de que el dinero simbólico, ya fuese bancario o personal, no podría circular en suelo extranjero. Fue por ello que el patrón oro —el nombre aceptado para un sistema de dinero-mercancía internacional— apareció en la escena.

Pero para los fines internos, como sabemos, los metales preciosos son inadecuados como dinero precisamente porque son una mercancía y su cantidad no puede incrementarse a voluntad. La cantidad de oro disponible podría incrementarse en unos cuantos puntos de porcentaje durante un año, pero no en muchas docenas en el curso de pocas semanas, como podría requerirse para afrontar una expansión repentina de las transacciones. En ausencia del dinero simbólico, los negocios tendrían que reducirse o realizarse a precios mucho más bajos, lo que induciría una depresión y crearía desempleo.

En su forma más simple, el problema era éste: el dinero-mercancía era



vital para la existencia del comercio exterior; el dinero simbólico, para la existencia del comercio interior. ¿Hasta dónde convenían entre sí?

Bajo las condiciones del siglo XIX, el comercio exterior y el patrón oro tenían una prioridad indisputada sobre las necesidades del comercio interior. El funcionamiento del patrón oro requería la reducción de los precios internos siempre que el intercambio se veía amenazado por la depreciación. Dado que la deflación ocurre mediante las restricciones crediticias, se sigue que la operación del dinero-mercancía interfería con la operación del sistema crediticio. Éste era un peligro permanente para las empresas. Pero no podía ni pensarse en descartar por completo el dinero simbólico y restringir el circulante al dinero-mercancía, ya que tal remedio habría sido peor que la enfermedad.

La banca central mitigaba este defecto del dinero crediticio en gran medida. Centralizando la oferta de crédito en un país, podía evitarse la dislocación total de la actividad económica y del empleo involucrada en la deflación, y organizarse la deflación de tal manera que se absorbiera el choque y se repartiera su carga por todo el país. En su funcionamiento normal, el banco estaba amortiguando los efectos inmediatos de las salidas de oro sobre la circulación de billetes, y de la disminución de la circulación de billetes sobre la actividad económica.

El banco podría usar varios métodos. Los préstamos a corto plazo podrían salvar la brecha causada por las pérdidas de oro a corto plazo, y evitar por completo la necesidad de las restricciones crediticias. Pero aunque las restricciones del crédito fuesen inevitables, como ocurría a menudo, la acción del banco tenía un efecto amortiguador: la elevación de la tasa bancaria, al igual que las operaciones de mercado abierto, difundían los efectos de las restricciones por toda la comunidad, mientras desplazaban la carga de las restricciones a los hombros más fuertes.

Examinemos el caso crucial de la transferencia de pagos unilaterales de un país a otro, como la que podría causar un cambio de la demanda, de los tipos de alimentos nacionales a los extranjeros. El oro que ahora debe enviarse al exterior en pago de los alimentos importados se usaría de otro modo para hacer pagos dentro del país, y su ausencia debe provocar una reducción de las ventas internas y una baja consiguiente de los precios. Diremos que este tipo de deflación es "transaccional", ya que se difunde de una empresa individual a otra de acuerdo con sus fortuitas relaciones comerciales. Eventualmente, la difusión de la deflación alcanzará a las empresas exportadoras y así logrará el excedente de exportación que representa la transferencia

"real". Pero el daño causado a la comunidad en general será mucho mayor que el estrictamente necesario para alcanzar tal excedente de exportación. Porque siempre habrá empresas que estén a punto de exportar, las que sólo necesiten el estímulo de una reducción ligera de los costos para "brincar la barrera", y tal reducción puede lograrse a muy bajo costo repartiendo parejamente la deflación entre toda la comunidad empresarial.

Ésta era precisamente una de las funciones del banco central. La presión general de su política de descuento y de mercado abierto hacía bajar los precios internos aproximadamente en la misma proporción, y permitía que las empresas "cercanas a la exportación" reanudaran o incrementaran sus exportaciones, mientras que sólo las empresas menos eficientes tendrían que ser liquidadas. La transferencia "real" se habría logrado así a costa de una dislocación mucho menor que la que se habría necesitado para lograr el mismo excedente de exportación por el método irracional de los choques aleatorios y a menudo catastróficos transmitidos por los canales estrechos de la "deflación transaccional".

El hecho de que, a pesar de estos instrumentos para la mitigación de los efectos de la deflación, el resultado fuese una y otra vez una desorganización completa de los negocios y en consecuencia un desempleo masivo, es la más poderosa de todas las críticas contra el patrón oro.

El caso del dinero exhibía una analogía muy real con el de la mano de obra y la tierra. La aplicación de la ficción de las mercancías a cada uno de estos elementos condujo a su inclusión efectiva en el sistema de mercado, al mismo tiempo que se fraguaban graves daños para la sociedad. Con el dinero, la amenaza era para la empresa productiva, cuya existencia se veía en peligro por cualquier baja del nivel de precios causada por el uso del dinero-mercancía. Aquí también debían tomarse medidas protectoras, de modo que el mecanismo autorregulado del mercado quedó fuera de acción.

La banca central redujo el automatismo del patrón oro a una mera pretensión. Ello significaba un circulante centralmente administrado; la manipulación sustituía al mecanismo autorregulado de provisión de crédito, aunque el dispositivo no era siempre deliberado y consciente. Cada día se reconocía más que el patrón oro internacional podría ser autorregulado sólo si los países singulares renunciaban a la banca central. El único defensor consistente del patrón oro puro que en efecto aconsejó este paso desesperado fue Ludwig von Mises; si se hubiese seguido su consejo, las economías nacionales se habrían convertido en un montón de ruinas.

La mayor parte de la confusión existente sobre la teoría monetaria se



debía a la separación de la política y la economía, esta característica destacada de la sociedad de mercado. Durante más de un siglo se consideró al dinero como una categoría puramente económica, una mercancía usada para el intercambio indirecto. Si el oro era la mercancía así preferida, se habría implantado un patrón oro. (El atributo de "internacional" en conexión con ese patrón carecía de sentido, ya que para el economista no existían las naciones; las transacciones no se realizaban entre naciones sino entre individuos cuya lealtad política era tan irrelevante como el color de su cabello.) Ricardo adoctrinó a la Inglaterra del siglo XIX con la convicción de que el término "dinero" significaba un medio de cambio, que los billetes bancarios eran una mera cuestión de conveniencia, consistiendo su utilidad en el hecho de que resultaba más fácil manejar tales billetes que el oro, pero que su valor derivaba de la certeza de que su posesión nos provee de los medios de posesión, en cualquier momento, de la mercancía misma: el oro. Se seguía de aquí que el carácter nacional de las monedas carecía de importancia, ya que sólo eran símbolos diferentes, representativos de la misma mercancía. Y si era poco juicioso que un gobierno hiciera algún esfuerzo para poseer oro (ya que la distribución de esa mercancía se regulaba por sí sola en el mercado mundial como cualquier otra), resultaba menos juicioso aún imaginar que la nacionalidad diferente de los símbolos tenía alguna relevancia para el bienestar y la prosperidad de los países involucrados.

La separación institucional de la esfera política y la esfera económica no había sido completa jamás, y era precisamente en la cuestión del circulante que resultaba necesariamente incompleta; el Estado, cuya casa de moneda parecía certificar simplemente el peso de las monedas, era en efecto el garante del valor del dinero simbólico, que aceptaba como pago de los impuestos y en otras formas. Este dinero *no* era un medio de cambio, sino un medio de pago; no era una mercancía, sino un poder de compra; lejos de tener utilidad en sí mismo, era sólo un objeto que incorporaba un derecho cuantificado a las cosas que podría comprar. Desde luego, una sociedad donde la distribución dependía de la posesión de tales símbolos del poder de compra era una construcción enteramente diferente de la economía de mercado.

Por supuesto, no estamos tratando aquí con imágenes de la realidad sino con patrones conceptuales usados para fines de la aclaración. No es posible ninguna economía de mercado separada de la esfera política; sin embargo, era ésa la construcción que se encontraba detrás de la economía clásica desde David Ricardo, aparte de la cual resultaban incomprensibles sus concep-

tos y supuestos. De acuerdo con esta construcción, la sociedad estaba integrada por individuos practicantes del trueque y poseedores de un conjunto de mercancías: bienes, tierra, mano de obra y sus combinaciones. El dinero era simplemente una de las mercancías que se daban en trueque con mayor frecuencia que otras, de modo que adquiríase para usarla en el intercambio. Tal "sociedad" podría ser irreal, pero contiene lo esencial de la construcción de la que partieron los economistas clásicos.

Una economía del poder de compra es una representación de la realidad menos completa aún.<sup>1</sup> Sin embargo, algunas de sus características se asemejan a nuestra sociedad real en medida mucho mayor que el paradigma de la economía de mercado. Tratemos de imaginar una "sociedad" en la que cada individuo está dotado de una cantidad definida de poder de compra, lo que le permite reclamar bienes que tienen cada uno un precio. En tal economía, el dinero no es una mercancía; no tiene ninguna utilidad en sí mismo; su único uso es la compra de bienes que tienen un precio, como ocurre ahora en nuestras tiendas.

Mientras que el teorema del dinero-mercancía era muy superior a su rival en el siglo XIX, cuando las instituciones se conformaban en muchos puntos esenciales al patrón de mercado, desde principios del siglo XX ganó terreno de continuo la concepción del poder de compra. Con la desintegración del patrón oro, prácticamente dejó de existir el dinero-mercancía, y era natural que lo sustituyera el concepto del dinero como poder de compra.

A fin de pasar de los mecanismos y los conceptos a las fuerzas sociales en juego, es importante advertir que las propias clases gobernantes prestaron su apoyo a la administración del circulante a través del banco central. Por supuesto, tal administración no se consideraba como una interferencia con la institución del patrón oro; por el contrario, formaba parte de las reglas del juego bajo el que se suponía que operaba el patrón oro. Dado que el mantenimiento del patrón oro era axiomático y jamás se permitía que el mecanismo de la banca central actuara en forma tal que llevara a un país a abandonar el oro, sino que por el contrario la instrucción suprema para el banco era la de permanecer con el oro siempre y bajo todas las condiciones, no parecía estar involucrada ninguna cuestión de principio. Pero esto ocurría sólo mientras que los movimientos del nivel de precios involucrados fuesen a lo sumo de 2 a 3%, la separación de los llamados puntos del oro. En cuanto el movimiento del nivel de los precios internos necesario para mantener la esta-

<sup>1</sup> La teoría básica ha sido elaborada por P. Schafer, Wellington, Nueva Zelanda.



bilidad de las divisas era mucho mayor, cuando brincaba a 10 o 30%, la situación cambiaba por completo. Tales movimientos del nivel de los precios hacia abajo difundirían la miseria y la destrucción. El hecho de que las monedas fuesen administradas cobró una importancia fundamental, pues significaba que los métodos de la banca central eran una cuestión de la política económica, es decir, algo que el organismo político podría decidir. En efecto, la gran importancia institucional de la banca central residía en el hecho de que la política monetaria se llevaba así a la esfera de la política. Las consecuencias no podían dejar de ser trascendentales.

En el campo interno, la política monetaria era sólo otra forma del intervencionismo, y los choques de las clases económicas tendían a cristalizar alrededor de esta cuestión tan íntimamente ligada al patrón oro y los presupuestos balanceados. Como veremos más adelante, los conflictos internos de los años treinta se centraban a menudo en esta cuestión, la que desempeñó un papel importante en el crecimiento del movimiento antidemocrático.

En el campo externo, las monedas nacionales desempeñaron un papel muy importante, aunque este hecho casi no se reconoció a la sazón. La filosofía reinante en el siglo XIX era pacifista e internacionalista; "en principio", todas las personas educadas eran partidarias del libre comercio, y con reservas que ahora aparecen irónicamente modestas, no lo eran menos en la práctica. Por supuesto, la fuente de esta perspectiva era económica; gran parte del idealismo genuino derivaba de la esfera del trueque y el comercio: por una paradoja suprema, los deseos egoístas del hombre estaban validando sus impulsos más generosos. Sin embargo, desde el decenio de 1870 podía apreciarse un cambio emocional, aunque no había ninguna alteración correspondiente en las ideas dominantes. El mundo continuaba creyendo en el internacionalismo y la interdependencia, mientras actuaba bajo los impulsos del nacionalismo y la autosuficiencia. El nacionalismo liberal se estaba convirtiendo en un liberalismo nacional, con su inclinación marcada hacia el proteccionismo y el imperialismo en el exterior, el conservadurismo monopolístico en el interior. En ninguna parte era la contradicción tan marcada y sin embargo tan poco consciente como en el campo monetario. La creencia dogmática en el patrón oro internacional continuaba contando con las lealtades ilimitadas de los hombres, al mismo tiempo que se creaban monedas simbólicas, basadas en la soberanía de los diversos sistemas de banca central. Bajo la égida de los principios internacionales, se estaban erigiendo bastiones inexpugnables de un nuevo nacionalismo, de manera inconsciente, bajo la forma de los bancos centrales de emisión.

En verdad, el nuevo nacionalismo era el corolario del nuevo internacionalismo. El patrón oro internacional no podría ser tolerado por las naciones a las que supuestamente debería servir, a menos que se aseguraran contra los peligros con los que amenazaba a las comunidades que se adherían a él. Las comunidades completamente monetizadas no podrían haber soportado los ruinosos efectos de los cambios abruptos del nivel de los precios requeridos por el mantenimiento de divisas estables, a menos que el choque fuese amortiguado por medio de una política de banca central independiente. La moneda nacional simbólica era la salvaguardia segura de esta seguridad relativa, ya que permitía que el banco central actuara como un amortiguador entre la economía interna y la externa. Si la balanza de pagos se veía amenazada por la iliquidez, las reservas y los préstamos externos permitirían superar la dificultad; si debiera crearse un balance económico enteramente nuevo, que involucrara una baja del nivel de los precios internos, la restricción del crédito podría repartirse en la forma más racional, eliminando al ineficiente y echando la carga sobre el eficiente. La ausencia de tal mecanismo habría vuelto imposible que cualquier país avanzado permaneciera ligado al oro sin efectos devastadores sobre su bienestar, en términos de la producción, el ingreso o el empleo.

Si la clase mercantil era el protagonista de la economía de mercado, el banquero era el líder innato de esa clase. El empleo y los ingresos dependían de la rentabilidad de las empresas, pero la rentabilidad de las empresas dependía de la estabilidad de las tasas de cambio y de las condiciones crediticias sanas, ambas bajo la responsabilidad del banquero. Era parte de su credo que las dos cosas eran inseparables. Un presupuesto sano y la estabilidad de las condiciones crediticias internas presuponían la estabilidad de las tasas de cambio; y esta estabilidad sólo podría lograrse si el crédito interno era seguro y las finanzas estatales estaban en equilibrio. En suma, la responsabilidad del banquero comprendía la salud de las finanzas internas y la estabilidad externa de la moneda. Es por ello que los banqueros, como una clase, fueron los últimos en advertir que ambas cosas habían perdido su significado. En efecto, no hay nada sorprendente en la influencia dominante de los banqueros internacionales durante los años veinte, ni en su eclipse durante los años treinta. En los años veinte, todavía se consideraba el patrón oro como la condición necesaria para el retorno a la estabilidad y la prosperidad, y en consecuencia ninguna demanda de sus guardianes profesionales, los banqueros, se consideraba demasiado onerosa, siempre que prometiera asegurar la estabilidad de las tasas de cambio; cuando esto resultó



imposible, después de 1929, surgió imperativa la necesidad de una moneda interna estable, y nadie estaba menos calificado que el banquero para proveerla.

En ningún campo fue tan abrupto el derrumbe de la economía de mercado como en el del dinero. Los aranceles agrarios que interferían con la importación de los productos de tierras extranjeras destruían el libre comercio; el estrechamiento y la regulación del mercado de mano de obra restringían el regateo a los campos donde la ley permitía que decidieran las partes. Pero ni en el caso de la mano de obra ni en el de la tierra hubo un rompimiento formal del mecanismo del mercado, repentino y completo, como ocurriera en el campo del dinero. En los otros mercados no hubo nada comparable al abandono del patrón oro hecho por Gran Bretaña el 21 de septiembre de 1931; ni siquiera el evento subsidiario de la acción similar estadounidense en junio de 1933. Para ese momento, la Gran depresión iniciada en 1929 había destruido la mayor parte del comercio mundial, pero esto no significaba ningún cambio en los métodos, ni afectaba las ideas vigentes. En cambio, el fracaso final del patrón oro era el fracaso final de la economía de mercado.

El liberalismo económico se había iniciado 100 años atrás, y había sido afrontado por un contrataque proteccionista que ahora asaltaba al último bastión de la economía de mercado. Un nuevo conjunto de ideas gobernantes sustituía al mundo del mercado autorregulado. Ante la estupefacción de la gran mayoría de los contemporáneos, surgieron fuerzas insospechadas del liderazgo carismático y el aislacionismo autárquico que fusionaron a las sociedades en formas nuevas.

## XVII. EL DEBILITAMIENTO DE LA AUTORREGULACIÓN

EN EL MEDIO SIGLO TRANSCURRIDO entre 1879 y 1929, las sociedades occidentales se convirtieron en unidades estrechamente unidas en las que estaban latentes poderosas tensiones destructivas. La fuente más inmediata de esta evolución era el debilitamiento de la autorregulación de la economía de mercado. En virtud de que la sociedad debía conformarse a las necesidades del mecanismo de mercado, las imperfecciones existentes en el funcionamiento de ese mecanismo creaban tensiones acumulativas en el organismo social.

El debilitamiento de la autorregulación era un efecto del proteccionismo. Por supuesto, hay un sentido en el que los mercados son siempre autorregulados, ya que tienden a producir un precio que los vacía; pero esto se aplica a todos los mercados, ya sean libres o no. Pero como hemos demostrado antes, un *sistema* de mercado autorregulado implica algo muy diferente, a saber: mercados para los elementos de la producción, el trabajo, la tierra y el dinero. Dado que el funcionamiento de tales mercados amenaza con la destrucción de la sociedad, la acción de autopreservación de la comunidad trataba de impedir su establecimiento o de interferir con su libre funcionamiento una vez establecidos.

Los liberales económicos han señalado la experiencia estadounidense como una prueba concluyente de la capacidad de funcionamiento de una economía de mercado. Durante un siglo, la mano de obra, la tierra y el dinero se negociaron en los Estados Unidos en entera libertad, pero supuestamente no se necesitaba ninguna medida de protección social y, aparte de los aranceles aduaneros, la vida industrial continuaba libre de la interferencia gubernamental.

Por supuesto, la explicación es simple: se trataba de mano de obra, tierra y dinero libres. Hasta el decenio de 1890, la frontera estaba abierta y abundaba la tierra libre;<sup>1</sup> hasta la Gran guerra, la oferta de mano de obra poco calificada fluía libremente; y hasta principios del siglo no había ningún compromiso de mantener estable la tasa de cambio. Seguía existiendo una oferta libre de tierra, mano de obra y dinero, de modo que no existía ningún sistema

<sup>1</sup> Penrose, E. F., *op. cit.* La ley maltusiana es válida sólo bajo el supuesto de que la oferta de tierra es limitada.



de mercado autorregulado. Mientras permanecieran estas condiciones, ni el hombre, ni la naturaleza ni la organización empresarial necesitaban alguna protección de la clase que sólo la intervención gubernamental puede proveer.

En cuanto dejaron de existir estas condiciones, la protección social hizo su aparición. Dado que los trabajadores de menor calificación ya no podían ser libremente remplazados por una inagotable reserva de inmigrantes, mientras que los trabajadores mejor calificados no podían asentarse libremente en la tierra; que el suelo y los recursos naturales se volvían escasos y debían atenderse; que se introdujo el patrón oro para alejar el circulante de la política y conectar el comercio interior al comercio mundial, los Estados Unidos se emparejaron con un siglo de desarrollo europeo: la protección del suelo y sus cultivadores, la seguridad social para los trabajadores a través del sindicalismo y la legislación, y la banca central —todo ello a gran escala— hicieron su aparición. El proteccionismo monetario apareció primero: la creación del Sistema de la Reserva Federal trataba de armonizar las necesidades del patrón oro con los requerimientos regionales; luego vino el proteccionismo respecto de los trabajadores de la tierra. Un decenio de prosperidad en los años veinte bastó para generar una depresión tan aguda que en su curso el Nuevo Trato empezó a construir un foso alrededor de los trabajadores y de la tierra, más ancho que todo lo conocido hasta entonces en Europa. Así pues, los Estados Unidos ofrecieron una prueba clara, tanto positiva como negativa, de nuestra tesis de que la protección social era el corolario de un mercado supuestamente autorregulado.

Al mismo tiempo, el proteccionismo estaba produciendo por todas partes la dura concha de la emergente unidad de la vida social. La nueva entidad se forjó en el molde nacional, pero por lo demás guardaba escasa semejanza con sus predecesoras, las naciones tranquilas del pasado. El nuevo tipo de nación crustácea expresaba su identidad mediante monedas simbólicas nacionales salvaguardadas por un tipo de soberanía más celosa y absoluta que todo lo conocido hasta entonces. Estas monedas eran observadas también desde el exterior, ya que el patrón oro internacional (el instrumento, principal de la economía mundial) estaba construido con ellas. Si el dinero regía ahora al mundo, ese dinero estaba estampado con una prensa nacional.

Tal hincapié en las naciones y las monedas habría sido incomprensible para los liberales, cuya mente omitía de ordinario las características verdaderas del mundo en que vivían. Si consideraban a la nación un anacronismo, las monedas nacionales no eran consideradas siquiera dignas de atención. Ningún economista de la época liberal que se respetara dudaba de la irrelevancia

del hecho de que diferentes piezas de papel llevaran nombres diferentes en los lados diferentes de las fronteras políticas. Nada era más simple que cambiar una denominación por otra mediante el uso del mercado de cambio, una institución que no podría dejar de funcionar puesto que, por fortuna, no se encontraba bajo el control del Estado o de los políticos. Europa occidental estaba atravesando por una nueva Ilustración, y entre sus fantasmas ocupaba un lugar prominente el concepto "tribal" de la nación, cuya supuesta soberanía era para los liberales un fruto del pensamiento parroquial. Hasta los años treinta, la agenda económica incluía la información segura de que el dinero era sólo un instrumento de cambio y por lo tanto secundario por definición. El punto ciego de la mente comercializadora era igualmente insensible a los fenómenos de la nación y del dinero. El partidario de libre comercio era un nominalista respecto de ambos.

Esta conexión era muy importante, pero a la sazón pasaba inadvertida. De vez en cuando surgían críticos de las doctrinas del libre comercio, al igual que críticos de las doctrinas ortodoxas sobre el dinero, pero casi nadie reconocía que estos dos conjuntos de doctrinas estaban enunciando el mismo argumento en términos diferentes, y que si uno de ellos era falso también lo era el otro. William Cunningham o Adolph Wagner demostraron las falacias cosmopolitas del libre comercio, pero no las conectaron con el dinero; por otra parte, Macleod o Gesell atacaron las teorías clásicas del dinero mientras se adherían a un sistema de comercio cosmopolita. La importancia constitutiva de la moneda en el establecimiento de la nación como la unidad económica y política decisiva de la época era pasada por alto por los escritores de la Ilustración liberal tan completamente como la existencia de la historia había sido omitida por sus predecesores del siglo XVIII. Tal fue la posición adoptada por los más brillantes pensadores económicos, desde Ricardo hasta Wieser, desde John Stuart Mill hasta Marshall y Wicksell, mientras que el común de los hombres educados creía que la preocupación por el problema económico de la nación o de la moneda marcaba a una persona con el estigma de la inferioridad. La combinación de estas falacias en la monstruosa proposición de que las monedas nacionales desempeñaban un papel vital en el mecanismo institucional de nuestra civilización habría sido juzgada como una paradoja sin sentido, desprovista de significado.

En realidad, la nueva unidad nacional y la nueva moneda nacional eran inseparables. Era la moneda la que proveía a los sistemas nacionales e internacionales de su mecánica e introducía al cuadro los rasgos que generaban lo abrupto del rompimiento. El sistema monetario en el que se basaba



el crédito se había convertido en la línea vital de la economía nacional e internacional.

El proteccionismo era una carrera en tres direcciones. La tierra, la mano de obra y el dinero desempeñaban su papel particular, pero mientras que la tierra y la mano de obra se ligaban a estratos sociales definidos aunque amplios, como los trabajadores o el campesinado, el proteccionismo monetario era en mayor medida un factor nacional, que a menudo fundía intereses diversos en un todo colectivo. Aunque también la política monetaria podía dividir al igual que unir, el sistema monetario era objetivamente la más vigorosa de las fuerzas económicas integradoras de la nación.

La mano de obra y la tierra explicaban primordialmente la legislación social y los aranceles de los granos, respectivamente. Los agricultores protestarían contra las cargas que beneficiaban al trabajador y elevaban los salarios, mientras que los trabajadores objetarían a todo incremento de los precios de los alimentos. Pero una vez que las leyes de granos y las leyes laborales estaban en vigor —en Alemania desde principios de los años ochenta— habría resultado difícil la derogación de las primeras sin la derogación de las últimas y a la inversa. La relación era más estrecha aún entre los aranceles agrícolas y los industriales. Dado que la idea del proteccionismo total había sido popularizada por Bismarck (1879), la alianza política de terratenientes e industriales para la salvaguardia recíproca de los aranceles había sido una característica de la política alemana; el apoyo recíproco de los aranceles era tan común como la creación de carteles para obtener beneficios privados de los aranceles.

El proteccionismo interno y el externo, el social y el nacional, tendían a fundirse.<sup>2</sup> El creciente costo de la vida inducido por las leyes de granos provocaba la demanda de aranceles protectores por parte de los fabricantes, quienes raras veces dejaban de utilizarlos como un implemento de la política del cartel. Los sindicatos insistían naturalmente en la elevación de los salarios para compensar los incrementos del costo de la vida, y no podían objetar los aranceles aduaneros que permitían al empleador satisfacer una nómina salarial inflada. Pero una vez que la contabilidad de la legislación social se basaba en un nivel salarial condicionado por los aranceles, no podía esperarse en justicia que los empleadores soportaran la carga de tal legislación si no se les aseguraba una protección continua. Por cierto, ésta era la escueta base fáctica de la acusación de una conspiración colectivista que

supuestamente era responsable del movimiento proteccionista. Pero así se confunde el efecto con la causa. El origen del movimiento fue espontáneo y muy disperso, pero una vez iniciado no podía dejar de crear los intereses paralelos comprometidos con su continuación.

Más importante que la semejanza de intereses era la difusión uniforme de las condiciones reales creadas por los efectos combinados de tales medidas. Si la vida era diferente en países diferentes, como había ocurrido siempre, la disparidad podía imputarse ahora a actos legislativos y administrativos bien definidos, de tendencia proteccionista, ya que las condiciones de la producción y del trabajo dependían ahora principalmente de los aranceles, la tributación y las leyes sociales. Aun antes de que los Estados Unidos y los dominios británicos restringieran la inmigración, se había reducido el número de los emigrantes provenientes del Reino Unido, a pesar de un desempleo severo, debido sin duda al clima social muy mejorado de la madre patria.

Pero si los aranceles aduaneros y las leyes sociales producían un clima artificial, la política monetaria creaba lo que equivalía a condiciones del tiempo exageradamente artificiales, que variaban día a día y afectaban a todos los miembros de la comunidad en sus intereses inmediatos. El poder integrador de la política monetaria superaba ampliamente al de las otras clases del proteccionismo, con su aparato lento y pesado, ya que la influencia de la protección monetaria era siempre activa y cambiante. Lo que ponderaban el empresario, el trabajador sindicalizado, el ama de casa; lo que resolvían el agricultor que estaba planeando su cosecha, los padres que estaban calibrando las oportunidades de sus hijos, los amantes que esperaban casarse, al considerar lo propicio del momento, se determinaba más directamente por la política monetaria del banco central que por cualquier otro factor. Y si esto era cierto incluso con una moneda estable, se volvía incomparablemente más aplicable cuando la moneda era inestable y debía tomarse la decisión fatal de inflar o deflactar. En lo político, el gobierno establecía la identidad de la nación; en lo económico, tal tarea correspondía al banco central.

A nivel internacional, el sistema monetario asumía una importancia mayor aún, si ello era posible. Paradójicamente, la libertad del dinero derivaba de las restricciones impuestas al comercio exterior. Entre más numerosos fuesen los obstáculos opuestos al movimiento de bienes y hombres a través de las fronteras, más efectivamente debía salvaguardarse la libertad de los pagos. El dinero a corto plazo se movía de un punto a otro del globo en el curso de una hora; las modalidades de los pagos internacionales entre gobiernos y entre corporaciones privadas o individuos estaban uniformemente

<sup>2</sup> Carr, E. H., *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, 1940.



reguladas; el repudio de las deudas externas, o los intentos de manipulación de las garantías presupuestarias, incluso por parte de gobiernos atrasados, se consideraba como un ultraje y se castigaba con el destierro a la oscuridad exterior de quienes fuesen indignos de crédito. En todas las cuestiones relevantes para el sistema monetario mundial, se crearon instituciones similares por todas partes, como los organismos representativos, las constituciones escritas que definían su jurisdicción y regulaban la publicación de presupuestos, la promulgación de leyes, la ratificación de tratados, los métodos para la contratación de obligaciones financieras, las reglas de la contabilidad pública, los derechos de los extranjeros, la jurisdicción de los tribunales, el domicilio de las letras de cambio y, por implicación, la posición del banco de emisión, de los tenedores de bonos extranjeros, de los acreedores de todas clases. Esto involucraba la conformidad en el uso de billetes bancarios y de metales preciosos, de las regulaciones postales, y de los métodos de la bolsa de valores y de la banca. Ningún gobierno, con la posible excepción de los más poderosos, podía pasar por alto los tabúes del dinero. Para propósitos internacionales, la moneda era la nación; y ninguna nación podía existir por largo tiempo fuera del sistema internacional.

En contraste con los hombres y los bienes, el dinero estaba libre de todas las medidas restrictivas y continuaba desarrollando su capacidad para realizar transacciones comerciales a cualquier distancia y en todo tiempo. Entre más difícil se volvía el desplazamiento de los objetos reales, más fácil se volvía la transmisión de derechos sobre ellos. Mientras se frenaba el comercio de bienes y servicios y su balanza oscilaba precariamente, la balanza de pagos se mantenía líquida en forma casi automática con el auxilio de préstamos a corto plazo que viajaban por todo el globo, y de operaciones de financiamiento que sólo débilmente tomaban en cuenta al comercio visible. Los pagos, las deudas y los créditos no se veían afectados por las crecientes barreras erigidas en contra del intercambio de bienes; la elasticidad rápidamente creciente y la universalidad del mecanismo monetario internacional estaba compensando en cierto modo la contracción incesante de los canales del comercio mundial. A principios de los años treinta, cuando el comercio mundial se había reducido a un mínimo, los préstamos internacionales a corto plazo alcanzaron una movilidad jamás vista. Mientras funcionara el mecanismo de los movimientos internacionales del capital y de los créditos a corto plazo, ningún desequilibrio del comercio real era demasiado grande para que no se superara con los métodos de la contabilidad. Se evitaba la dislocación social con el auxilio de los mo-

vimientos del crédito; el desequilibrio económico se corregía por medios financieros.

En última instancia, el debilitamiento de la autorregulación del mercado condujo a la intervención política. Cuando el ciclo económico no pudo completarse para restablecer el empleo, cuando las importaciones no produjeron exportaciones, cuando las regulaciones de las reservas bancarias amenazaron con un pánico, cuando los deudores extranjeros se negaron a pagar, los gobiernos debieron responder a la emergencia. La unidad de la sociedad se afirmaba por medio de la intervención en tal situación.

La medida en que el Estado se viera inducido a interferir dependía de la constitución de la esfera política y del grado de la aflicción económica. Mientras que el voto estuviese restringido y pocos individuos ejercieran influencia política, el intervencionismo era un problema mucho menos urgente que el surgido cuando el sufragio universal hizo del Estado el órgano del millón gobernante: el mismo millón que, en el campo económico, debía llevar a menudo la carga amarga de los gobernados. Y mientras que el empleo fuese abundante, los ingresos estuviesen asegurados, la producción fuese continua, los niveles de vida fuesen confiables y los precios estables, la presión intervencionista sería naturalmente menor de lo que llegó a ser cuando los estancamientos prolongados hicieron de la industria un cementerio de herramientas ociosas y de esfuerzos frustrados.

También a nivel internacional se usaron métodos políticos para complementar la imperfecta autorregulación del mercado. La teoría ricardiana del comercio y la moneda omitió en vano la diferencia de posición existente entre los diversos países debido a su diferente capacidad de producción de riqueza, de capacidad de exportación, de comercio, de transporte y de experiencia bancaria. En la teoría liberal, Gran Bretaña era simplemente otro átomo en el universo del comercio internacional, exactamente igual que Dinamarca y Guatemala. En realidad, el mundo tenía un número limitado de países, divididos en países prestamistas y prestatarios, exportadores y prácticamente autosuficientes, países de variadas exportaciones y otros que dependían para sus importaciones y sus préstamos externos de la venta de un solo producto como el trigo o el café. La teoría podía omitir tales diferencias, pero sus consecuencias no podían pasarse por alto en la práctica. Con frecuencia, los países extranjeros se veían incapacitados para pagar sus deudas externas, o sus monedas se depreciaban poniendo en peligro su solvencia; a veces decidían corregir la balanza por medios políticos e interferían con la propiedad de los inversionistas extranjeros. En ninguno de estos casos



podía confiarse en los procesos de autocorrección económica, aunque de acuerdo con la doctrina clásica tales procesos le pagarían infaliblemente al acreedor, restablecerían la moneda y salvaguardarían al extranjero contra la repetición de pérdidas similares. Pero esto habría requerido que los países involucrados participaran más o menos igualmente en un sistema de división mundial del trabajo, lo que desde luego no ocurría. Era inútil esperar que el país cuya moneda se derrumbaba incrementara invariablemente y de manera automática sus exportaciones, para restaurar así su balanza de pagos, o que su necesidad de capital extranjero lo obligara a compensar al extranjero y reanudar el servicio de su deuda. El aumento de las ventas de café o de nitratos, por ejemplo, podría sacar del mercado a los exportadores marginales, y el repudio de una deuda externa usuraria parecería preferible a una depreciación de la moneda nacional. El mecanismo del mercado mundial no podía correr tales riesgos. Por el contrario, se enviarían de inmediato las cañoneras, y el gobierno moroso afrontaría la alternativa del bombardeo o el arreglo, independientemente de que su mora fuese fraudulenta o no. No se disponía de ningún otro método para obligar al pago, evitar grandes pérdidas y mantener en marcha al sistema. Una práctica similar se había usado para inducir a los pueblos coloniales a reconocer las ventajas del comercio cuando el argumento teóricamente infalible de la ventaja recíproca no era entendido por los nativos con rapidez o de ninguna manera. Más evidente aún era la necesidad de los métodos intervencionistas cuando la región en cuestión era rica en materias primas requeridas por los fabricantes europeos, mientras que ninguna armonía previamente establecida aseguraba el surgimiento de una demanda de manufacturas europeas por parte de los nativos cuyas necesidades naturales habían tomado antes una dirección enteramente diferente. Por supuesto, se suponía que ninguna de estas dificultades surgiría bajo un sistema autorregulado. Pero entre más frecuentes fuesen los pagos hechos sólo bajo la amenaza de la intervención armada, con mayor frecuencia se mantendrían abiertas las rutas comerciales sólo con el auxilio de las cañoneras; entre más a menudo siguiera el comercio a la bandera, mientras que la bandera seguía a las necesidades de los gobiernos invasores, más patente se hacía que debían usarse instrumentos políticos para mantener el equilibrio en la economía mundial.

## XVIII. LAS TENSIONES DESTRUCTIVAS

DE TAL UNIFORMIDAD de los arreglos institucionales subyacentes derivó la intrigante semejanza del patrón de los eventos que en el medio siglo transcurrido entre 1879 y 1929 se hicieron sentir en un territorio enorme.

Una diversidad infinita de personalidades y antecedentes, mentalidades y experiencias históricas, daba color local e hincapié peculiar a las vicisitudes de muchos países; pero en la mayor parte del mundo tenía la civilización la misma urdimbre. Esta afinidad trascendía la de los rasgos culturales comunes a pueblos que usaban instrumentos similares, disfrutaban de diversiones similares y remuneraban el esfuerzo con premios similares. Más bien, la semejanza se refería a la función de eventos concretos en el contexto histórico de la vida, el componente temporal de la existencia colectiva. Un análisis de estas tensiones típicas revelaría gran parte del mecanismo que produjo el patrón singularmente uniforme de la historia durante este periodo.

Las tensiones pueden agruparse fácilmente de acuerdo con las principales esferas institucionales. En la economía interna, los síntomas de desequilibrio más variados —como la declinación de la producción, el empleo y los ingresos— se representarán aquí por el flagelo típico del *desempleo*. En la política interna había la lucha y el empate de las fuerzas sociales, que tipificaremos como la *tensión clasista*. Designaremos las dificultades surgidas en el campo de la economía internacional, centradas alrededor de la llamada balanza de pagos e integradas por una baja de las exportaciones, desfavorables términos de intercambio, escasez de materias primas importadas, y pérdidas de las inversiones extranjeras, como un grupo, por una forma característica de la tensión, a saber: la *presión sobre los cambios*. Por último, llamaremos *rivalidades imperialistas* a las tensiones existentes en la política internacional.

Consideremos ahora un país que, en el curso de una depresión económica, se ve azotado por el desempleo. Se advierte sin dificultad que todas las medidas de política económica que los bancos puedan tomar a fin de crear empleos están limitadas por las exigencias de la estabilidad de las tasas de cambio. Los bancos no podrán expandir ni otorgar créditos nuevos a la in-



dustria sin recurrir al banco central, el que por su parte denegará la petición porque la seguridad de la moneda requiere que se siga el camino opuesto. Por otra parte, si la tensión se difunde de la industria al Estado —los sindicatos podrían inducir a los partidos políticos afiliados para que plantearan el asunto en el parlamento— el alcance de toda política de subsidio o de obras públicas estará limitado por los requerimientos del equilibrio presupuestario, otra condición necesaria para la estabilidad de las tasas de cambio. El patrón oro frenará así la acción de la Tesorería tan eficazmente como la del banco de emisión, y la legislatura afrontará las mismas limitaciones aplicadas a la industria.

Por supuesto, dentro de la nación podría soportarse la tensión del desempleo alternativamente en la zona industrial o en la zona gubernamental. Si en un caso particular se superó la crisis por una presión deflacionaria sobre los salarios, podría decirse que la carga recayó primordialmente sobre la esfera económica. Pero si se evitó esa medida dolorosa con el auxilio de las obras públicas subsidiadas con los impuestos a la herencia, la mayor parte de la tensión recaería sobre la esfera política (lo mismo ocurriría si la disminución de los salarios se impusiera a los sindicatos por alguna medida gubernamental que violara los derechos adquiridos). En el primer caso —presión deflacionaria sobre los salarios— la tensión permanecía dentro de la zona del mercado y se expresaba en un desplazamiento de los ingresos transmitidos por un cambio de los precios; en el último caso —obras públicas o restricciones sindicales— había un cambio de la posición legal o de la tributación que afectaba primordialmente la posición política del grupo involucrado.

Además, la tensión del desempleo podría haberse difundido fuera de los confines de la nación y afectado a las divisas. Esto podría ocurrir independientemente de que se hubiesen empleado métodos políticos o económicos para combatir el desempleo. Bajo el patrón oro —que suponemos vigente todo el tiempo— toda medida gubernamental que provocara un déficit presupuestario podría iniciar una depreciación de la moneda; por otra parte, si se combatiera el desempleo con la expansión del crédito bancario, la elevación de los precios internos afectaría a las exportaciones y por ende a la balanza de pagos. En ambos casos se derrumbarían las divisas y el país sentiría la presión sobre su moneda.

Alternativamente, la tensión derivada del desempleo podría inducir una tensión externa. En el caso de un país débil, esto tenía a veces las consecuencias más graves para su posición internacional. Su posición se deterioraba, sus derechos eran violados, se le imponía el control extranjero, sus

aspiraciones nacionales se frustraban. En el caso de los estados fuertes, la presión podría conducir a una lucha por los mercados externos, las colonias, las zonas de influencia y otras formas de la rivalidad imperialista.

Las tensiones emanadas del mercado se desplazan así entre el mercado y las otras zonas institucionales principales, afectando a veces el funcionamiento del campo del gobierno, a veces el del patrón oro o el del sistema de la balanza de poder, según el caso. Cada campo era comparativamente independiente de los otros y tendía hacia su propio equilibrio; siempre que no se alcanzara esta balanza, el desequilibrio se difundía a las otras esferas. Era la relativa autonomía de la esfera lo que hacía que las tensiones se acumularan y generaran presiones que eventualmente explotaban en formas más o menos estereotipadas. Mientras que en la imaginación el siglo XIX se ocupó de la construcción de la utopía liberal, en la realidad estaba entregando las cosas a un número definido de instituciones concretas cuyos mecanismos estaban gobernando.

Es posible que el enfoque más cercano a la apreciación de la posición verdadera haya sido el interrogante retórico de un economista que, todavía en 1933, acusaba a las políticas proteccionistas de *la gran mayoría de los gobiernos*. ¿Puede ser correcta una política que está siendo condenada unánimemente por todos los expertos como completamente errada, obviamente falaz y contraria a todos los principios de la teoría económica? La respuesta del economista era un categórico "no".<sup>1</sup> Pero en vano buscaríamos en la literatura liberal algo semejante a una explicación de los hechos patentes. La única respuesta era una corriente interminable de abusos por parte de los gobiernos, los políticos y los estadistas cuya ignorancia, ambición, avaricia y miope prejuicio eran supuestamente responsables de las políticas del proteccionismo aplicadas consistentemente en "la gran mayoría" de los países. Raras veces se encontraba siquiera un argumento razonado sobre el tema. Desde el desafío de los hechos empíricos de la ciencia por parte de los escolásticos, jamás se había exhibido el prejuicio franco en un conjunto tan temible. La única respuesta intelectual era la complementación del mito de la conspiración proteccionista con el mito de la locura imperialista.

En la medida en que se hacía articulado, el argumento liberal afirmaba que las pasiones imperialistas empezaron a agitarse en los países occidentales a principios del decenio de 1880 y destruyeron la obra fructífera de los pensadores económicos por su apelación emocional al prejuicio tribal. Estas

<sup>1</sup> Haberler, G., *Der Internationale Handel*, 1933, p. vi.



políticas sentimentales cobraron fuerza gradualmente, hasta que llevaron a la primera Guerra Mundial. Después de la Gran guerra, las fuerzas de la Ilustración tuvieron otra oportunidad para restablecer el imperio de la razón, pero una oleada inesperada de imperialismo, especialmente entre los pequeños países nuevos, y luego también en los "desheredados" como Alemania, Italia y Japón, descarriló el vagón del progreso. El "animal inventivo", el político, había derrotado a los centros intelectuales de la humanidad: Ginebra, Wall Street y la City de Londres.

En esta muestra de teología política popular, el imperialismo da la razón al viejo Adam. Se da por sentado que tanto los Estados como los imperios sufren de imperialismo congénito: devorarán a sus vecinos sin mostrar el menor escrúpulo moral. La segunda parte del argumento es verdad; no así la primera. Si bien el imperialismo, surja en el lugar y en el tiempo en que surja, no se detiene ante justificación racional o moral alguna para consumir su expansión, los hechos mismos demuestran que los Estados y los imperios no son invariablemente expansionistas. Las asociaciones territoriales no están necesariamente ansiosas por extender sus fronteras; ni las ciudades, ni los Estados ni los imperios sufren de una compulsión semejante. Argumentar lo contrario equivale a asumir que algunas situaciones típicas constituyen una ley universal. En efecto: en contra de las ideas preconcebidas populares, el capitalismo moderno comenzó en realidad con un largo periodo de contracción. Fue sólo hasta fechas recientes cuando ocurrió el giro hacia el imperialismo.

El ant imperialismo fue iniciado por Adam Smith, quien así no sólo se anticipó a la Revolución americana sino también al movimiento de la Pequeña Inglaterra del siglo siguiente. Las razones del cambio eran económicas: la rápida expansión de los mercados, iniciada por la Guerra de los siete años, hizo que los imperios pasaran de moda. Mientras que los descubrimientos geográficos, combinados con la relativa lentitud de los medios de transporte, favorecían a las plantaciones en el extranjero, las comunicaciones rápidas convertían a las colonias en un lujo caro. Otro factor desfavorable para las plantaciones era el hecho de que las exportaciones eran ahora más importantes que las importaciones; el ideal del mercado de compradores se veía desplazado por el mercado de vendedores, un objetivo que ahora podía alcanzarse simplemente vendiendo más barato que los competidores, incluidos eventualmente los propios colonizadores. Una vez perdidas las colonias de la costa atlántica, Canadá apenas podía permanecer dentro del Imperio (1837); hasta Disraeli aconsejaba la liquidación de las posesiones

de África occidental; el Estado de Orange ofreció en vano unirse al imperio; y algunas islas del Pacífico, consideradas ahora como bases de la estrategia mundial, vieron consistentemente negada su admisión. Los partidarios del libre comercio y los proteccionistas, los liberales y los torios ardientes se unieron en la convicción popular de que las colonias eran un activo inútil, destinado a convertirse en un pasivo político y financiero. Cualquiera que elogiara a las colonias en el siglo transcurrido entre 1780 y 1880 era mirado como partidario del *ancien régime*. La clase media denunció la guerra y la conquista como maquinaciones dinásticas y se adhirió al pacifismo (François Quesnay había sido el primero en reclamar para el *laissez-faire* los laureles de la paz). Francia y Alemania siguieron las huellas de Inglaterra. La primera frenó apreciablemente el ritmo de su expansión, e incluso su imperialismo era ahora más continental que colonial. Bismarck rechazaba airadamente el pago de una sola vida por los Balcanes y echó toda su influencia tras la propaganda anticolonial. Tal era la actitud gubernamental cuando las compañías capitalistas estaban invadiendo continentes enteros; cuando la East India Company se había disuelto a insistencia de ávidos exportadores de Lancashire, y traficantes anónimos de mercancías remplazaron en la India a las resplandecientes figuras de Warren Hastings y Clive. Los gobiernos se mantenían alejados. Canning ridiculizó la noción de la intervención en aras de inversionistas y especuladores en el extranjero. La separación de la política y la economía se llevaba ahora a los asuntos internacionales. Mientras que la reina Isabel se había resistido a distinguir demasiado estrictamente entre su ingreso privado y el ingreso del filibustero, Gladstone habría calificado de calumnia la afirmación de que la política exterior británica se estaba poniendo al servicio de los inversionistas extranjeros. La fusión del poder estatal y los intereses comerciales no era una idea del siglo XIX; por el contrario, algunos estadistas de principios de la época victoriana habían proclamado la independencia de la política y la economía como una máxima del comportamiento internacional. Se suponía que los representantes diplomáticos actuarían en aras de los intereses privados de sus nacionales sólo en algunos casos estrechamente definidos, y la subrepticia extensión de estas ocasiones se negaba en público y se reprimía en consecuencia si llegara a demostrarse. No sólo dentro del país, sino también en el extranjero, se mantenía el principio de la no intervención del Estado en los asuntos de la empresa privada. Se suponía que el gobierno nacional no intervendría en el comercio privado, y se esperaba que las oficinas del exterior no consideraran los intereses privados en el exterior sino de acuerdo con lineamientos



nacionales. Las inversiones eran predominantemente agrícolas y ubicadas dentro del país; las inversiones extranjeras se consideraban todavía como un azar, y las frecuentes pérdidas totales sufridas por los inversionistas se consideraban ampliamente compensadas por los términos escandalosos de los préstamos usurarios.

El cambio llegó repentinamente, y esta vez al mismo tiempo en todos los países grandes de Occidente. Mientras que Alemania repitió el desarrollo interno de Inglaterra sólo después de medio siglo, los eventos externos de alcance mundial afectarían necesariamente a todos los países traficantes por igual. Tal evento era el incremento del ritmo y el volumen del comercio internacional, así como la movilización universal de la tierra, implicados en la transportación masiva de granos y materias primas agrícolas de una parte del planeta a otra, a un costo fraccional. Este terremoto económico dislocaba la vida de docenas de millones de habitantes de Europa rural. Al cabo de pocos años, el libre comercio era cosa del pasado, y la nueva expansión de la economía de mercado ocurrió bajo condiciones enteramente nuevas.

Estas condiciones eran fijadas por el "doble movimiento". El patrón del comercio internacional que ahora se difundía a ritmo acelerado se veía cruzado por la introducción de instituciones proteccionistas destinadas a frenar la acción general del mercado. La crisis agraria y la Gran depresión de 1873-1886 habían menguado la confianza en que la economía se curaría sola. En adelante, las instituciones características de la economía de mercado podrían introducirse de ordinario sólo si fuesen acompañadas de medidas proteccionistas, sobre todo porque desde fines del decenio de 1870 y principios del decenio siguiente, se estaban constituyendo las naciones en unidades organizadas susceptibles de padecer gravemente por las dislocaciones involucradas en todo ajuste repentino a las necesidades del comercio exterior o de las divisas. El vehículo supremo de la expansión de la economía de mercado, el patrón oro, se acompañaba así habitualmente con la introducción simultánea de las políticas proteccionistas características de la época, como la legislación social y los aranceles aduaneros.

Sobre este punto resultaba errada también la versión liberal tradicional de la conspiración colectivista. El libre comercio y el sistema del patrón oro no eran caprichosamente destruidos por egoístas traficantes de aranceles y por leyes sociales de beneficencia; por el contrario, el propio surgimiento del patrón oro apresuró la difusión de estas instituciones proteccionistas, mejor recibidas entre más onerosas fuesen las tasas de cambio fijas. A partir de ese momento, los aranceles, las leyes fabriles y una política colonial activa

eran condiciones necesarias para la estabilidad de la moneda externa (Gran Bretaña, con su vasta superioridad industrial, era la excepción que probaba la regla). Los métodos de la economía de mercado podían introducirse al mundo con seguridad sólo cuando se diesen estas condiciones. Cuando tales métodos se aplicaban a un pueblo indefenso en ausencia de medidas protectoras como ocurría en las regiones exóticas y semicoloniales, se producían sufrimientos inenarrables.

Aquí se encuentra la clave de la aparente paradoja del imperialismo: la negativa económicamente inexplicable y por ende supuestamente irracional de los países a comerciar entre sí en forma indiscriminada, buscando en cambio la adquisición de mercados extranjeros y exóticos. Lo que hacía a los países actuar en esta forma era simplemente el temor de consecuencias similares a las que los pueblos indefensos no podían evitar. La diferencia era simplemente que, mientras que la población tropical de la colonia pobre se veía arrojada a la miseria y la degradación totales, a menudo hasta el punto de la extinción física, la negativa del país occidental era inducida por un peligro menor pero todavía suficientemente real para ser evitado casi a toda costa. No importaba que la amenaza, como en el caso de las colonias, no fuese esencialmente económica; no había ninguna razón, aparte del prejuicio, para buscar la medida de la dislocación social en magnitudes económicas. En efecto, esperar que una comunidad permaneciera indiferente ante el flagelo del desempleo, el desplazamiento de industrias y ocupaciones y la tortura moral y psicológica que las acompaña, sólo porque los efectos económicos podrían ser insignificantes a largo plazo, equivalía a suponer un absurdo.

La nación era tan a menudo el recipiente pasivo como el iniciador activo de la tensión. Si algún evento externo pesaba grandemente sobre el país, el mecanismo interno funcionaba en la forma habitual, desplazando la presión de la zona económica a la política o viceversa. Durante la posguerra ocurrieron ejemplos importantes. Para algunos países de Europa central, la derrota creó condiciones muy artificiales que incluían una feroz presión externa bajo la forma de reparaciones. Durante más de un decenio, el escenario interno alemán se vio dominado por un desplazamiento de la carga externa entre la industria y el Estado: entre los salarios y los beneficios por una parte, entre los beneficios sociales y los impuestos por la otra. La nación en conjunto soportó las reparaciones, y la posición interna cambió de acuerdo con la forma en que el país —gobierno y empresas combinados— atacara el problema. La solidaridad nacional se basaba así en el patrón oro, lo que hacía del mantenimiento del valor externo de la moneda una obligación imperiosa.



El Plan Dawes se elaboró expresamente para salvaguardar a la moneda alemana. El Plan Young volvió absoluta la misma condición. Si no fuese por la obligación de mantener incólume el valor externo del *reichsmark*, el curso de los asuntos internos de Alemania durante este periodo sería ininteligible. La responsabilidad colectiva por la moneda creaba el marco indestructible dentro del cual se ajustaban a la tensión las empresas y los partidos, la industria y el Estado. Pero lo que una Alemania derrotada debía soportar como resultado de una guerra perdida lo habían soportado voluntariamente todos los pueblos antes de la Gran guerra, a saber: la integración artificial de sus países a través de la presión de las tasas de cambio estables. Sólo la resignación ante las inevitables leyes del mercado podría explicar la orgullosa aquiescencia con la que se llevó la cruz.

Podría objetarse que este bosquejo es el resultado de una simplificación excesiva. La economía de mercado no se inició en un día, ni los tres mercados se movían con la coordinación de una danza, ni el proteccionismo tenía efectos paralelos en todos los mercados, etc. Esto es cierto, por supuesto; pero no ataca el fondo de la cuestión.

Desde luego, el liberalismo económico sólo creó un mecanismo novedoso a partir de mercados más o menos desarrollados; unificó diversos tipos de mercados ya existentes, y coordinó sus funciones en un solo conjunto. De igual modo, la separación de la mano de obra y la tierra estaba bien avanzada para ese momento, al igual que el desarrollo de los mercados de dinero y crédito. En todo momento, el presente estaba ligado al pasado, y en ninguna parte se hallaba un rompimiento.

Pero el cambio institucional empezó a operar abruptamente porque tal es su naturaleza. Se alcanzó la etapa crítica con el establecimiento de un mercado laboral en Inglaterra, donde los trabajadores afrontaban la amenaza de la inanición si no respetaban las reglas del trabajo asalariado. En cuanto se dio este paso drástico, el mecanismo del mercado autorregulado echó a andar. Su efecto sobre la sociedad fue tan violento que, casi instantáneamente y sin ningún cambio previo de la opinión, surgieron poderosas reacciones protectoras.

De igual modo, a pesar de su naturaleza y su origen ampliamente diferentes, los mercados de los diversos elementos de la industria mostraban ahora un desarrollo paralelo. Esto no podría haber sido de otro modo. La protección del hombre, la naturaleza y la organización productiva equivalía a una interferencia con los mercados de mano de obra y de tierra, así como en los mercados del medio de cambio, el dinero, lo que *ipso facto* afectaba

a la autorregulación del sistema. Dado que el propósito de la intervención era la rehabilitación de la vida de los hombres y su ambiente, para darles cierta seguridad en su posición, inevitablemente trataba de reducir la flexibilidad de los salarios y la movilidad de la mano de obra, dando estabilidad a los ingresos y continuidad a la producción, introduciendo el control público de los recursos nacionales y la administración de las monedas a fin de evitar los cambios perturbadores del nivel de los precios.

La Depresión de 1873-1886 y la aflicción agraria de los años setenta agravó la tensión permanentemente. Al inicio de la Depresión, Europa había estado en el apogeo del libre comercio. El nuevo reich alemán había impuesto a Francia la cláusula de la nación más favorecida, la había obligado a derogar los aranceles sobre el hierro en lingotes, y había introducido el patrón oro. Al terminar la Depresión, Alemania se había rodeado de aranceles protectores, había establecido una organización de cartel general, creado un sistema de seguridad social comprensivo, y estaba practicando políticas coloniales de alta presión. El prusianismo, que había sido un pionero del libre comercio, era evidentemente tan poco responsable del cambio al proteccionismo como de la introducción del "colectivismo". Los Estados Unidos tenían aranceles más elevados aún que el reich, y eran tan "colectivistas" a su modo: subsidiaban fuertemente la construcción de ferrocarriles largos y desarrollaban la formación elefantiásica de los monopolios.

Todos los países de Occidente seguían la misma tendencia, cualesquiera que fuesen su mentalidad y su historia nacionales.<sup>2</sup> Con el patrón oro internacional se puso en operación el aparato de mercado más ambicioso de todos, el que implicaba la independencia absoluta de los mercados frente a las autoridades nacionales. El comercio mundial significaba ahora la organización de la vida en el planeta bajo un mercado autorregulado que incluía la mano de obra, la tierra y el dinero, con el patrón oro como el guardián de esta automatización gigantesca. Naciones y pueblos eran simples muñecos en un espectáculo que escapaba por completo a su control. Se protegían contra el desempleo y la inestabilidad con el auxilio de los bancos centrales y los aranceles aduaneros, complementados por las leyes migratorias. Estos dispositivos trataban de contrarrestar los efectos destructivos del libre comercio más las monedas fijas, y en la medida en que lograban este propósito interferían con el funcionamiento de tales mecanismos. Aunque cada restricción singular tenía sus beneficiarios, cuyos beneficios o salarios exce-

<sup>2</sup> G. D. H. Cole afirma que el decenio de 1870 fue "con mucho el periodo más activo de todo el siglo XIX en lo referente a la legislación social".



dentes eran una carga para todos los demás ciudadanos, a menudo era sólo el *monto* de la carga lo que resultaba injustificado, no la protección misma. A largo plazo había una baja generalizada de los precios que beneficiaba a todos.

Ya estuviese justificada o no la protección, los efectos de las intervenciones ponían de relieve una debilidad del sistema de mercado mundial. Los aranceles impuestos a las importaciones de un país perjudicaban a las exportaciones de otro país y lo obligaban a buscar mercados en regiones políticamente desprotegidas. El imperialismo económico era principalmente una lucha entre las potencias por el privilegio de extender su comercio hacia mercados políticamente desprotegidos. La presión por las exportaciones se reforzaba por una rebatiña de los abastos de materias primas provocada por la fiebre manufacturera. Los gobiernos apoyaban a sus nacionales que realizaban negocios en los países atrasados. El comercio y la bandera se perseguían recíprocamente. El imperialismo y la preparación semiconsciente para la autarquía constituían la inclinación de las potencias que se veían cada vez más dependientes de un sistema de economía mundial cada vez menos confiable. Y sin embargo, era imperativo el mantenimiento rígido de la integridad del patrón oro internacional. Ésta era una fuente institucional de la perturbación.

Dentro de las fronteras nacionales operaba una contradicción similar. El proteccionismo ayudaba a transformar los mercados competitivos en mercados monopólicos. Los mercados podían describirse cada vez menos como mecanismos autónomos y automáticos de átomos competitivos. Cada vez más se veían los individuos remplazados por las asociaciones, los hombres y el capital unidos a grupos no competitivos. El ajuste económico se hizo lento y difícil. La autorregulación de los mercados se vio gravemente afectada. Eventualmente, las estructuras de precios y costos sin ajuste prolongaban las depresiones, el equipo sin ajuste retardaba la liquidación de las inversiones poco rentables, los niveles de precios e ingresos sin ajuste provocaban tensiones sociales. Y cualquiera que fuese el mercado en cuestión —mano de obra, tierra o dinero— la tensión trascendería a la zona económica y el balance tendría que restablecerse por medios políticos. Sin embargo, la separación institucional de la esfera política y la esfera económica era constitutiva de la sociedad de mercado y debía mantenerse cualquiera que fuese la tensión involucrada. Ésta era la otra fuente de la tensión perturbadora.

Nos acercamos a la conclusión de nuestra narración. Sin embargo, una

parte considerable de nuestro argumento no ha sido desarrollada. Aunque hemos podido probar fuera de toda duda que en la base de la transformación se encontraba el fracaso de la utopía del mercado, todavía debemos mostrar la manera en que esta causa determinó los eventos reales.

En cierto sentido, ésta es una tarea imposible porque la historia no la fragua un solo factor. Pero con toda su riqueza y diversidad, el flujo de la historia tiene sus situaciones y alternativas recurrentes que explican la similitud general de la textura de los eventos de una época. No tenemos que preocuparnos por el borde de los pequeños remolinos imprevisibles, si podemos explicar hasta cierto punto las regularidades que gobiernan las corrientes y contracorrientes bajo condiciones típicas.

En el siglo XIX tales condiciones estaban dadas por el mecanismo del mercado autorregulado, cuyos requerimientos debían ser satisfechos por la vida nacional e internacional. De ese mecanismo se seguían dos peculiaridades de la civilización: su rígido determinismo y su carácter económico. La perspectiva contemporánea tendía a conectar ambas cosas y a suponer que el determinismo derivaba de la naturaleza de la motivación económica, según la cual se esperaba que los individuos persiguieran sus intereses monetarios. En realidad no había ninguna conexión entre las dos cosas. El "determinismo" tan prominente en muchos detalles era simplemente el resultado del mecanismo de una sociedad de mercado con sus alternativas previsibles, cuya severidad se atribuía erróneamente al vigor de las motivaciones materialistas. El sistema de oferta-demanda-precio estará siempre balanceado, cualesquiera que sean las motivaciones de los individuos, y las motivaciones económicas por sí mismas son notoriamente mucho menos eficaces que las llamadas motivaciones emocionales para la mayoría de la gente.

La humanidad no estaba atrapada por motivaciones nuevas sino por mecanismos nuevos. En suma, la tensión surgía de la zona del mercado; de allí pasaba a la esfera política, alcanzando así a toda la sociedad. Pero dentro de las naciones singulares, la tensión permanecía latente mientras que la economía mundial continuara funcionando. Sólo cuando se disolvió la última de sus instituciones sobrevivientes, el patrón oro, se liberó la tensión existente dentro de las naciones. Aunque sus respuestas ante la nueva situación eran diferentes, en esencia representaban ajustes ante la desaparición de la economía mundial tradicional; cuando tal economía se desintegró, la propia civilización del mercado se vio tragada. Esto explica el hecho casi increíble de que una civilización estaba siendo destruida por la acción ciega de



instituciones sin alma, cuyo único propósito era el incremento automático del bienestar material.

¿Pero cómo ocurrió efectivamente lo que era inevitable? ¿Cómo se tradujo en los eventos políticos que forman el núcleo de la historia? En esta fase final de la caída de la economía de mercado intervino decisivamente el conflicto de las fuerzas clasistas.

## TERCERA PARTE LA TRANSFORMACIÓN EN PROGRESO



Traducción de  
EDUARDO L. SUÁREZ  
Traducción del Prólogo y la Introducción  
RICARDO RUBIO

KARL POLANYI

# LA GRAN TRANSFORMACIÓN

*Los orígenes políticos y económicos  
de nuestro tiempo*

Prólogo de  
JOSEPH STIGLITZ  
Introducción de  
FRED BLOCK



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO



Primera edición en inglés, 1957  
Segunda edición en inglés, 2001  
Primera edición en español (FCE, México), 1992  
Segunda edición en español (FCE, México), 2003  
Primera edición (FCE, Argentina), 2007  
Primera reimpresión, 2011

---

Polanyi, Karl

La gran transformación : los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo /  
Karl Polanyi ; con prólogo de: Joseph E. Stiglitz - 1a reimp. - Buenos Aires :  
Fondo de Cultura Económica, 2011.  
400 p. ; 23x15 cm. (Economía)

Traducido por: Eduardo Suárez  
ISBN 978-950-557-718-7

1. Ciencias Políticas. I. Stiglitz, Joseph E., prolog. II. Eduardo Suárez, trad. III. Título  
CDD 320

---

Título original: *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*  
© 2001, Beacon Press, Boston, Massachusetts

D.R. © 1944, 1957, 2001, KARL POLANYI

D.R. © 1992, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.  
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D. F.

ISBN: 978-950-557-718-7

Comentarios y sugerencias:  
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio  
de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o  
modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin la  
autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

A mi amada esposa

ILONA DUCZYNSKA

dedico este libro, que lo debe todo a su ayuda y su crítica